

LA ECONOMIA DE LA SALVACION Y LA SECULARIDAD CRISTIANA

(Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer
a la teología y a la espiritualidad)

PEDRO RODRIGUEZ

“Et ego,
si exaltatus fuero
a terra,
omnia traham
ad meipsum”

(Ioh 12,32)

- I. BOSQUEJO DE SU TEOLOGIA. 1. *La economía salvífica según Mons. Escrivá de Balaguer*: a) Cristo, el Emanuel, revelación del misterio de Dios; b) Cristo, el Emanuel, revelación del sentido sobrenatural de la existencia: “endiosamiento”; c) La Cruz de Cristo abrazando al mundo; d) Amor de Dios y agradecimiento del hombre. 2. *Breve descripción de su concepción de la existencia cristiana*: a) El hilo conductor: santidad personal; b) el marco eclesiológico. 3. *Un texto de Mons. Escrivá de Balaguer*.
- II. PRINCIPALES ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA EXISTENCIA CRISTIANA EN EL MUNDO. 1. *La llamada universal a la santidad*. 2. *Vocación cristiana*: a) Llamamiento a la persona: Bautismo; b) La “llamada” y las “llamadas”; c) Vocación divina y vocación humana. 3. *La filiación divina del cristiano*: a) La autodonación del Dios Trino en el Bautismo; b) La relación del cristiano a las Personas divinas; c) El “sentido” de la filiación divina; d) El contrapunto de la debilidad humana; e) La “conversión de los hijos de Dios”; f) La piedad de los hijos de Dios. 4. *La afirmación cristiana del mundo*: a) Dios y la bondad originaria del mundo; b) Cristo y la bondad del mundo entendido como historia; c) La secularidad cristiana; d) La “locura de cambiar de sitio”. 5. *La santificación del trabajo ordinario*: a) El trabajo, “misterio” de la vida de Cristo; b) El concepto “secular” de trabajo humano; c) La “santi-

ficación" del trabajo; d) Trabajo y oración; e) Una espiritualidad "primariamente laical". 6. *Teología del apostolado*: a) El apostolado, corredención con Cristo; b) El trabajo santificado como *tractio* divina; c) El trabajo santificado es "santificante"; d) Santificar las estructuras del mundo; e) El apostolado, "sobreabundancia de la vida interior". 7. *La "unidad de vida" del cristiano*: a) El concepto de "unidad de vida"; b) La "unidad de vida" y el misterio de Cristo.

El fallecimiento, inesperado, de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, ocurrido ahora hace un año en la ciudad de Roma, ha provocado en el mundo entero una oleada de comentarios y semblanzas sobre la extraordinaria personalidad, humana, sacerdotal y apostólica, del Fundador del Opus Dei, poniendo de relieve su decisiva significación en la historia contemporánea de la Iglesia. En esos artículos e informaciones de prensa se aludía, de un modo o de otro, a la huella que su doctrina y sus escritos han dejado en los más seguros y prometedores planteamientos actuales de la teología y de la espiritualidad. El estudio que ahora emprendemos querría contribuir a poner de manifiesto algunos aspectos de esa profunda y serena aportación al patrimonio intelectual y espiritual cristiano. Se trata, simplemente, de bosquejar la línea que, a mi entender, recorre y enhebra su pensamiento, para subrayar luego algunos momentos mayores de su concepción de la existencia cristiana. Las obras publicadas del ilustre Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra son la base de este trabajo, que, en el fondo, no es otra cosa que una antología de textos de Mons. Escrivá de Balaguer y una meditación teológica de los mismos¹. El autor, que sabe que este estudio es fruto de su apreciación personal —caben otras diferentes—, es consciente, además, de lo precario y provisional de su intento. Y, sin embargo,

1. Una descripción de esas fuentes puede verse en el artículo *In memoriam* de Mons. Escrivá de Balaguer que publicó "Scripta Theologica" 7 (1975) 449-478. Aquí utilizamos, sobre todo, tres: 1) *Camino*, 29.^a ed. castellana, Madrid, Rialp, 1975 (1.^a ed., 1939), citado: *Camino*, seguido del número del punto correspondiente. 2) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 10.^a ed. castellana, Madrid, Rialp, 1975 (1.^a ed., 1968), citado: *Conversaciones*, seguido del número que figura al margen del párrafo correspondiente a partir de la segunda edición. 3) *Es Cristo que pasa*, 10.^a ed. castellana, Madrid, Rialp, 1975 (1.^a ed., 1973), citado: *Es Cristo que pasa*, seguido del número que figura al margen del párrafo correspondiente en todas las ediciones.

lo escribe como un testimonio de agradecimiento filial a Mons. Escrivá de Balaguer, el hombre cuya vida y cuya obra marcó indeleblemente el camino de quien escribe estas páginas.

I

BOSQUEJO DE SU TEOLOGÍA

1. *La economía salvífica según Mons. Escrivá de Balaguer*

Los Padres griegos hicieron clásica la distinción entre “teología” y “economía”, siendo ésta la revelación y despliegue del plan de Dios para el hombre, del designio divino de salvación; designio encaminado, precisamente, a introducir al hombre —ya aquí, en la tierra— en el gozo de la eterna “teología”, en la contemplación extasiante del Dios Uno y Trino². La doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer se mueve, a mi entender, en este orden de ideas —o, mejor, de realidades—: reflejan sus obras una excepcional penetración y conciencia de la “economía” divina, en la que el Fundador del Opus Dei ve cómo se ensamblan los dos planos de Creación y Redención, mostrando unitariamente el inmenso amor de Dios por la criatura humana. Veámoslo con un poco más de detenimiento.

a) *Cristo, el Emanuel, revelación del misterio de Dios*

Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos —escribe con solemnidad y términos paulinos—, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz: para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum recipe-

2. Santo Tomás de Aquino recibe esta terminología de los griegos y la expone con gran exactitud. Véase, por ejemplo este texto patrístico recogido por Santo Tomás: “Et maxime in divinis: impossibile enim simile exemplum invenire et in Theologia, *idest in deitate personarum*, et in Dispensatione (oikonomía), *idest in mysterio incarnationis*” (S. JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa*, c. 26, PG 94, 1096; las frases subrayadas son las explicaciones que introduce Santo Tomás en *Summa Theologiae*, 3 q. 2 a. 6 ad 1).

remus (*Gal 4,5*), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar de la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (*cfr. Rom 6,4-5*), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (*cfr. Eph 1,5-10*), que los ha reconciliado con Dios (*cfr. Col 1,20*)³. Este abajamiento de Dios hacia el hombre no se apoya en nuestros méritos, sino que es misericordia amorosa de Dios: *Si recorréis las Escrituras Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia amorosa de Dios: llena la tierra (Ps. 32,5), se extiende a todos sus hijos, super omnem carnem (Ecclo 18,21); nos rodea (Ps. 31,10); nos antecede (Ps. 58,11); se multiplica para ayudarnos (Ps. 38,8), y continuamente ha sido confirmada (Ps. 116,2). Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia (Ps. 24,7): una misericordia suave (Ps. 108,21), hermosa como nube de lluvia (Ecclo 35,26)*⁴.

Pero Cristo, como veíamos en el primer texto, es el supremo misterio de la "synkatábasis" o condescendencia divina. Por eso, esta infinita misericordia de Dios para el hombre adquiere su punto culminante y su máxima expresión en el misterio de Cristo:

*Dios Padre se ha dignado concedernos, en el Corazón de su Hijo, infinitos dilectionis thesauros, tesoros inagotables de amor, de misericordia, de cariño. [...] El amor divino hace que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, el Hijo de Dios Padre, tome nuestra carne, es decir, nuestra condición numana, menos el pecado. Y el Verbo, la Palabra de Dios, es Verbum spirans amorem, la palabra de la que procede el Amor*⁵. El amor se nos revela en la Encarnación, en ese andar redentor de Jesucristo por nuestra tierra, hasta el sacrificio supremo de la Cruz. Y, en la Cruz, se manifiesta con un nuevo signo: uno de los soldados abrió a Jesús

3. *Es Cristo que pasa*, 65.

4. *Es Cristo que pasa*, 7.

5. La expresión está tomada, como hace constar el autor en nota, de Santo Tomás, *Summa Theologiae*, 1 q. 43 a. 5 ad 2, que, a su vez, reproduce un texto de S. Agustín, *De Trinitate*, IX, 10; PL, 42, 969.

el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua (Ioh 19,34). *Agua y sangre de Jesús que nos hablan de una entrega realizada hasta el último extremo, hasta el consummation est (Ioh 19,30), el todo está consumado, por amor. En la fiesta de hoy⁶, al considerar una vez más los misterios centrales de nuestra fe, nos maravillamos de cómo las realidades más hondas —ese amor de Dios Padre que entrega a su Hijo, y ese amor del Hijo que le lleva a caminar sereno hacia el Gólgota— se traducen en gestos muy cercanos a los hombres. Dios no se dirige a nosotros con actitud de poder y dominio, se acerca a nosotros, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres (Phil 2,7). Jesús jamás se muestra lejano o altanero, aunque en sus años de predicación le veremos a veces disgustado, porque le duele la maldad humana. Pero, si nos fijamos un poco, advertiremos enseguida que su enfado y su ira nacen del amor: son una invitación más para sacarnos de la infidelidad y del pecado. ¿Quiero yo acaso la muerte del impío, dice el Señor, Yaveh, y no más bien que se convierta de su mal camino y viva? (Ez 18,23). Esas palabras nos explican toda la vida de Cristo, y nos hacen comprender por qué se ha presentado a nosotros con un Corazón de carne, con un Corazón como el nuestro, que es prueba fehaciente de amor y testimonio constante del misterio inenarrable de la caridad divina⁷.*

Toda la “economía” misericordiosa está ahí: nuestro Gran Canciller la sorprende como en el seno mismo de la Trinidad, en su eterno “consejo”, con el resultado memorable de la Encarnación del Hijo: *Podemos imaginar —para acercarnos de algún modo a este misterio insondable— que la Trinidad Beatísima se reúne en consejo, en su continua relación íntima de amor inmenso y, como resultado de esa decisión eterna, el Hijo Unigénito de Dios Padre asume nuestra condición humana, carga sobre sí nuestras miserias y dolores⁸. Después, la obra de Mons. Escrivá de Balaguer será una contemplación continuada de esta Encarnación Reden-*

6. El texto corresponde a una homilía pronunciada en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús del año 1966.

7. *Es Cristo que pasa*, 162.

8. *Es Cristo que pasa*, 95.

tora, bajo el aspecto de "condescendencia", es decir, de asunción de lo humano y, a través de lo humano, revelación de lo divino y exaltación del hombre hasta la divinidad: "en-diosamiento".

He aquí algunos textos para ilustrar estos aspectos del misterio de Cristo, al que llama *el hecho trascendental, con el que se unen el cielo y la tierra, Dios y el hombre*⁹.

Asunción de lo humano, también con la circunstancia histórica del hombre: *Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, para hacer llegar a los hombres su doctrina de salvación, y manifestarles el amor de Dios, procedió de modo divino y humano. Dios condesciende con el hombre, toma nuestra naturaleza sin reservas, con excepción del pecado. Me produce una honda alegría considerar que Cristo ha querido ser plenamente hombre, con carne como la nuestra. Me emociona contemplar la maravilla de un Dios que ama con corazón de hombre*¹⁰. *El que se gana el pan durante largos años, con su propio trabajo (...), ha aceptado en pleno la condición humana*¹¹. Jesucristo, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios, y no obstante se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo (*Phil* 2,6-7). *Dios condesciende con nuestra libertad, con nuestra imperfección, con nuestras miserias. Consiente en que los tesoros divinos sean llevados en vasos de barro, en que los demos a conocer mezclando nuestras deficiencias humanas con su fuerza divina*¹².

Revelación de lo divino: *Estamos descubriendo a Dios. Toda obra de Cristo tiene un valor trascendente: nos da a conocer el modo de ser de Dios, nos invita a creer en el amor de Dios, que nos creó y que quiere llevarnos a su intimidad*¹³. Cada uno de estos gestos humanos [los gestos de Cristo] es gesto de Dios. En Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente (*Col* 2,9). *Cristo es Dios hecho hombre, hombre perfecto, hombre entero. Y, en lo humano, nos*

9. *Es Cristo que pasa*, 18.

10. *Es Cristo que pasa*, 107.

11. *Es Cristo que pasa*, 61.

12. *Es Cristo que pasa*, 113.

13. *Es Cristo que pasa*, 109.

da a conocer la divinidad¹⁴. Digámoslo una vez más: el amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo, el lazo de amor entre el Padre y el Hijo, encuentra en el Verbo un Corazón humano¹⁵.

b) *Cristo, el Emanuel, revelación del sentido sobrenatural de la existencia: "endiosamiento"*

La consecuencia de esta meditación de la revelación de Dios en Cristo es, en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, inmediata: la "condescendencia" de este Dios que, en la encarnación del Hijo, "explica" a los hombres su propio misterio trinitario de amor, es —a la vez y de modo inescindible— revelación del sentido último de la existencia humana elevada a lo sobrenatural. Porque es en Cristo, y sólo en El, donde el hombre puede escuchar *la palabra que Dios nos dirige, para desvelar los secretos de nuestros corazones y revelarnos lo que espera de nuestras vidas*¹⁶. De ahí que se nos diga que *la auténtica significación de la vida humana se nos ha revelado por la fe*¹⁷, y que *esa vida es preciosa a los ojos de Dios: Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino*¹⁸. Y así, esta verdad pasa a ser una verdad central: *recordar que la vida cristiana encuentra su sentido en Dios*¹⁹.

Podríamos decir con fundamento que la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer sobre el hombre cristiano —sobre el sentido de su existencia, de su vida cotidiana— es algo teológicamente deducible —en cierto modo— de la sencilla contemplación de los misterios primordiales de la fe: es decir, del misterio de la Trinidad y del misterio de la Encarnación. O, dicho con palabra paulinas: el Fundador del Opus Dei, que decía de sí mismo: *yo soy un sacerdote que no habla*

14. *Es Cristo que pasa*, 109.

15. *Es Cristo que pasa*, 169.

16. *Es Cristo que pasa*, 101.

17. *Es Cristo que pasa*, 175.

18. *Es Cristo que pasa*, 14.

19. *Es Cristo que pasa*, 100.

*más que de Dios, no ha pretendido, a mi parecer, sino “illuminare omnes, quae sit dispensatio (oikonomía) sacramenti absconditi a saeculis in Deo, qui omnia cravit” (Eph 3,9). Esta ha sido su tarea: explicar, exponer, desplegar ante los hombres de la calle la economía de la salvación —el maravilloso “misterio escondido”—, para que cada uno saque sus consecuencias. Con sus propias palabras: *Es necesario dejar que esas verdades de nuestra fe vayan calando en el alma, hasta cambiar toda nuestra vida. ¡Dios nos ama! el Omnipotente, el Todopoderoso, el que ha hecho cielos y tierra. Dios se interesa de las pequeñas cosas de sus criaturas: de las vuestras y de las mías, y nos llama uno a uno por nuestro nombre (cfr. Is 43,1). Esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios*²⁰. De ahí, la tarea de la inteligencia cristiana: *entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y majestad, para presentarse en forma de esclavo (cfr. Phil 2,6-7)*²¹. Dicho con otras palabras: la existencia cristiana arranca del intento —humildemente moderado— de *comprender el arcano del amor de Dios, de ese amor que llega hasta la muerte*²². Por eso, *la preeminencia del Amor divino ha de informar la auténtica existencia cristiana*²³; lo que mueve al cristiano es *la Caridad de Dios, que se nos ha manifestado en Cristo y que nos enseña a amar a todos los hombres y a la creación entera*²⁴.*

La inteligencia del amor de Dios manifestada en la Encarnación Redentora de Cristo lleva, por la fe, a descubrir el carácter *absoluto y definitivo* de Cristo en la historia y en la vida personal y colectiva de los hombres: *Jesús es el Camino, el Mediador; en Él, todo; fuera de Él, nada*²⁵. Cristo, con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Ga-

20. *Es Cristo que pasa*, 144.

21. *Ibidem*.

22. *Es Cristo que pasa*, 98.

23. *Es Cristo que pasa*, 166.

24. *Es Cristo que pasa*, 59.

25. *Es Cristo que pasa*, 91.

*lilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la Creación, Primogénito y Señor de toda criatura*²⁶. Y esto, porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos. No: Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos²⁷. Por eso, en el orden religioso la cumbre del progreso se ha dado ya: es Cristo, *alfa y omega, principio y fin* (Apoc 21,6)²⁸. Consecuencia: En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a El por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya alter Christus, sino ipse Christus, ¡el mismo Cristo!²⁹. Y así, el carácter absoluto de Cristo —que vive— funda, fundamenta, a la Iglesia, como misterio de divinización de la Humanidad. Porque —nos dice Mons. Escrivá de Balaguer— *la Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene a la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria*³⁰; Cristo, que permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad³¹, porque ella, una, santa, católica y apostólica, es el cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo³².

Por aquí vemos el sentido último que tiene para la existencia humana personal aquella “condescendencia” divina: Dios se abaja al hombre en Cristo no sólo para revelarle el secreto de Dios sino —como ya apuntamos— para exaltar a cada hombre, si libremente acepta, hasta la divinidad. Habría que traer aquí los numerosos textos de Mons. Escrivá de Balaguer que hablan del “endiosamiento” del hombre en

26. *Es Cristo que pasa*, 105.

27. *Es Cristo que pasa*, 102.

28. *Es Cristo que pasa*, 105.

29. *Es Cristo que pasa*, 104.

30. *Es Cristo que pasa*, 131.

31. *Es Cristo que pasa*, 102.

32. *Es Cristo que pasa*, 129.

Cristo. Es imposible. Baste el siguiente, que afirma cristológicamente esta doctrina: *Jesús, que se hizo niño, meditado, venció a la muerte. Con el anonadamiento, con la sencillez, con la obediencia: con la divinización de la vida corriente y vulgar de las criaturas, el Hijo de Dios fue vencedor. Este ha sido el triunfo de Cristo. Así nos ha elevado a su nivel, al nivel de los hijos de Dios, bajando a nuestro terreno: al terreno de los hijos de los hombres*³³.

Este "endiosamiento", esta embriagadora comunicación del Dios Uno y Trino al hombre es el efecto propio de la Eucaristía. Así vivió y enseñó este sublime misterio el Fundador de nuestra Universidad: *La Santa Misa nos sitúa ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia*³⁴. *La Misa —insisto— es acción divina, trinitaria, no humana... Toda la Trinidad está presente en el Sacrificio del Altar. Por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora*³⁵. *Milagro de amor. Este es verdaderamente el Pan de los Hijos: Jesús, el Primogénito del Eterno Padre, se nos ofrece como alimento. Y el mismo Jesucristo, que aquí nos robustece, nos espera en el cielo como comensales, coherederos y socios*³⁶. En la tierra, en medio de las cosas humanas, comienza, por el misterio eucarístico, este "endiosamiento": *La felicidad eterna, para el cristiano que se conforta con el definitivo maná de la Eucaristía, comienza ya ahora. Lo viejo ha pasado: dejemos aparte todo lo caduco; sea todo nuevo en nosotros: los corazones, las palabras y las obras... Esta es la Buena Nueva, porque, de alguna manera y de un modo indescriptible, nos anticipa la eternidad*³⁷.

c) *La Cruz de Cristo abrazando al mundo*

Pero la afirmación del carácter absoluto de Cristo, experimentado por el hombre en la celebración del misterio eu-

33. *Es Cristo que pasa*, 21.

34. *Es Cristo que pasa*, 87.

35. *Es Cristo que pasa*, 86.

36. *Es Cristo que pasa*, 152. Lo subrayado es cita de la secuencia. *Lauda Sion*.

37. *Ibidem*. Lo subrayado es cita del himno *Sacris Solemnis*.

carístico, se abre ahora a perspectivas universales: *El amor de la Trinidad a los hombres hace que, de la presencia de Cristo en la Eucaristía, nazcan para la Iglesia y para la humanidad todas las gracias*³⁸.

En efecto, porque *la presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo*³⁹, el Fundador del Opus Dei contempla la historia humana, con sus enigmas aparentes y con sus perplejidades, como un despliegue “pleromático” (en el sentido paulino) del misterio de Cristo. “Instaurare omnia in Christo, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso (Eph 1,10)”⁴⁰; palabra que, inmediatamente, viene interpretada del siguiente modo: *informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas*⁴¹.

Tocamos aquí un punto verdaderamente nuclear del pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer. De él saldrán —como veremos— inmensas consecuencias para su doctrina sobre el sentido de la vida cristiana. Oigamos sus propias palabras: *Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum (Ioh 12,32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a Sí a la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*⁴².

Para el Fundador del Opus Dei, afirmar el carácter absoluto de Cristo equivale a concebir la historia como un ir la Cruz de Cristo abrazando, atrayendo, redimiendo el mundo de los hombres hasta presentarlo finalmente al Padre. Pero —nótese bien— es propio de esta mirada de nuestro Gran Canciller a Cristo Redentor descubrir que esa “tractio” divina se ejerce *a través de las actividades seculares de los*

38. *Es Cristo que pasa*, 86.

39. *Es Cristo que pasa*, 102.

40. *Es Cristo que pasa*, 105.

41. *Ibidem*.

42. *Conversaciones*, 59.

*cristianos, del trabajo santificado en medio del mundo. Cristo quiere asumir y santificar todas las actividades humanas, constituyendo a los cristianos en colaboradores de la obra redentora: Corresponde a los millones de mujeres y de hombres cristianos que llenan la tierra, llevar a Cristo a todas las actividades humanas, anunciando con sus vidas que Dios ama a todos y quiere salvar a todos. Por eso la mejor manera de participar en la vida de la Iglesia, la más importante y la que, en todo caso, ha de estar presupuesta en todas las demás, es la de ser íntegramente cristianos en el lugar donde están en la vida, donde les ha llevado su vocación humana*⁴³. Esta es una afirmación teológica y pastoral de primera magnitud: *No se trata —explicaba a los socios del Opus Dei en 1940— de temporalizar la misión sobrenatural de Cristo y de la Iglesia: se trata de todo lo contrario, de sobrenaturalizar la acción temporal del hombre*⁴⁴. Y esto es posible —continuaba— *porque el trabajo es para nosotros el punto de encuentro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre Dios. Los órdenes de la Creación y de la Redención adquieren así su unidad en Cristo, centro del designio salvador del Padre y fundamento de la existencia cristiana*⁴⁵; es decir, del hombre cristiano y del pueblo de Dios, que es la Iglesia: *El cristiano se sabe injertado en Cristo por el bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad*

43. *Conversaciones*, 112.

44. El Fundador del Opus Dei entiende la Iglesia como viviendo en el mundo, pero en un plano distinto del mundo, aunque no separado: es como su alma. Por eso, su *influjo en la sociedad civil no es de carácter temporal —social, político, económico, etc.—, aunque sí repercute en los aspectos éticos de todas las actividades humanas; es un influjo de orden diverso y superior, que se expresa con un verbo preciso: santificar* (*Conversaciones*, 18).

45. Cfr. Eph 1,3-14, continuamente glosado por Mons. Escrivá de Balaguer.

*entera*⁴⁶. Todos los cristianos deben sentirse milites Christi, soldados de Cristo, miembros de ese Pueblo de Dios que realiza en la tierra una lucha divina de comprensión, de santidad y de paz⁴⁷.

Todo lo anterior es sorprendido por Mons. Escrivá de Balaguer en la figura entrañable de la Virgen María: *Esta es la misteriosa economía divina* —predicaba el día de la Asunción de 1961—: *Nuestra Señora, hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación, tenía que seguir de cerca los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, la vida oculta de trabajo ordinario en Nazaret, la manifestación de la divinidad en Caná de Galilea, las afrentas de la Pasión y el Sacrificio divino de la Cruz, la bienaventuranza eterna del Paraíso. Todo esto nos afecta directamente, porque ese itinerario sobrenatural ha de ser también nuestro camino. María nos muestra que esa senda es hacedera, que es segura. Ella nos ha precedido por la vía de la imitación de Cristo, y la glorificación de Nuestra Madre es la firme esperanza de nuestra propia salvación; por eso la llamamos spes nostra y causa nostrae laetitiae, esperanza nuestra y causa de nuestra felicidad*⁴⁸.

d) Amor de Dios y agradecimiento del hombre

De este modo, el amor misericordioso de Dios al hombre y el asombro agradecido del hombre por los planes de Dios —divinizadores de la criatura, que se “endiosa” en Cristo— atraviesan y estructuran toda la obra teológica de Mons. Escrivá de Balaguer, y dan a esta teología ese carácter a la vez contemplativo y concreto, bíblico y piadoso, inmediato, dialogante, que es un pensar las cosas de Dios —su divina “economía”— mientras se vive con El y se le ama; desde la palabra revelada, es cierto, pero siempre a partir de la experiencia de esa vida y de ese amor. Lo que Mons. Escrivá de Balaguer enseña, en la más pura línea de la tradición

46. *Es Cristo que pasa*, 106.

47. *Conversaciones*, 45.

48. *Es Cristo que pasa*, 176.

patristica —citaba a los Padres continuamente⁴⁹—, es, en definitiva, una doctrina de la relación del hombre con Dios basada en la “condescendencia” divina. Así podríamos describir el núcleo de su aportación teológica. En efecto, *si reconocemos esta maravillosa relación del Señor con sus hijos, se cambiarán necesariamente nuestros corazones, y nos haremos cargo de que ante nuestros ojos se abre un panorama absolutamente nuevo, lleno de relieve, de hondura y de luz*⁵⁰.

Su teología será, en efecto, una temática descripción de ese horizonte que abre al hombre la “synkatábasis” de Dios en Cristo: *Dios, que es la hermosura, la grandeza, la sabiduría, nos anuncia que somos suyos, que hemos sido escogidos como término de su amor infinito*⁵¹. *Por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad de Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino, que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara*⁵². Lo que pretende Mons. Escrivá de Balaguer, al dirigirse a los hombres, es *descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María*⁵³. Una teología, pues, la suya, que, queriendo hablar siempre para la existencia cristiana, no habla más que de Dios, del Dios que ha “condescendido” en Cristo: *¡Siempre Cristo, que pasa! Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos*⁵⁴. El Señor, muerto y resucitado, lo llena —debe llenarlo— todo en el hombre: *Cristo en tu inteligencia, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras. Toda la vida —el corazón y las obras, la inteligencia y las palabras— llena de Dios*⁵⁵. Todo, en su decir sobre la vida del hombre, se reconduce a Dios, pues la fuente de donde nace ese piadoso modo de vivir, que es propio del cristiano,

49. A. DEL PORTILLO, *Presentación a J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa*, p. 11, ha hecho notar esta inspiración patristica del pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer.

50. *Es Cristo que pasa*, 165.

51. *Es Cristo que pasa*, 32.

52. *Es Cristo que pasa*, 116.

53. *Es Cristo que pasa*, 148.

54. *Es Cristo que pasa*, 71.

55. *Es Cristo que pasa*, 11.

no es sino la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica con su gracia⁵⁶.

Por otra parte —nos previene Mons. Escrivá de Balaguer—, esta maravilla que él nos propone no es un “idealismo”, un ensueño: *este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano no simplifica la complejidad humana; pero asegura que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria*⁵⁷.

2. Breve descripción de su concepción de la existencia cristiana

Adentrarse, pues, teológicamente en las páginas de Mons. Escrivá de Balaguer es disponerse a sorprender una doctrina de la vida cristiana, tremendamente atendida a lo concreto, propuesta a los hombres corrientes, atenta a la realidad secular del mundo, pero enmarcada toda ella en el cuadro de la “historia salutis” y dotada de aquel sentido de la economía de la salvación que es característico de los primeros cristianos y de los Padres⁵⁸.

56. *Es Cristo que pasa*, 142.

57. *Es Cristo que pasa*, 177.

58. Véase, por ejemplo, este texto del siglo II: “Estas son, según los antiguos, discípulos de los Apóstoles, la economía de la salvación y las etapas de la vida cristiana: por el Espíritu, se llega hasta el Hijo y, por el Hijo, al Padre; y el Hijo, al final de los tiempos, entregará su obra al Padre. Hay un Hijo Único, que cumple la voluntad del Padre, y un único género humano, en el que se cumplen los misterios de Dios” (S. IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* V, 36, 2-3; PG 7, 1223-1224). El mismo Santo Padre en otro lugar agrega: “Así pues, sin el Espíritu no se puede ver al Verbo de Dios; y, sin el Hijo, nadie puede llegar hasta el Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se obtiene por el Espíritu Santo; pero es el Hijo quien, por oficio, distribuye el Espíritu, según el beneplácito del Padre, a los que el Padre quiere y como el Padre quiere” (S. IRENEO, *Demonstratio*, 7; “Sources Chrétiennes”, n.º 62, p. 41). Desde esta perspectiva hay que entender, a nuestro juicio, las grandes aportaciones a la teología que se contienen en la obra escrita y en la predicación oral del ilustre Fundador.

La pregunta, ahora, es la siguiente: ¿cómo describe Mons. Escrivá de Balaguer la existencia cristiana que se deduce de esta economía salvífica, basada en la condescendencia de Dios en Cristo? ¿Cuál es su hilo conductor? ¿Qué rasgos tienen, en este sentido, sus aportaciones teológicas?

a) *El hilo conductor: santidad personal*

Es frecuente, y con motivo de su fallecimiento las voces se han intensificado por todas partes, oír decir, refiriéndose al Fundador del Opus Dei, que él ha sido pionero de la espiritualidad laical, precursor del Concilio Vaticano II, renovador del apostolado católico, promotor insigne del sacerdocio secular, y otras expresiones semejantes. Son ciertas, sin duda, y las páginas que anteceden, y las que siguen, pueden contribuir a confirmarlo. Pero, teológicamente, todo eso está en el orden de las consecuencias pastorales y espirituales de algo que aparece radical, y desde lo cual se abarcan, además, muchas otras cosas.

En el misterio de la condescendencia de Dios y de su amor, Mons. Escrivá de Balaguer ha enseñado, ante todo, *la llamada universal a la santidad*, rasgo de su pensamiento teológico que estimamos fundamental, y fundamentador, a la vez, de muchas de sus otras aportaciones teológicas: *Nuestro Señor se dirige a todos los hombres, para que vengan a su encuentro, para que sean santos*⁵⁹. Según nuestro primer Gran Canciller, ahí confluye todo el mensaje del Cristianismo, toda la economía de la salvación, como él mismo explicó —incluso con el gesto— en una homilía pronunciada el año 1960 en la Catedral de Pamplona. El Fundador del Opus Dei comenzó recitando pausadamente el célebre texto paulino del designio de salvación: “elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius in caritate” (Eph 1,4), que tradujo enseguida al castellano, saboreándolo: “Nos ha escogido en Cristo, desde antes de la constitución del mundo, para que seamos santos, y limpios, en su presencia, por el Amor”. Y con su voz enérgica, convincente, inolvidable, agregó: *¡Y no hay más!* Podríamos

59. *Es Cristo que pasa*, 33.

agregar nosotros: ¡todo lo demás es consecuencia! Porque ahí, en ese llamamiento, está todo el amor de Dios y toda la existencia cristiana, a la que hemos aludido en páginas anteriores⁶⁰. Tal vez ésta sea la palabra: la teología que se desprende de los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer es una teología de la existencia cristiana, del vivir con Cristo en el mundo, basada en la universal y gratuita llamada de Dios a la santidad personal del hombre.

De ahí que un concepto teológico de decisiva importancia en esta doctrina sea el concepto de vocación y, más en concreto, de vocación divina y *vocación cristiana*, puesto en inmediata relación con el Bautismo, y punto de partida de lo que podríamos llamar su teología de la gracia: es Dios el que llama, por pura gracia, por amor; y la vida humana, vocacionalmente entendida y vivida, se hace respuesta, dando comienzo a lo que Mons. Escrivá de Balaguer llamaba *el diálogo divino*⁶¹, *substancia última de nuestra conducta*⁶².

Pero esa vocación que se nos ofrece en Cristo y que recae, potencial o actualmente, sobre “todo hombre que viene a este mundo” (Ioh 1,9), sin distinción de clases, ni de razas, ni de lenguas; esa vocación, digo, es llamada de Dios a los hombres y mujeres corrientes, a todos, para que vivan como hijos de Dios en Cristo: *La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y, por tanto, la palabra de nuestra filiación divina*⁶³. Llegamos así a comprender el puesto central que ocupa en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer lo que él llamaba “*sentido*” de la *filiación divina*, determinante del estilo de vida cristiana —confiado, piadoso y alegre— que difundió por el mundo entero, y del que él mismo fue eximio modelo. Para comprender esta viva “conciencia” de la condición de hijo.

60. El mismo Fundador de la Obra presenta su doctrina total sobre la vida cristiana como “implicada” en la llamada universal a la santidad: *Las implicaciones de ese mensaje son muchas y la experiencia de la vida de la Obra me ha ayudado a conocerlas cada vez con más hondura y riqueza de matices* (Conversaciones, 26).

61. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 108. *La vida cristiana requiere un diálogo constante con Dios, Uno y Trino, y es a esa intimidad a donde nos conduce el Espíritu Santo* (*Es Cristo que pasa*, 136).

62. *Es Cristo que pasa*, 134.

63. *Es Cristo que pasa*, 66.

adoptivo de Dios, habrá que aludir de nuevo a las profundas consideraciones trinitarias que encontramos por todas partes en las obras del ilustre aragonés, y a su fundamentación cristológica de la piedad cristiana: Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, es el centro de su enseñanza porque, por El y en El, somos hijos de Dios: “filii in Filio”, según la antigua expresión.

Pero —y con esto llegamos a otro decisivo orden de ideas teológicas— ese hombre llamado por Dios al gozo inefable de la filiación divina —al diálogo con el Padre desde la fraternidad con su Hijo— es, efectivamente, un hombre, y su humana existencia está determinada por su ser en el mundo; una existencia ésta, hecha de espíritu y de materia, por tanto también en parte secular e histórica, que viene afirmada por Mons. Escrivá de Balaguer no ya como válida, sino como amada y bendecida por Dios en orden a la realización de aquella vocación divina. Aquí se anudan los planes trinitarios de Creación y Redención, y accedemos así a la *afirmación cristiana del mundo*, dotado por Dios de su propia autonomía y de sus ámbitos de libertad, doctrina que constituye una de las más notables aportaciones teológicas del Fundador del Opus Dei, sobre la que ha recaído ya la atención especulativa de los estudiosos.

En íntima conexión con ella —y, en el orden de las ideas, de ella deducible— encontramos la doctrina de la *santificación del trabajo ordinario*, en la que confluyen, al nivel de la espiritualidad, todos los datos teológicos anteriores: el trabajo profesional, al ser, para nuestro Gran Canciller, elemento esencial de la definición de “vida humana corriente”, o, como él mismo dice, *vuestra manera de estar en el mundo*⁶⁴, aparece a su mirada como *eje y quicio de la santificación en el mundo*⁶⁵. La razón es de nuevo cristológica: *Al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad*,

64. *Es Cristo que pasa*, 46.

65. *El quicio de la espiritualidad del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario* (*Conversaciones*, 34; cfr. también, *ibidem*, 70).

*realidad santificable y santificadora*⁶⁶. De ahí que un cristiano, en las circunstancias ordinarias de su vida y santificando su trabajo profesional, podrá llegar a esa unión con Dios (santidad) a la que Dios mismo, por su misericordia, le ha llamado.

En este marco debe inscribirse *la teología del apostolado* que se contiene en las obras de Mons. Escrivá de Balaguer. La condescendencia divina para el hombre, que se ha manifestado en la Encarnación redentora de su Hijo, adquiere un acento conmovedor y casi desconcertante al descubrir que Dios, hecho hombre en Cristo, quiere servirse de los mismos hombres redimidos como colaboradores de la divina economía, haciendo llegar así a otros el mensaje y los medios de la salvación: *La Redención, la salvación del mundo, es obra de la amorosa y filial fidelidad de Jesucristo —y de nosotros con El— a la voluntad del Padre celeste que le envió*⁶⁷. Hay que hacer notar, pues es de decisiva importancia, que esta acción apostólica, en el pensamiento y en la tarea pastoral de Mons. Escrivá de Balaguer, no es algo distinto o superpuesto a aquella existencia cristiana secular, que hemos mencionado. Se identifica con ella, es como uno de sus aspectos: del trabajo santificado y santificador, podríamos decir que fluye, de modo necesario, el apostolado. Es, sencillamente, la vida de unión con el Dios Uno y Trino, que se prolonga: *El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas*⁶⁸. De esta forma, la vida cristiana en el mundo, con sobrenatural naturalidad, se hace cauce de la Palabra de Dios, y los cristianos se transforman en *testigos de Cristo en medio de sus ocupaciones ordinarias*⁶⁹.

Desde estas distintas y ensambladas instancias, Mons. Escrivá de Balaguer va a trazar de hecho una profunda antropología cristiana, dominada por el sentimiento de la presencia familiar de Dios en la criatura humana —vocación de

66. *Es Cristo que pasa*, 47.

67. *Conversaciones*, 1.

68. *Es Cristo que pasa*, 49.

69. *Conversaciones*, 51.

*contemplativos en medio del mundo*⁷⁰—, y caracterizada, en consecuencia, por la restitución al hombre cristiano de su profunda unidad: de su coherencia —interior y exterior— con Dios, con su trabajo, con sus hermanos los hombres; coherencia que el Fundador del Opus Dei llamó *unidad de vida*, uno de los más profundos conceptos teológicos por él acuñados y que pasó a la terminología doctrinal del Concilio Vaticano II⁷¹.

En torno a estos “principios mayores” de la doctrina de nuestro Gran Canciller podrían agruparse otros numerosos aspectos —de gran trascendencia pastoral, espiritual y jurídica— que de algún modo ya en ellos se contienen y que son como su desarrollo teológico. Por ejemplo, y sin ninguna pretensión de orden o jerarquía: su doctrina de la secularidad cristiana y de la libertad y consiguiente responsabilidad de los fieles en materias temporales; su repulsa a todas las formas de clericalismo, de totalitarismo y de presión sobre las conciencias; la consideración del matrimonio como vocación divina y de la castidad y del celibato como gozosa afirmación de amor; la contemplación de las ciencias humanas como autónomas y, a la vez, en perfecta armonía con la fe; la defensa de la dignidad de la mujer y del sentido pleno de su vocación cristiana; la lucha limpia y noble —pacífica— por la justicia, en cuanto implicada por la doctrina de la santificación del trabajo; el realismo y el optimismo cristiano, que se fundan en la fe; la apertura ecuménica a todos los hombres, unida a la firmeza en la fe y a la defensa de la verdad católica, sin concesiones tácticas; el aprecio y el cultivo de las virtudes humanas, que da sensibilidad para la

70. *Es Cristo que pasa*, 174.

71. Vid. el importante n.º 14 del Decreto *Presbyterorum Ordinis*, que cierra el capítulo II, *De presbyterorum vita*, estructurado todo él sobre el concepto de “unidad de vida”. No deja de ser interesante que haya sido a propósito de los sacerdotes como ha entrado en el Concilio Vaticano II este concepto teológico, que Mons. Escrivá de Balaguer había estructurado a un nivel más radical: al nivel de la existencia de todo cristiano que vive en medio del mundo. El asunto tiene importancia para iluminar la *secularidad* que es propia de los presbíteros diocesanos. Don Alvaro del Portillo, uno de los primeros discípulos de Mons. Escrivá de Balaguer, era, como es sabido, el Secretario de la Comisión que redactó el mencionado Decreto conciliar.

convivencia y el diálogo; la trascendencia humana y sobrenatural del cuidado de las cosas pequeñas, etc., etc.

b) *El marco eclesiológico*

Es Cristo que pasa... Para Mons. Escrivá de Balaguer, la "condescendencia" de Dios con el hombre, que se revela en el misterio de Jesucristo, Emmanuel —Dios con nosotros— (Is 7,14) y "primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8,29), se prolonga en *el misterio de la Iglesia*. Es en la Iglesia y por la Iglesia como Dios ofrece al hombre su amistad y su gracia. Por eso, la Iglesia aparece continuamente en las páginas y en las palabras del Fundador del Opus Dei, ante todo, como santa: ella es la Esposa de Cristo, sin mancha, ni arruga, amada de su Señor y, a la vez, postrada a sus pies. *La Iglesia ha sido querida y fundada por Cristo, que cumple así la voluntad del Padre; la Esposa del Hijo está asistida por el Espíritu Santo. La Iglesia es la obra de la Trinidad Santísima; es Santa y Madre, Nuestra Santa Madre Iglesia*⁷². De ahí que aquella existencia cristiana, que Mons. Escrivá de Balaguer describe como insoslayablemente "en el mundo", sea a la par del todo "in ecclesia": una vida llena de la humilde escucha de la Palabra de Dios, que custodia el Magisterio jerárquico, y alimentada de continuo por los Sacramentos, sobre todo, por la Sagrada Eucaristía, donde Cristo mismo se nos da con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. La devoción a la Santa Madre Iglesia, con todas las resonancias que esto tiene para un alma católica, aparece así no como adventicia, sino como un "proprium" de ese modo de vivir que el primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra propuso con su predicación y con su vida.

A la vez, la Iglesia viene entendida como *la totalidad del Pueblo de Dios, el conjunto de todos los cristianos, todos corresponsables de la misión de la Iglesia*⁷³, a la que cada uno contribuye desde su propio ministerio o vocación. En este sentido, dentro de su doctrina eclesiológica destacan dos puntos: primero, el vigor excepcional y la claridad con que supo

72. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Lealtad a la Iglesia*, Madrid 1973, p. 25.

73. *Conversaciones*, 112 y 2.

afirmar simultáneamente la igualdad radical de todos los fieles (concepto muy unido al ya citado de “vocación cristiana”) y la institución divina de la Jerarquía, componiendo los elementos de unidad y variedad que, a distintos niveles se dan en la vida de la Iglesia: un riguroso planteamiento, por tanto, de lo que después llamará el Concilio Vaticano II “la variedad de dones jerárquicos y carismáticos”⁷⁴. Segundo, su constante defensa de la “romanidad” de la Iglesia Católica —*romana, que para nosotros es tanto como universal*⁷⁵—, resaltando siempre la Sede de Pedro como “centrum unitatis” y la figura del Vicario de Cristo como uno de los grandes amores de los hijos de Dios.

Digamos finalmente, para acabar de alguna manera esta enumeración, que la conjunción de estos rasgos de su pensamiento —sobre todo de estos tres: vocación cristiana, santificación del trabajo ordinario y misterio de la Iglesia, unidos a la experiencia de su propia vocación —explica que en la obra de Mons. Escrivá de Balaguer se encuentre una profunda *teología del sacerdocio y del sacerdote secular*: un cristiano que participa, como sus hermanos seglares, de la dignidad y de la condición de “christifidelis” —recibida en el Bautismo—, pero que, por la Ordenación sacerdotal, ha quedado además consagrado para el “ministerium verbi et sacramentorum”, cuyo centro y raíz es la celebración de la Santa Misa *in persona Christi*. De esta forma, el ejercicio del ministerio sacerdotal pasa a ser su específica responsabilidad en el mundo —su “trabajo ordinario”— y, por tanto, la ocasión y el medio para buscar y encontrar la santidad personal a que Dios le llama⁷⁶.

3. *Un texto de Mons. Escrivá de Balaguer*

Querriamos a continuación ilustrar este apretado bosquejo con los mismos textos del autor, subrayando sólo, acá y

74. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 4.

75. *Conversaciones*, 123; cfr. *ibidem*, 71.

76. *Conversaciones*, 1-23, *passim*. Esta doctrina gravita especialmente sobre muchos enfoques de A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia. Bases de sus respectivos estatutos jurídicos*, Pamplona 1969 y *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid 1970.

allá, algunas de sus doctrinas. Pero, antes de pasar a esta tarea, —o mejor, para comenzarla— nos parece conveniente anteponer un texto, largo pero de algún modo abarcante de todo lo antedicho. Está tomado de la homilía que pronunció el Gran Canciller de la Universidad de Navarra al aire libre, en el Campus universitario de Pamplona, 8 de octubre de 1967, ante más de 40.000 personas. Era una ocasión entrañable e histórica para cuantos hacemos SCRIPTA THEOLOGICA: precisamente la fecha en que iniciaba sus tareas el recién creado Instituto Teológico, que se transformaría después en nuestra actual Facultad de Teología. A esa homilía, que alguien ha calificado de “programática”⁷⁷, corresponden las siguientes palabras⁷⁸:

Celebramos la Sagrada Eucaristía, el sacrificio sacramental del Cuerpo y de la Sangre del Señor, ese misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del Cristianismo. Celebramos, por tanto, la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida: comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo, donde Cristo mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado (cfr. Apoc 21,4).

Esta verdad tan consoladora y profunda, esta significación escatológica de la Eucaristía, como suelen denominarla los teólogos, podría, sin embargo, ser malentendida: lo ha sido siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente espiritual —espiritualista, quiero decir—, propio de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo

77. S. BAGGIO, *Profilo di Monsignor Josemaría Escrivá de Balaguer*, en “Avvenire”, Milano, 26-VII-1975, p. 5. El Cardenal Baggio es el Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos.

78. El texto de esta homilía, entregado a los miembros de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra inmediatamente después de finalizada la misa en que fue pronunciada, ha sido incluido en *Conversaciones*, a modo de apéndice. Ocupa allí los números 113-123, bajo el título *Amar al mundo apasionadamente*.

más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí.

Cuando se ven las cosas de este modo, el templo se convierte en el lugar por antonomasia de la vida cristiana; y ser cristiano es, entonces, ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesiástica, en una especie de mundo segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del Cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él.

En esta mañana de octubre, mientras nos disponemos a adentrarnos en el memorial de la Pascua del Señor, respondemos sencillamente que no a esa visión deformada del Cristianismo. Reflexionad por un momento en el marco de nuestra Eucaristía, de nuestra Acción de Gracias: nos encontramos en un templo singular; podría decirse que la nave es el campus universitario; el retablo, la Biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra...

¿No os confirma esta enumeración, de una forma plástica e inolvidable, que es la vida ordinaria el verdadero lugar de vuestra existencia cristiana? Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.

Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (cfr. Gen 1,7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las ta-

reas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.

Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu.

¿Qué son los sacramentos —huellas de la Encarnación del Verbo, como afirmaron los antiguos— sino la más clara manifestación de este camino, que Dios ha elegido para santificarnos y llevarnos al Cielo? ¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y reden-

tora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristia —ya inminente— sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo —vino y pan—, a través de los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar? (cfr. Gaudium et Spes, 38).

Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios (1 Cor 3,22-23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que —en ese movimiento— se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pabo escribió también: ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios (1 Cor 10,31).

Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra —como sabéis— en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: Despacito, y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas⁷⁹.

Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...

Vivir santamente la vida ordinaria, acabo de deciros. Y con esas palabras me refiero a todo el programa de vuestro quehacer cristiano. Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar mística ojala-

79. El autor agrega en nota la referencia bibliográfica. Es un verso de A. MACHADO, *Poesías completas*. CLXI. —*Proverbios y cantares*, XXIV. Espasa-Calpe, Madrid 1940.

tera —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...—, y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor: Mirad mis manos y mis pies, dijo Jesús resucitado: soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo (Lc 24,39).

Son muchos los aspectos del ambiente secular, en el que os movéis, que se iluminan a partir de estas verdades. Pensad, por ejemplo, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida.

Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, catolicismo oficial o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones:

a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene;

y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas.

Se ve claro que, en este terreno como en todos, no podríais realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozárais de toda la libertad que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y de

mujeres creados a imagen de Dios. La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable.

Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis —¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia— vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos —en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional—, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo, —lo diré de un modo positivo—, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social.

Sé que no tengo necesidad de recordar lo que, a lo largo de tantos años, he venido repitiendo. Esta doctrina de libertad ciudadana, de convivencia y de comprensión, forma parte muy principal del mensaje que el Opus Dei difunde. ¿Tendré que volver a afirmar que los hombres y las mujeres, que quieren servir a Jesucristo en la Obra de Dios, son sencillamente ciudadanos iguales a los demás, que se esfuerzan por vivir con seria responsabilidad —hasta las últimas conclusiones— su vocación cristiana?

Nada distingue a mis hijos de sus conciudadanos. En cambio, fuera de la Fe, nada tienen en común con los miembros de las congregaciones religiosas. Amo a los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo —su contemptus mundi—, que son otros signos de santidad en la Iglesia. Pero el Señor no me ha dado vocación religiosa, y deseársela para mí sería un desorden. Ninguna autoridad en la tierra me podrá obligar a ser religioso, como ninguna autoridad puede forzarme a contraer matrimonio. Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo.

Quienes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran

número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo —que así confirman su obediencia a sus respectivos Obispos y su amor y la eficacia de su trabajo diocesano—, siempre con los brazos abiertos en cruz para que todas las almas quepan en sus corazones, y que están como yo en medio de la calle, en el mundo, y lo aman; y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repito—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares⁸⁰.

* * *

Y ahora, hijos e hijas, dejadme que me detenga en otro aspecto —particularmente entrañable— de la vida ordinaria. Me refiero al amor humano, al amor limpio entre un hombre y una mujer, al noviazgo, al matrimonio. He de decir una vez más que ese santo amor humano no es algo permitido, tolerado, junto a las verdaderas actividades del espíritu, como podría insinuarse en los falsos espiritualismos a que antes aludía. Llevo predicando de palabra y por escrito todo lo contrario desde hace cuarenta años, y ya lo van entendiendo los que no lo comprendían.

El amor, que conduce al matrimonio y a la familia, puede ser también un camino divino, vocacional, maravilloso, cauce para una completa dedicación a nuestro Dios. Realizad las cosas con perfección, os he recordado, poned amor en las pequeñas actividades de la jornada, descubrid —insisto— ese

80. Conversaciones, 113-119. En este texto, como en el siguiente, los subrayados son del autor.

algo divino que en los detalles se encierra: toda esta doctrina encuentra especial lugar en el espacio vital, en el que se encuadra el amor humano.

Ya lo sabéis, profesores, alumnos, y todos los que dedicáis vuestro quehacer a la Universidad de Navarra: he encomendado vuestros amores a Santa María, Madre del Amor Hermoso. Y ahí tenéis la ermita que hemos construido con devoción, en el campus universitario, para que recoja vuestras oraciones y la oblación de ese estupendo y limpio amor, que Ella bendice.

¿No sabíais que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? (1 Cor 6,19). ¡Cuántas veces, ante la imagen de la Virgen Santa, de la Madre del Amor Hermoso, responderéis con una afirmación gozosa a la pregunta del Apóstol!: Sí, lo sabemos y queremos vivirlo con tu ayuda poderosa, oh Virgen Madre de Dios.

La oración contemplativa surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: algo tan material como mi cuerpo ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada..., ya no me pertenezco..., mi cuerpo y mi alma —mi ser entero— son de Dios... Y esta oración será rica en resultados prácticos, derivados de la gran consecuencia que el mismo Apóstol propone: glorificad a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,20).

Por otra parte, no podéis desconocer que, sólo entre los que comprenden y valoran en toda su profundidad cuanto acabamos de considerar acerca del amor humano, puede surgir esa otra comprensión inefable de la que hablara Jesús (cfr. Mt 19,11), que es un puro don de Dios y que impulsa a entregar el cuerpo y el alma al Señor, a ofrecerle el corazón indiviso, sin la mediación del amor terreno.

Debo terminar ya, hijos míos. Os dije al comienzo que mi palabra querría anunciaros algo de la grandeza y de la misericordia de Dios. Pienso haberlo cumplido, al hablaros de vivir santamente la vida ordinaria: porque una vida santa en medio de la realidad secular —sin ruido, con sencillez, con veracidad—, ¿no es hoy acaso la manifestación más conmovedora de las magnalia Dei (Eccli 18,4), de esas portentosas

misericordias que Dios ha ejercido siempre, y no deja de ejercer, para salvar al mundo?

Ahora os pido con el salmista que os unáis a mi oración y a mi alabanza: magnificate Dominum mecum, et extollamus nomen eius simul (Ps 33,4); engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre todos juntos. Es decir, hijos míos, vivamos de fe.

Tomemos el escudo de la fe, el casco de salvación y la espada del espíritu que es la Palabra de Dios. Así nos anima el Apóstol San Pablo en la epístola a los de Efeso (Eph 6,11 y ss.), que hace unos momentos se proclamaba litúrgicamente.

Fe, virtud que tanto necesitamos los cristianos, de modo especial en este año de la fe que ha promulgado nuestro amadísimo Santo Padre el Papa Pablo VI: porque, sin la fe, falta el fundamento mismo para la santificación de la vida ordinaria.

Fe viva en estos momentos, porque nos acercamos al mysterium fidei (1 Tim 3,9), a la Sagrada Eucaristía; porque vamos a participar en esta Pascua del Señor, que resume y realiza las misericordias de Dios con los hombres.

Fe, hijos míos, para confesar que, dentro de unos instantes, sobre esta ara, va a renovarse la obra de nuestra Redención (Secreta del Domingo IX después de Pentecostés). Fe, para saborear el Credo y experimentar, en torno a este altar y en esta Asamblea, la presencia de Cristo, que nos hace cor unum et anima una (Act 4,32), un solo corazón y una sola alma; y nos convierte en familia, en Iglesia, una, santa, católica, apostólica y romana, que para nosotros es tanto como universal.

Fe, finalmente, hijas e hijos queridísimos, para demostrar al mundo que todo esto no son ceremonias y palabras, sino una realidad divina, al presentar a los hombres el testimonio de una vida ordinaria santificada, en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y de Santa María⁸¹.

81. Conversaciones, 121-123.

II

PRINCIPALES ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA
EXISTENCIA CRISTIANA EN EL MUNDO1. *La llamada universal a la santidad*

La mirada del Fundador del Opus Dei a las realidades cristianas capta, como hemos dicho, la economía divina realizada en Cristo como un mensaje de salvación que es llamamiento a la santidad personal. Llamamiento dirigido a todos los hombres: Hemos sido llamados a *la plenitud de la vida de fe, de esperanza y de amor; en una palabra, la santidad. No encuentro otra receta más que ésta: la santidad personal*⁸². *Ser santos es vivir tal y como nuestro Padre del cielo ha dispuesto que vivamos*⁸³, y su deseo es *divinizar nuestra existencia ordinaria*⁸⁴, que no consiste sino en *el trato íntimo con Cristo, para identificarnos con El*⁸⁵. Esto es lo que enseñaba, desde el comienzo de su labor, el Fundador del Opus Dei, y de ese pensamiento está llena toda su obra.

Hay un texto, sin embargo, que refleja en su misma redacción el desconcierto que esta verdad de fe —tan poco conocida entonces— producía en las gentes que se encontraban con el Fundador del Opus Dei:

*Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: 'Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto'*⁸⁶.

La Constitución Dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, lo diría treinta años después, apoyándose en

82. *Es Cristo que pasa*, 176; cfr. *Conversaciones*, 68.

83. *Es Cristo que pasa*, 160.

84. *Es Cristo que pasa*, 173.

85. *Es Cristo que pasa*, 56.

86. *Camino*, 291. Refiriéndose a la vocación de los socios del Opus Dei, escribe: *La vocación recibida es igual a la que surgía en el alma de aquellos pescadores, campesinos, comerciantes o soldados que, sentados cerca de Jesucristo en Galilea, le oían decir: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,48) (Conversaciones, 62).*

el mismo texto evangélico: "Dios Nuestro Señor predicó la santidad de vida a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen, santidad de la que El es Maestro y modelo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48)"⁸⁷. En el Fundador del Opus Dei, esta doctrina no es nunca una afirmación desvaída y libresca, de "teología de gabinete"⁸⁸. Como se ha hecho notar agudamente, "lo que desde el primer instante domina el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer es la conciencia de una misión que exige ser realizada. Nos encontramos, pues, con una tarea que, desde el comienzo, se reconoce como innovadora"⁸⁹. No es su doctrina algo primariamente "deducido", sino "entendido" como vocación y misión: *Hemos venido a decir —escribía a los primeros socios del Opus Dei— con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —homo peccator sum (Lc 5,8), decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados, que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad*⁹⁰.

He aquí, en este sentido, otros textos significativos, que merecerían ser estudiados más despacio: *La salvación, que predica Nuestro Señor Jesucristo, es una invitación dirigida a todos*: acontece lo que a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo y envió a los criados a llamar a los convidados a las bodas (Mt 22,2). Por eso, el Señor revela que el reino

87. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 40. *Una de mis mayores alegrías —declaró en 1968— ha sido precisamente ver cómo el Concilio Vaticano II ha proclamado con gran claridad la vocación divina del laicado* (Conversaciones, 71).

88. Esto lo percibió claramente G. Philips, que fue Secretario de la Comisión Conciliar que redactó la Constitución *Lumen Gentium*, cuando, refiriéndose a la homilía de Mons. Escrivá de Balaguer que hemos citado ampliamente, escribía: "Lecture recommandée aux théologiens de profession pour qu'ils daignent descendre dans la vie concrète de l'homme ordinaire" (G. PHILIPS, en "Ephemerides Theologicae Lovanienses" 44 [1968] 675).

89. J. L. ILLANES, *Llamada universal a la santidad*, en "Nuestro Tiempo" 28 (1967) 621.

90. Este texto se remonta al año 1930.

de los cielos está en medio de vosotros (Lc 17,21). *Nadie se encuentra excluido de la salvación, si se allana libremente a las exigencias amorosas de Cristo: nacer de nuevo, hacerse como niños, en la sencillez de espíritu; alejar el corazón de todo lo que aparte de Dios*⁹¹.

En un contexto pneumatológico —se trata de una homilía sobre el Espíritu Santo—, enseña: *Es doctrina que se aplica a cualquier cristiano, porque todos estamos igualmente llamados a la santidad. No hay cristianos de segunda categoría, obligados a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio: todos hemos recibido el mismo bautismo y, si bien existe una amplia diversidad de carismas y de situaciones humanas, uno mismo es el Espíritu que distribuye los dones divinos, una misma la fe, una misma la esperanza, una misma la caridad (cfr. 1 Cor 12,4-6 y 13,1-13)*⁹².

Y en una homilía, titulada precisamente “Hacia la santidad”, se leen estas palabras: *Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (1 Thes 4,3). Hoy, una vez más me lo propongo a mí y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos. Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal. En mis charlas con gentes de tantos países y de los ambientes sociales más diversos, con frecuencia me preguntan: ¿Y qué nos dice a los casados? ¿Qué a los que trabajamos en el campo? ¿Qué a las viudas? ¿Qué a los jóvenes? Respondo sistemáticamente que tengo un solo puchero. Y suelo puntualizar que Jesucristo Señor Nuestro predicó la buena nueva para todos, sin distinción alguna. Un solo puchero y un solo alimento: mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra (Ioh 4,34). A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfer-*

91. *Es Cristo que pasa*, 180.

92. *Es Cristo que pasa*, 134.

mos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén ⁹³.

Se comprende así que, al plantear el Fundador del Opus Dei los fundamentos de la existencia cristiana secular, no se detenga en consideraciones sobre situaciones y problemas de la Iglesia... Todo esto, para él, "es algo que tiene —diríamos— una posterioridad lógica, ya que no siempre cronológica. Hay algo, en cambio, que tiene prioridad absoluta, ateniéndose a la Revelación cristiana: la entrega personal al Señor de la Iglesia y del universo, la necesidad de ser santos. A partir de esta entrega debe contemplarse todo lo demás, porque todo en el mundo, radicalmente, se reduce a un problema de santidad personal: *Un secreto. —Un secreto a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos*" ⁹⁴.

2. Vocación cristiana

Dios no deja a ningún alma abandonada a un destino ciego: para todas tiene un designio, a todas llama con una vocación personalísima, intransferible ⁹⁵. Estas palabras de una "conversación" de Mons. Escrivá de Balaguer podrían servir para enmarcar el nuevo paso que ahora damos, íntimamente unido al anterior: el llamamiento de Dios recae sobre *todo* hombre, sobre *cada* hombre, porque ante Dios no hay "masas", ni hombres "anónimos". En este sentido, para el Fundador del Opus Dei, *cada* hombre es una vocación de Dios; y la historia de un hombre, la historia del descubrimiento y correspondencia a su vocación divina.

a) Llamamiento a la persona: Bautismo

En el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer se observa en este punto una continua resistencia a emplear categorías genéricas, que puedan diluir la existencia cristiana en un anónimo vivir: *El Espíritu Santo no guía a las almas*

93. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Hacia la santidad*, Madrid 1973, pp. 23-24.

94. P. RODRÍGUEZ, "Camino" y la espiritualidad del Opus Dei, en "Teología Espiritual" 9 (1965) 220. La cita en cursiva corresponde a Camino, 301.

95. *Conversaciones*, 106; cfr. *ibidem*, 112.

en masa, sino que, en cada una, infunde aquellos propósitos, inspiraciones y afectos que le ayudarán a percibir y a cumplir la voluntad del Padre⁹⁶. Mi experiencia de sacerdote me dice que cada alma tiene su propio camino⁹⁷. La gracia de Dios viene en socorro de cada alma; cada criatura requiere una asistencia concreta, personal. ¡No puede tratarse a las almas en masa! No es lícito ofender la dignidad humana y la dignidad del hijo de Dios [...]: porque cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo⁹⁸. De ahí su continuo martilleo sobre el carácter fundamentalmente personal de la propia santificación⁹⁹ y de la llamada; llamada que, sin embargo, Dios dirige a todos y cada uno. En su predicación, este carácter personal aparece continuamente referido a Isaías 43,1: "Ego vocavi te nomine tuo". Nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras: ... sale al encuentro... espera... se coloca a la vera del camino, para que no tengamos más remedio que verle. Y nos llama personalmente, hablándonos de nuestras cosas, que son también las suyas¹⁰⁰. En la economía de la salvación, Nuestro Padre cuida de cada alma con delicadeza amorosa: cada uno ha recibido de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra (1 Cor 7,7)¹⁰¹. La vocación, con toda su riqueza, aparece así como el fenómeno central de la vida humana, hasta el extremo de poder decir que "vocación", según Mons. Escrivá de Balaguer, es la definición cristiana del hombre. Son las ideas que después encontraremos latiendo en la Constitución *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, cuando dice: "la fe alumbrá con luz nueva todas las cosas y pone de manifiesto el plan divino acerca de la vocación integral del hombre"¹⁰². Por eso,

96. *Es Cristo que pasa*, 92.

97. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, 17.^a edición castellana, Madrid, Rialp, 1975, p. 16. El texto está tomado de una nota del autor a la 12.^a edición.

98. *Es Cristo que pasa*, 80.

99. *Conversaciones*, 99.

100. *Es Cristo que pasa*, 59; cfr. *ibidem*, 32 y 144.

101. *Es Cristo que pasa*, 35.

102. CONC. VATICANO II, Const. *Gaudium et Spes*, 11.

conviene detenernos algo más en los textos del Fundador de la Universidad de Navarra.

Digamos primero que, para él, la vocación es ante todo una iniciativa divina: *La vocación es lo primero; Dios nos ama antes de que sepamos dirigirnos a él, y pone en nosotros el amor con que podamos corresponderle. La paternal bondad de Dios nos sale al encuentro. Nuestro Señor no sólo es justo, es mucho más: misericordioso. No espera que vayamos a Él; se anticipa, con muestras inequívocas de paternal cariño* ¹⁰³. Y además, la vocación es una iniciativa libre; no en el sentido de excluyente, sino de gratuita: *No me gusta hablar de elegidos ni de privilegiados. Pero es Cristo quien habla, quien elige. Es el lenguaje de la Escritura: elegit nos in ipso ante mundi constitutionem —dice San Pablo— ut essemus sancti (Eph 1,4). Nos ha escogido, desde antes de la constitución del mundo, para que seamos santos* ¹⁰⁴.

La iniciativa salvadora de Dios alcanza al hombre, radicalmente, en el Bautismo: de ahí que alcance a *todos* los cristianos y que sea esencialmente *eclesial*, como tendremos ocasión de ver más despacio al exponer la doctrina eclesiológica: *He pensado siempre que la característica fundamental del proceso de evolución del laicado es la toma de conciencia de la dignidad de la vocación cristiana. La llamada de Dios, el carácter bautismal y la gracia, hacen que cada cristiano pueda y deba encarnar plenamente la fe. Cada cristiano debe ser alter Christus, ipse Christus, presente entre los hombres. El Santo Padre lo ha dicho de una manera inequívoca: Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo Bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante ese sacramento, en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia... El ser cristiano, el haber recibido el Bautismo, no debe ser considerado como indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado (Enc. Ecclesiam suam, parte I)* ¹⁰⁵. Precisamente por ser vocación “in Ecclesia”, la continua insistencia de Mons. Escrivá de Balaguer en

103. *Es Cristo que pasa*, 33.

104. *Es Cristo que pasa*, 1.

105. *Conversaciones*, 58.

el carácter *personal* de la llamada nada tiene que ver con el individualismo, sino que expresa solidaridad: *Ninguna vida es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas. Ninguna persona es un verso suelto, sino que formamos parte todos de un mismo poema divino, que Dios escribe con el concurso de nuestra libertad* ¹⁰⁶.

Ni qué decir tiene que toda esta teología de la llamada "personal" se orienta, lógicamente, hacia la respuesta también "personal": *La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: ego vocavi te nomine tuo, te he llamado, a ti, por tu nombre. Hay que contestar —amor con amor se paga— diciendo: ecce ego quia vocasti me (1 Reg 3,5)* ¹⁰⁷.

Pero esa iniciativa y ese designio eterno de Dios —que se enraizan en el Bautismo— tienen momentos cruciales en la vida de cada hombre, en el que éste, de modo muy especial, capta el sentido concreto del plan de Dios *para él*: son momentos en los que el hombre escucha la llamada y se configuran como normativos para todas las demás situaciones: *La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos a dónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía* ¹⁰⁸.

Podríamos decir que Mons. Escrivá de Balaguer, en un primer momento, contempla al hombre como "clausurado" en sí mismo, "gastando" banalmente una vida cuyo sentido profundo se le oculta. Pero, movido por su misericordia, *Dios nos saca de las tinieblas de nuestra ignorancia, de nuestro caminar incierto entre las incidencias de la historia, y nos llama con voz fuerte, como un día lo hizo con Pedro y Andrés: Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*

106. *Es Cristo que pasa*, 111. Dios nos busca uno a uno; y hemos de responderle uno a uno: aquí estoy, Señor, porque me has llamado (1 Reg 3,5) (*Ibidem*, 174).

107. *Es Cristo que pasa*, 59.

108. *Es Cristo que pasa*, 45.

(Mt 4,19), *seguidme y yo os haré pescadores de hombres, cualquiera que sea el puesto que en el mundo ocupemos*¹⁰⁹. De este modo —segundo momento—, el hombre descubre, en el seno de esa misma vida, la vocación divina, que le hace “comprender” —“reconocer”, si ya era cristiano— en qué deba gastarse la vida de que dispone. Dicho con relación al Bautismo: la vida vivida como vocación implica, para Mons. Escrivá de Balaguer, el descubrimiento personal de la grandeza del Bautismo, y se expresa en el continuado y *sencillo propósito de vivir responsablemente los compromisos y exigencias bautismales*¹¹⁰. La “llamada” (bautismal), pues, se despliega en las “llamadas”: *Hemos de amar a Dios, para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento y en el de los demás hombres, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo*¹¹¹. La vida presenta mil facetas, situaciones diversísimas, ásperas unas, fáciles quizá en apariencia otras. Cada una de ellas comporta su propia gracia, es una llamada original de Dios: una ocasión inédita de trabajar, de dar el testimonio divino de la caridad¹¹². El acto de Dios que llama (vocación en sentido activo), si es escuchado y correspondido, transforma la vida humana —la totalidad de la vida— en vocación (vocación en sentido terminativo), es decir, en vida vivida como vocación. De este modo, vida humana y vocación se recubren. Con palabras del mismo Gran Canciller: *La fe y la vocación cristianas afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida con todas sus dimensiones desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios*¹¹³.

Lo anterior no acabaría de entenderse del todo si no anticipamos algo que habrá, por fuerza, de tratarse con más

109. *Ibidem*.

110. *Conversaciones*, 22.

111. *Es Cristo que pasa*, 17.

112. *Conversaciones*, 97.

113. *Es Cristo que pasa*, 46.

detenimiento en las próximas páginas. Esta anticipación, en síntesis, es la siguiente: *Vuestra vocación humana es parte y parte importante, de la vocación divina*¹¹⁴. El contenido de esa vocación humana aparecerá con mayor claridad al exponer lo que antes hemos llamado “afirmación cristiana del mundo” y “santificación del trabajo ordinario”. Pero lo que ahora nos interesa subrayar es el origen *también divino* de esa relación del hombre al mundo, de modo que familia, trabajo, formación profesional, limpias ilusiones y preocupaciones humanas, no son para el cristiano “otra cosa”, sino aspectos de su *única* vocación, que es *toda* de Dios. *Todo eso* —escribía en 1948 a los socios del Opus Dei, refiriéndose a la vocación humana— *habéis de conservarlo, puesto que es cosa que pertenece a vuestra vocación a la santidad*¹¹⁵. Y en una homilía de 1963 —a la que habremos de volver de nuevo— insistía: *Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis*¹¹⁶. Para ser divinos, para endiosarnos —había dicho dos años antes—, *hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez*¹¹⁷. En este sentido, lo que después estudiaremos bajo el epígrafe “santificación del trabajo ordinario” no será otra cosa que un elevar al orden sobrenatural, desde la llamada de Cristo, los “materiales” de que consta la vocación humana.

En este concepto abarcante de vocación cristiana se entrecruzan armónicamente, como vemos, aquellos dos planos de Creación y Redención, que constituyen, según Mons. Escrivá de Balaguer, la unidad de la “economía divina”. Todo aparece penetrado por la gracia y el amor de Dios: no hay

114. *Ibidem*.

115. Hay numerosos textos paralelos.

116. *Es Cristo que pasa*, 46.

117. *Es Cristo que pasa*, 172.

nada profano. Pero esta unidad de la vocación del cristiano, que refleja la unidad del designio salvador, es, teológicamente, una consecuencia, del misterio mismo de Cristo, según afirma estrictamente nuestro Gran Canciller: *En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos*¹¹⁸.

Digamos finalmente que esa integración de lo humano en lo divino, al ser obra de la gracia, es purificadora de la precariedad y de la miseria —que, históricamente, son la ganga constitutiva de lo humano— y es continua llamada a la humildad: *En la base de la vocación están el conocimiento de nuestra miseria, la conciencia de que las luces que iluminan el alma —la fe—, el amor con el que amamos —la caridad— y el deseo por el que nos sostenemos —la esperanza—, son dones gratuitos de Dios. Por eso, no crecer en humildad significa perder de vista el objetivo de la elección divina: ut essemus sancti (Eph 1,4), la santidad personal. Ahora, desde esa humildad, podemos comprender toda la maravilla de la llamada divina. La mano de Cristo nos ha cogido de un trigo: el sembrador aprieta en su mano ligada el puñado de trigo. La sangre de Cristo baña la simiente, la empapa. Luego, el Señor echa al aire ese trigo, para que, muriendo, sea vida y, hundiéndose en la tierra, sea capaz de multiplicarse en espigas de oro*¹¹⁹.

Explorar el concepto de vocación cristiana en las obras de Mons. Escrivá de Balaguer exige, pues, captar adecuadamente el carácter central de Cristo en su pensamiento: *Jesucristo nos busca —con una vocación, que es vocación a la santidad— para consumir, con Él, la Redención*¹²⁰. Pero la consideración cristológica del tema aparece, sobre todo, al consignar los textos sobre la filiación divina del cristiano.

118. *Es Cristo que pasa*, 120.

119. *Es Cristo que pasa*, 3.

120. *Es Cristo que pasa*, 31.

3. La filiación divina del cristiano

Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo ¹²¹. Podemos tomar este texto de *Es Cristo que pasa* como paradigmático, entre muchos semejantes, de la antropología cristiana de Mons. Escrivá de Balaguer. Para él, la vocación cristiana, que es llamada universal a la santidad, consiste, sencillamente, en ser y vivir como hijos de Dios: *Tú y yo somos hijos de Dios —y éste es endiosamiento bueno—, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: nos eligió por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia (Eph 1,4)* ¹²². La meditación del fundamento y las implicaciones teológicas y espirituales de la filiación divina del cristiano se constituye así en el más rico filón para dar con el sentido práctico de aquella condescendencia divina: *‘Padre —me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!’.— Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la ‘soberbia’* ¹²³.

Y es en torno a los grandes pasajes de sus obras, referentes a este tema, donde puede a la vez descubrirse aquella profunda doctrina acerca de Dios y de Cristo, que considerábamos al comienzo. Porque se diría que el “hablar de Dios” se hace temático en Mons. Escrivá de Balaguer al explicar a los cristianos cuál sea la sublime dignidad a la que han sido llamados. Y viceversa, cuando se “embebe” en el misterio de Dios, salta enseguida a las consecuencias salvadoras de ese misterio.

121. *Es Cristo que pasa*, 133.

122. *Es Cristo que pasa*, 160.

123. *Camino*, 274.

a) *La autodonación del Dios Trino en el Bautismo*

Hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres¹²⁴. El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones¹²⁵. Podemos decir, empleando las categorías de que nos servimos al principio, que estos dos textos muestran la “teología” y la “economía” de la filiación divina, según Mons. Escrivá de Balaguer. Todo lo llena la Trinidad Santísima: el fundamento de la filiación divina del hombre es la realidad trinitaria que se revela en el designio de Dios, y su término último, el gozo de esa misma Trinidad. Don Alvaro del Portillo hacía constar precisamente esto, en su ya citada presentación de las *Homilias* del Fundador de nuestra Universidad, cuando señalaba que el sentido de la filiación divina —“nervio central” de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer— era un continuo eco del siguiente texto de San Pablo: “Los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, en virtud del cual clamamos: *Abba*, ¡Padre! Porque el mismo Espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo, con tal de que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados (Rom 8,14-17)”¹²⁶.

El misterio de la filiación divina o, lo que es lo mismo, de la autocomunicación de la Trinidad al hombre aparece,

124. *Es Cristo que pasa*, 133.

125. *Es Cristo que pasa*, 84.

126. Cfr. A. DEL PORTILLO, *Presentación*, o. c. en nota 49, p. 13.

en primer término, para Mons. Escrivá de Balaguer, como un don, como el máximo don de Dios al hombre: *el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas (...). La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho a su imagen y semejanza (Gen 1,26); lo ha redimido del pecado —del pecado de Adán que sobre toda su descendencia recayó, y de los pecados personales de cada uno— y desea vivamente morar en el alma nuestra: el que me ama observará mi doctrina y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él (Ioh 14,23)*¹²⁷. Y junto al don, el conocimiento que la fe nos da del mismo: *La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino*¹²⁸.

Pero agreguemos enseguida —en paralelismo con lo que dijimos sobre el concepto de vocación— que el don de la filiación divina aparece, en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, como el fruto propio del Bautismo: con este sacramento se nos entrega *el tesoro incalculable de la inhabitación de la Trinidad Santísima en el alma*¹²⁹; por medio de él, *Dios ha hecho nacer la vida divina en nuestras almas*¹³⁰. *En el bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo. El Señor, nos dice la Escritura Santa, nos ha salvado haciéndonos renacer por el bautismo, renovándonos por el Espíritu Santo, que él derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo Salvador nuestro, para que, justificados por la gracia, vengamos a ser herederos de la vida eterna conforme a la esperanza que tenemos (Tit 3,5-7)*¹³¹. Es importante este dato porque, al dárse nos por este medio el don creado de la filiación divina y el don increado de la Trinidad, en el Bautismo se manifiesta

127. *Es Cristo que pasa*, 84.

128. *Es Cristo que pasa*, 133.

129. *Es Cristo que pasa*, 78.

130. *Es Cristo que pasa*, 58.

131. *Es Cristo que pasa*, 128.

de modo primario la llamada universal a la santidad y el núcleo de lo que hemos llamado *vocación cristiana*. Tan ligadas aparecen estas tres realidades —llamada universal a la santidad, filiación divina y vocación— en la meditación que hace el Fundador del Opus Dei del primer sacramento de la iniciación cristiana, que este horizonte de su doctrina puede ser calificado justamente como “espiritualidad bautismal”¹³².

b) *La relación del cristiano a las Personas divinas*

El contenido de este don, que se nos confiere en el bautismo, viene descrito por Mons. Escrivá de Balaguer al exponer la acción de las Personas trinitarias en la vida del hombre llamado a la santidad. Copiemos algunos textos.

Relación filial con Dios Padre: *La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo*¹³³. *En Cristo, enseñados por El, nos atrevemos a llamar Padre Nuestro al Todopoderoso: el que hizo el Cielo y la tierra es ese Padre entrañable que espera que volvamos a El continuamente, cada uno como un nuevo y constante hijo pródigo*¹³⁴.

Según Mons. Escrivá de Balaguer, el misterio de nuestro ser hijos de Dios es, por tanto, en su aspecto de filiación al Padre, un misterio de fraternidad con el Hijo: *Os repito hoy con San Juan: ved qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto (I Ioh 3,1). Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: en él estaba la vida,*

132. Cfr. P. RODRÍGUEZ, “Camino” y la espiritualidad..., o. c. en nota 94. pp. 230-35.

133. *Es Cristo que pasa*, 65.

134. *Es Cristo que pasa*, 91.

y la vida era la luz de los hombres (Ioh 1,4). *Hijos de la Luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne* ¹³⁵.

Pero, a la hora de explicar la raíz trinitaria de la filiación divina del cristiano, tal vez lo que más destaque en la doctrina del Fundador del Opus Dei sea su contemplación pneumatológica del misterio. He aquí una apretada fórmula, extraída de un contexto eucarístico: *La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios* ¹³⁶. Habría que leer detenidamente, por ejemplo, su homilía sobre "el Gran Desconocido" ¹³⁷, para tener un seguro punto de partida. Copiemos tan sólo dos textos: *Se ha ido [Cristo] y nos envía al Espíritu Santo, que rige y santifica nuestra alma. Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por el temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre! (Rom 8,15). ¿Véis? Es la actuación trinitaria en nuestras almas. Todo cristiano tiene acceso a esa inhabitación de Dios en lo más íntimo de su ser, si corresponde a la gracia que nos lleva a unirnos con Cristo en el Pan y en la Palabra, en la Sagrada Hostia y en la oración* ¹³⁸. *Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. Los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom 8,14)* ¹³⁹. *Si nos dejamos guiar por ese principio de vida presente en nosotros, que es el Espíritu Santo, nuestra vitalidad espiritual irá creciendo y nos abandonaremos en las manos de nuestro Padre Dios, con la misma espontaneidad y confianza con que un niño se arroja en los brazos de su Padre* ¹⁴⁰.

135. *Es Cristo que pasa*, 66.

136. *Es Cristo que pasa*, 87.

137. Así llamaba habitualmente al Espíritu Santo. La homilía en cuestión, pronunciada el día de Pentecostés de 1969, se encuentra en *Es Cristo que pasa*, 127-138.

138. *Es Cristo que pasa*, 118.

139. *Es Cristo que pasa*, 135.

140. *Ibidem*.

La filiación divina, que, según Mons. Escrivá de Balaguer, es, simultáneamente —depende del ángulo de mirada—, disposición y consecuencia de la presencia de la Trinidad en el alma, está tan “apropiada” al Espíritu Santo, que el Fundador del Opus Dei llega a hablar de “un estilo de vida” —el que él propone a los cristianos corrientes— caracterizado precisamente por *tratar al Espíritu Santo y, con El, al Padre y al Hijo*¹⁴¹. Pero hablar de “estilo de vida” nos lleva a una consideración que estimamos del todo necesaria para captar en toda su hondura la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer sobre el asunto del que ahora tratamos.

c) *El “sentido” de la filiación divina*

Podríamos decir que esta teología de nuestro primer Gran Canciller sobre la ontología de la gracia y, por tanto, sobre el hecho cristiano capital de la filiación divina no es, en sus estrictos terminos doctrinales, sino la pacífica exposición, después de una captación excepcionalmente rigurosa, de la doctrina bíblica sobre el tema, a la luz de la meditación patristica de los grandes lugares neotestamentarios. Por supuesto, con matices y acentos peculiares. Pero su gran aportación teológica en este campo de la doctrina se mueve, sobre todo, en el ámbito de lo que él llamaba “sentido” de la filiación divina. Con esta palabra él apunta a una comprensión del modo de existencia cristiana desencadenado precisamente por la “conciencia” de esa inefable ontología sobrenatural. Es decir, contemplado el misterio, expone a los hombres las implicaciones existenciales que comporta y el “estilo de vida” que genera. *Una realidad que nunca me cansaré de admirar: nuestra filiación divina*¹⁴². Movidó por la gracia, *el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina*¹⁴³, *adquiere la conciencia de nuestra filiación divina*¹⁴⁴,

141. *Ibidem*.

142. *Es Cristo que pasa*, 64.

143. *Es Cristo que pasa*, 138.

144. *Es Cristo que pasa*, 64.

se penetra de ese sentido de la filiación divina, que es la médula de la piedad ¹⁴⁵.

La doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, estudiada desde este ángulo, tiene como tres fases —fases teológicas, porque en la predicación las expone siempre simultáneamente—: primera, consideración teológica del misterio, que ya hemos visto; segunda, y directamente derivada de la anterior, invitación a la “toma de conciencia” de nuestra condición de hijos de Dios (en la práctica esto es casi equivalente al descubrimiento de la llamada a la santidad contenida en el bautismo y del carácter vocacional de la vida cristiana); tercera, descripción del “estilo de vida” de los hijos de Dios. Digamos ahora algo de estas dos últimas etapas.

La enseñanza y la actividad pastoral del Fundador del Opus Dei ha ido toda ella encaminada efectivamente a hacer aflorar en el cristiano el sentido de la más radical consecuencia del bautismo: la filiación divina, que nos descubre a Dios presente ante nosotros como Padre. Esto es lo que se refleja, por ejemplo, en el bello capítulo de *Camino*, titulado “Presencia de Dios”, del que transcribimos este célebre texto:

Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ¡ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... —Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende ..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

145. *Conversaciones*, 102.

Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos ¹⁴⁶.

De la consideración de esta maravilla arranca todo el “estilo” de vida cristiana que enseñaba nuestro primer Gran Canciller. La filiación divina, cuando se descubre existencialmente, empuja a las almas por el camino del amor y la confianza en Dios, alejando toda forma de temor servil, que tiene sólo el carácter de tentación en la lucha ascética. Un hombre que “sabe” que es hijo de Dios —con un saber que no es “de libro”, sino vocacional y comprometido— *no tiene ni miedo a la vida ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de su filiación divina: Dios es mi Padre, y es el autor de todo bien y es toda la Bondad. Este sentido de nuestra filiación divina nos da fortaleza para luchar y, con la gracia de Dios, vencer al menos nuestra soberbia; no nos induce nunca a la laxitud, a la presunción, al abandono, sino al contrario: a la delicadeza de conciencia y a la contrición más profunda, al dolor de amor. Y el mea culpa de cada noche —¡personal!— no es una ofensa a Dios y a la Iglesia: es más amor, más confianza, más humildad, más serenidad. Por ese camino queremos llevar nosotros a todas las almas: camino de almas contemplativas en medio del mundo* ¹⁴⁷.

Es demasiado denso el texto que acabamos de describir, como para pasar, sin más, adelante. En él se contienen, apretadamente, una serie de enfoques de la vida cristiana que debemos considerar más despacio. Esta mención de la necesidad de la lucha ascética, de la contrición personal, de la humildad señala una dimensión de la “vocación cristiana” que no puede pasarnos inadvertida. Según Mons. Escrivá de Balaguer es absolutamente imprescindible que ese hombre llamado por Dios con vocación personal y adornado con el don inefable de la filiación divina no pierda jamás de vista lo que él es por sí mismo: un pecador, un pecador perdonado. El Fundador de nuestra Universidad, conversando —por

146. *Camino*, 267.

147. Así escribía, desde Roma, en 1954, a los socios del Opus Dei de todas las regiones.

los años 40— con un periodista que mostraba deseos de escribir en el futuro su biografía, le dijo: *Para escribirla, te basta una palabra: pecador. Si quieres, puedes agregar: un pecador que ama con locura a Jesucristo.* Esta expresión, a la vez que insinúa un rasgo del alma santa del Fundador del Opus Dei, pone de relieve el aspecto de su doctrina a que ahora me estoy refiriendo.

d) *El contrapunto de la debilidad humana*

El misterio de la condescendencia de Dios en Cristo, que nos eleva a la condición de hijos de Dios, sólo se percibe en su generosidad indescriptible cuando se es consciente de esta terrible y cruda realidad: el pecado, los pecados personales de cada hombre —es decir, del hombre que soy yo—, que caracterizan la condición histórica de la persona humana. Un texto de *Camino*:

Eres polvo sucio y caído. —Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición.

Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo ¹⁴⁸.

Otro pasaje paralelo, también del más célebre de sus libros:

No olvides que eres ... el depósito de la basura. —Por eso, si acaso el Jardinero divino echa mano de tí, y te friega y te limpia ... y te llena de magníficas flores ..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso.

—Humíllate: ¿No sabes que eres el cacharro de los desperdicios? ¹⁴⁹.

De la homilía sobre el Espíritu Santo:

Los cristianos llevamos los grandes tesoros de la gracia en vasos de barro (cfr. 2 Cor 4,7); Dios ha confiado sus dones a la frágil y débil libertad humana y, aunque la fuerza del Señor ciertamente nos asiste, nuestra concupiscencia, nuestra comodidad y nuestro orgullo la rechazan a veces y

148. *Camino*, 599.

149. *Camino*, 592.

*nos llevan a caer en el pecado. En muchas ocasiones, desde hace más de un cuarto de siglo, al recitar el Credo y afirmar mi fe en la divinidad de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, añado a pesar de los pesares. Cuando he comentado esa costumbre mía y alguno me pregunta a qué quiero referirme, respondo: a tus pecados y a los míos*¹⁵⁰.

La acción del *Jardinero divino, el soplo del Espíritu Santo*: ésa es la raíz de la nueva criatura, de ese nuestro ser en Cristo que llama Mons. Escrivá de Balaguer “vocación cristiana”, “filiación divina”. Pero esa acción alcanza —digámoslo de nuevo— al hombre histórico y concreto que somos cada uno de nosotros, afeados por el pecado de origen y los pecados personales. Seres, por tanto, con la limitación natural de la criatura y en la situación contranatural del pecado: *polvo sucio y caído, cacharro de los desperdicios, vasos de barro*. De ahí, la insistencia con que predicaba el Fundador del Opus Dei la necesidad de la humildad personal. Un texto antes citado debe ser ahora releído:

*La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida,, sino el favor divino*¹⁵¹.

No hay, pues, nada más contrario al estilo de vida de los hijos de Dios que la soberbia: *un instante de soberbia te volvería al suelo*¹⁵². La razón es clara: humildad y sentido de la filiación divina son en realidad “una sola cosa”.

Este “revés de la trama” —miserias, pecados, que se hacen positivos en la humildad—, lo mismo que la filiación divina, arranca, en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, de esa “espiritualidad bautismal”, a la que aludíamos más arriba. Porque en el Bautismo, el Espíritu Santo, con el mismo movimiento divino por el que toma posesión de nuestras almas, perdona nuestros pecados y nos hace renunciar al Demonio y a sus obras. Donación de la gracia y remisión de

150. *Es Cristo que pasa*, 131.

151. *Es Cristo que pasa*, 133.

152. *Camino*, 599.

los pecados, que no son dos “cosas” distintas —dice la Tradición doctrinal de la fe¹⁵³— sino formalidades diversas del mismo soberano acto de Dios, que justifica al pecador. De ahí que el hombre perdonado y constituido hijo de Dios en el Bautismo se vea impulsado, por esa misma gracia bautismal, a cultivar en su vida, inseparablemente, junto a la actitud confiada ante su Padre-Dios, un grande horror al pecado, a sus pecados, que es lo único que, en definitiva, puede apartarle de su gloriosa condición de hijo: *No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado*¹⁵⁴.

Por todo esto, el estilo de vida que predicaba Mons. Escrivá de Balaguer tiene, desde el hecho capital de la vocación a la filiación divina, como una doble característica: la humildad, que lleva por una parte, a la contrición, al dolor de amor por los pecados; y por otra, a una animosa y continuada batalla para superar la huella que todas esas experiencias de la miseria humana dejan en el hombre. En su doctrina sobre el hombre cristiano, es cierto, se interfieren de continuo estas dos motivaciones: conciencia viva de la propia nada, que lleva no al hundimiento y a la desesperación sino a poner contrito el corazón ante Dios; y, a la vez y desde ahí, una renovada alegría —la alegría de los hijos de Dios— que hace comprender que lo que queda del *hombre viejo* en nosotros —la concupiscencia, el *fomes peccati*— está ahí no porque sea imperfecta la obra de Dios en nosotros, sino *ad agonem* —como dijo el Concilio de Trento¹⁵⁵—: para luchar, para combatir, que ese es el estatuto propio de la Iglesia y del hombre mientras somos viadores: “soporta las dificultades como buen soldado de Cristo Jesús”¹⁵⁶.

e) La “conversión de los hijos de Dios”

Vistas las cosas desde este ángulo, podemos decir que la catequesis que de palabra y por escrito ha hecho en todo el

153. Cfr. CONC. DE TRENTO, *Decr. de iustificatione*, cap. 7 (DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum*, 799).

154. *Camino*, 386.

155. Cfr. CONC. DE TRENTO, *Decr. de peccato originali*, c. 5 (DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum*, 792).

156. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 76.

mundo Mons. Escrivá de Balaguer ha sido una constante incitación a vivir la continua *conversión de los hijos de Dios*, es decir, a hacer contrición de los pecados y a luchar denodadamente contra las propias miserias. Por eso, puedo decir —me parece— que en la antropología cristiana de Mons. Escrivá de Balaguer se da una repugnancia instintiva —instinto sobrenatural— a todo lo que es “color de rosa”, estética o armonía humanista, podría llamarse, precisamente porque está su doctrina dominada por el formidable realismo de la fe, que le lleva a un profundo y simultáneo reconocimiento de la grandeza y de la miseria del hombre:

*No nos engañemos: en la vida nuestra, si contamos con brío y con victorias, deberemos contar con decaimientos y con derrotas. Esa ha sido siempre la peregrinación terrena del cristiano, también la de los que veneramos en los altares. ¿Os acordáis de Pedro, de Agustín, de Francisco? Nunca me han gustado esas biografías de santos en las que, con ingenuidad, pero también con falta de doctrina, nos presentan las hazañas de esos hombres como si estuviesen confirmados en gracia desde el seno materno. No. Las verdaderas biografías de los héroes cristianos son como nuestras vidas: luchaban y ganaban, luchaban y perdían. Y entonces, contritos, volvían a la lucha*¹⁵⁷.

Son incontables los textos del Fundador del Opus Dei que podríamos aducir para describir este “estilo de vida”. Tienen casi siempre la misma estructura, o mejor, el mismo movimiento espiritual: filiación divina, miserias humanas, contrición y lucha, sacramento de la penitencia, alegría. Transcribamos algunos, comenzando por éste, de una homilía de Cuaresma:

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos re-

157. *Ibidem*.

vestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios ¹⁵⁸.

La alegría es un bien cristiano. Unicamente se oculta con la ofensa a Dios; porque el pecado es producto del egoísmo, y el egoísmo es causa de la tristeza. Aún entonces, esa alegría permanece en el rescoldo del alma, porque nos consta que Dios y su Madre no se olvidan nunca de los hombres. Si nos arrepentimos, si brota en nuestro corazón un acto de dolor, si nos purificamos en el santo sacramento de la Penitencia, Dios sale a nuestro encuentro y nos perdona; y ya no hay tristeza; es muy justo regocijarse porque tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado (Lc 15,32) ¹⁵⁹.

En medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre, cuando su alegría se hace constante porque nada es capaz de destruir su esperanza. En esa hora, además y al mismo tiempo, cuando es capaz de admirar todas las bellezas y maravillas de la tierra, de apreciar toda la riqueza y toda la bondad, de amar con toda la entereza y toda la pureza para las que está hecho el corazón humano. Cuando el dolor ante el pecado no degenera nunca en gesto amargo, desesperado o altanero, porque la compunción y el conocimiento de la humana flaqueza le encaminan a identificarse de nuevo con las ansias redentoras de Cristo, y a sentir más hondamente la solidaridad con todos los hombres. Cuando, en fin, el cristiano experimenta en sí con seguridad la fuerza del Espíritu Santo, de manera que las propias caídas no le abaten: porque son una invitación a recomenzar, y a continuar siendo testigo fiel de Cristo en todas las encrucijadas de la tierra, a pesar de las miserias personales, que en estos casos suelen ser faltas leves, que enturbian apenas el alma; y, aunque fuesen graves, acudiendo al Sacramento de la Peniten-

158. *Es Cristo que pasa*, 64.

159. *Es Cristo que pasa*, 178.

cia con compunción, se vuelve a la paz de Dios y a ser de nuevo un buen testigo de sus misericordias ¹⁶⁰.

A partir de estos textos se comprende la importancia que en la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer cobraba el uso frecuente del sacramento de la Penitencia ¹⁶¹. Era para él —en su vida personal y en su doctrina— un modo ordinario de relación filial con Dios Padre: *¡Mira qué entrañas de misericordia tiene la justicia de Dios! —Porque en los juicios humanos, se castiga al que confiesa su culpa: y, en el divino, se perdona. —¡Bendito sea el santo Sacramento de la Penitencia!* ¹⁶². Explicó muchas veces que un hijo de Dios, en su batalla diaria por ser fiel a su vocación se experimenta

160. *Es Cristo que pasa*, 138.

161. En una catequesis ante miles de personas (en España, año 1972) le hicieron esta pregunta: "Entonces, Padre, ¿usted insiste en la necesidad de la Confesión frecuente?". Respuesta: *Insisto, insisto. En primer lugar te lo aconsejo, porque también yo procuro practicarla. Me confieso con mucha frecuencia, y nunca agradeceré bastante a mi Señor Jesús que haya instituido este santo sacramento. Os aconsejo lo que trato de vivir yo, y lo que deben hacer todos los cristianos que quieren tener una vida de piedad, más o menos intensa: frecuentar los sacramentos. Ninguno de nosotros somos impecables; todos hacemos tontearias, todos. El que se crea muy santo, es un soberbio y ofende a Dios. — La confesión frecuente es como el alimento. ¿Quién de vosotros come sólo una vez al año? ¡Coméis todos los días! La confesión va muy bien, al menos una vez a la semana. ¿Qué diríais de una persona que no quisiera comer más que una vez al mes o una vez al año? ¡Qué debilidad! Estaría enfermo, sin fuerzas, la tendrían que llevar en un carrito. Pues si tú quieres estar fuerte, para luchar, para amar al Señor, confiéstate con frecuencia y recibirás muchas gracias de Dios. — Además, el Señor nos lo dijo muy claro: non est opus valentibus medicus, sed male habentibus. El médico no es necesario a los sanos, sino a los enfermos. Por eso, los que somos pecadores necesitamos la confesión. No la necesitaria habitualmente el que no pecase nunca. — Dios que nos purifica, que nos limpia, que nos levanta, ¿no os entenece? Acudid a la Confesión, porque no es sólo para perdonar los pecados graves, o los leves, o las faltas: es también para fortalecernos, para llenar el alma de gracia y darnos impulso, de modo que recorramos más deprisa el camino; para que tengamos también más habilidad para combatir y vencer; para que nos comportemos de tal manera que sepamos vivir con virtud y aborrecer el pecado. — Me parece que te he dado razones suficientes. ¡Cuántas gracias tenemos que dar a Dios Nuestro Señor, por este sacramento de su misericordia! Yo me pismo, me conmuevo. Un Dios que perdona me parece tan padre y madre a la vez, que me echaría a llorar de agradecimiento y de alegría. ¿Qué haríamos sin su perdón?*

162. *Camino*, 309.

de continuo como el “hijo pródigo” de la parábola evangélica, que debe —también de continuo— “volver a la casa del Padre”, convertirse. Y en esta perspectiva de conversión exponía la necesidad del sacramento de la Penitencia como un encuentro del Padre y del hijo por la mediación de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum —revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pablo a los Romanos. —En el Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos*¹⁶³. Así, haciendo eco a la Tradición (que ve el perdón otorgado en la Penitencia sacramental en su relación con el Bautismo, sacramento primero del perdón de Dios), la práctica frecuente de la confesión sacramental aparece en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer como algo exigido por esa “espiritualidad bautismal”, por ese sentido de la filiación divina, fundamento de la espiritualidad que él propuso a los hombres de la calle.

f) *La piedad de los hijos de Dios*

En este contexto de la filiación divina habría que situar también la riquísima doctrina del santo Fundador de nuestra Universidad acerca de la “vida de infancia”¹⁶⁴: empapa ella todo el modo cristiano de vivir que de la filiación divina se deduce, y es como un eco de aquellas palabras de Jesús: “nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum” (Mt 18,3). La vida de los hijos de Dios es confiada, alegre, emprendedora. Es el paradójico modo, cristiano y sobrenatural, de ser “adultos” —maduros en la fe—: *La infancia espiritual no es memez espiritual, ni “blandenguería”: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios*¹⁶⁵. *En la vida espiritual de infancia las cosas que dicen o hacen los “niños” nunca son niñerías y puerilidades*¹⁶⁶.

163. *Camino*, 310.

164. Véanse los dos capítulos de *Camino* titulados *Infancia espiritual* y *Vida de infancia*, nn. 852-901.

165. *Camino*, 855.

166. *Camino*, 854.

Algunos —de los que no saben lo que es madurez espiritual— pueden entender peyorativamente este ser niños ante Dios, como ya lo entendieron los que atacaban el cristianismo en los primeros siglos. Por eso, Mons. Escrivá de Balaguer podría contestar con palabras de Clemente de Alejandría: “Se nos llama niños. Nosotros acogemos con complacencia este denominativo ... Porque nosotros somos siempre jóvenes, siempre niños, siempre nuevos ... ¿Es que acaso podrían no ser “nuevos” los que participan de la “nueva” Palabra? ... Por tanto, “niños” quiere decir que para nosotros toda la vida es una primavera ... porque en nosotros la Verdad no conoce ocaso, ni vetustez”¹⁶⁷. El testimonio de nuestro primer Gran Canciller es idéntico: *El cristiano, aunque sea un anciano de ochenta años, al vivir en unión con Jesucristo, puede paladear con toda verdad las palabras que se rezan al pie del altar: entraré al altar de Dios, del Dios que da alegría a mi juventud (Ps 42,4)*¹⁶⁸.

Antes dijimos que, para Mons. Escrivá de Balaguer, el sentido de la filiación divina es *la médula de la piedad*¹⁶⁹. Ahora se haría necesario algo que apenas si cabe ya en estas páginas. Me refiero al intento de describir esa vida de intimidad con Dios: la intimidad con Jesucristo, el amor a la Sagrada Eucaristía, la devoción a la Virgen Santísima y a San José, etc. Cada uno de estos puntos podría dar lugar a una monografía de teología espiritual. Digamos, con todo, una palabra.

En esa “economía” divina que, rastreando textos del Gran Canciller de la Universidad de Navarra, describíamos al comienzo de nuestro estudio, Jesucristo aparecía en el centro del misterio de la condescendencia de Dios y, por tanto, con carácter absoluto y normativo para todos los tiempos. Por el abajamiento de Dios en Cristo hemos sido hechos los hom-

167. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedag.* I, 5, 20; PG, 8, 275. Como si fuera una protesta contra quienes, tan frecuentes en nuestros días, claman, con la inmadurez del adolescente, por los derechos del cristiano “adulto”, Mons. Escrivá de Balaguer, dio en reciente ocasión esta paradójica “definición” del Opus Dei: *Es una Asociación internacional de laicos adultos que se esfuerzan por hacerse niños delante de Dios.*

168. *Conversaciones*, 102.

169. *Ibidem*.

bres hijos de Dios. Pero no nos confundamos: Cristo, en la doctrina —y, sobre todo, en la vida— de Mons. Escrivá de Balaguer, no es una “clave” para entender el sentido de la historia, o una “cifra” para la autocomprensión del hombre. No es, tampoco, “objeto” de estudio, “tema” teológico ... ¿Cómo decirlo? Jesús es un misterio de humildad, de abajamiento, de amor, que está ahí, ante mí, no ya a mi altura, sino más bajo que yo, siendo Dios ... :

Considera lo más hermoso y grande de la tierra ..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos ... —Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de jese Dios mío! —¡tuyo!—, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa ... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía ¹⁷⁰.

Situados así antes este misterio de amor, que es el misterio de Cristo, comprendemos que todo ello es Dios que se ofrece a nosotros como *Emmanuel*, que se pone a nuestro lado, *more humano*, para que le tratemos: *Jesús es tu Amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... —Y tanto como a Lázaro te quiere a tí* ¹⁷¹. La vida de la gracia, en esta espiritualidad, aparece así como una oferta de amistad —“vos autem dixi amicos” (Ioh 15,15)— que debe recoger el cristiano: *Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre —Jesús— y a decirle que le quieres* ¹⁷². Estos textos nos sitúan de golpe ante la relación *personal e íntima* con Jesucristo Hermano y Amigo, que es la consecuencia que tiene para la piedad aquel misterio de condescendencia por el que somos hijos de Dios. En ese trato personal e íntimo con Jesús está el núcleo de la vida de piedad filial, según Mons. Escrivá de Balaguer. Ahí se forja, en el día tras día, ese modo

170. *Camino*, 432.

171. *Camino*, 422.

172. *Camino*, 303.

de existencia cristiana que explicaba a cuantos le seguían y que parece un eco del modo paulino: “vita vestra abscondita est cum Christo in Deo” (Col 3,3). Por eso, su mirada se concentra en ese último despliegue del misterio de condescendencia, que es la Eucaristía: *Ahi lo tienes: es Rey de Reyes y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. —Se humilló hasta esos extremos por amor a ti* ¹⁷³. *Cuando te acerques al Sagrario piensa que ¡El! ... te espera desde hace veinte siglos* ¹⁷⁴. *Nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y —en lo que nos es posible entender— porque, movido por su Amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros* ¹⁷⁵.

De este modo, el sentido de la filiación divina lleva a buscar el trato con Dios, Uno y Trino, a través del milagro de amor que es la Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, Comunión y Banquete, presencia permanente en el Sagrario ¹⁷⁶. Los distintos aspectos del misterio eucarístico encuentran abundantes desarrollos en las obras del Fundador del Opus Dei, siempre con el objeto de mostrar el carácter central de la Eucaristía en la piedad de los hijos de Dios.

La Misa es el centro y la raíz de la vida espiritual de los cristianos, explicaba, porque *la Trinidad se ha enamorado del hombre* ¹⁷⁷, *y esta corriente trinitaria de amor por los hombres se perpetúa de manera sublime en la Eucaristía* ¹⁷⁸: *Toda la Trinidad está presente en el sacrificio del Altar [...]* *La Misa —insisto— es acción divina, trinitaria, no humana [...]* *El amor de la Trinidad a los hombres hace que, de la presencia de Cristo en la Eucaristía, nazca para la Iglesia y la humanidad todas las gracias [...]* *Es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo [...]* *La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Tri-*

173. Camino, 538.

174. Camino, 537.

175. *Es Cristo que pasa*, 84.

176. *Es Cristo que pasa*, 85.

177. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 84.

178. *Es Cristo que pasa*, 85.

nidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano ¹⁷⁹.

Si el don de la filiación divina, efecto formal de la gracia (creada), nos capacita para entrar en una nueva y trascendente relación personal con Dios, que viene a nosotros (don increado), eso tiene su lugar privilegiado en la vida eucarística: *Es toda nuestra fe la que se pone en acto cuando creemos en Jesús, en su presencia real bajo los accidentes del pan y del vino. No comprendo cómo se puede vivir cristianamente sin sentir la necesidad de una amistad constante con Jesús en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la Eucaristía* ¹⁸⁰.

Y junto al Hijo, la Madre. Si la piedad cristológica de Mons. Escrivá de Balaguer mira al Salvador —lo hemos visto— como *Emmanuel* ¹⁸¹, es lógico que la piedad mariana sea rasgo insustituible de su doctrina espiritual. María es la Madre de Dios y, por María, Dios es “Dios-con-nosotros”; y nosotros, hijos de Dios, somos también hijos de María, que nos lleva hasta su Hijo, que es el Hijo de Dios:

De una manera espontánea, natural, surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo. Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante ¹⁸².

Hagamos notar, para poner fin de algún modo a estas pinceladas sobre el “estilo de vida cristiana”, que en la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer, el sentido de la filiación divina aparece siempre alargándose hacia la fraternidad con todos los hombres:

179. *Es Cristo que pasa*, 85-87.

180. *Es Cristo que pasa*, 154.

181. Cfr. texto de nota 27.

182. *Es Cristo que pasa*, 142.

*Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros*¹⁸³.

*Los problemas de nuestro prójimo han de ser nuestros problemas. La fraternidad cristiana debe encontrarse muy metida en lo hondo del alma, de manera que ninguna persona nos sea indiferente. María, Madre de Jesús, que lo crió, lo educó y lo acompañó durante su vida terrena y que ahora está junto a El en los cielos, nos ayudará a reconocer a Jesús que pasa a nuestro lado, que se nos hace presente en las necesidades de nuestros hermano los hombres*¹⁸⁴.

*La Virgen como Madre y el sentido de la filiación divina caminan unidos, porque, si caminamos de la mano de la Virgen Santísima, Ella hará que nos sintamos hermanos de todos los hombres: porque todos somos hijos de ese Dios del que Ella es Hija, Esposa y Madre*¹⁸⁵.

4. La afirmación cristiana del mundo

Cuando, en los primeros años de mi actividad pastoral, empecé a predicar estas cosas [se refiere a la universal llamada a la santidad con la consiguiente necesidad de santificar el trabajo ordinario], algunas personas no me entendieron, otras se escandalizaron: estaban acostumbradas a oír hablar del mundo siempre en un sentido peyorativo. El Señor me había hecho entender, y yo procuraba hacerlo entender a los demás, que el mundo es bueno, porque las obras de Dios son siempre perfectas, y que somos los hombres los que hacemos malo al mundo por el pecado. Decía entonces, y

183. *Es Cristo que pasa*, 106.

184. *Es Cristo que pasa*, 145.

185. *Ibidem*.

*sigo diciendo ahora, que hemos de amar el mundo, porque en el mundo encontramos a Dios, porque en los sucesos y acontecimientos del mundo Dios se nos manifiesta y se nos revela*¹⁸⁶.

Con estas palabras podemos introducirnos en la consideración de un nuevo y fundamental aspecto de la gran aportación de Mons. Escrivá de Balaguer al patrimonio de la teología cristiana: su doctrina acerca del mundo y de su significación en esa economía de la salvación, de que parte todo su pensamiento.

a) *Dios y la bondad originaria del mundo*

Insistamos, ante todo, en algo contenido en ese texto: el mundo es bueno. Mundo, entendido ahora en el sentido de creación divina, resultado fáctico del acto creador. Esta afirmación, radicalmente antimaniquea, de Mons. Escrivá de Balaguer, por la que se pone de manifiesto la bondad ontológica de la criatura, es verdaderamente fundamental en toda su espiritualidad, y aparece siempre como una meditación del texto del Génesis, que ha predicado hasta la saciedad: *Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (cfr. Gen 1,7 y ss.)*¹⁸⁷. *Amamos el mundo* —decía en 1954— *porque Dios lo hizo bueno, porque salió perfecto de sus manos*¹⁸⁸; *porque es obra de Dios Nuestro Señor*¹⁸⁹; *porque es hechura divina*¹⁹⁰. Es decir, la radical bondad de la criatura aparece como efecto de la Suma Bondad, que es Dios: se trata, pues, de una bondad participada, que sabe reconocer el hombre de fe: *La fe cristiana nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada*

186. *Conversaciones*, 70.

187. *Conversaciones*, 114.

188. "perfecto": sin duda, una alusión al "valde bonus" con que Gen 1,31 termina el relato de la creación.

189. *Es Cristo que pasa*, 184.

190. *Es Cristo que pasa*, 150.

*persona, hecha a imagen de Dios*¹⁹¹. Por aquí descubrimos cómo, en el pensamiento del Fundador del Opus Dei, la afirmación del mundo como bueno, con sus inmensas consecuencias para el camino de santidad del cristiano corriente, arranca de la contemplación de Dios y de los planes divinos que nos da la fe. Desde el amor de Dios, que nos ha llamado a la unión perfecta con El y nos ha hecho hijos suyos, el hombre contempla su propia consistencia humana como persona y la ve como imagen de Dios, y mira su contexto creatural, que llamamos mundo, y lo ve como hechura de Dios. Como consecuencia, lo afirma y lo ama: “un amor al mundo que nace del amor de Dios”¹⁹². En el conocimiento cristiano de Dios, que es también experiencia de su paternidad y de nuestra condición de hijos, se forja el amor al mundo como una consecuencia: *Precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo*¹⁹³. La contemplación de la obra creadora de Dios es, pues, el primer pilar de esa espiritualidad del “amor mundi” que ha difundido Mons. Escrivá de Balaguer, ante todo, con su propio ejemplo: *Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo*¹⁹⁴.

No obstante, esa grandeza divina de las cosas creadas, que el cristiano reconoce gustoso porque ve en ellas la mano poderosa de su Padre Dios, es —según el Fundador del Opus Dei— sólo un principio, el soporte “natural” —podríamos decir— de su destino último y de su definitiva bondad. La pa-

191. *Es Cristo que pasa*, 99. Se trata, en definitiva, de la doctrina que definió el Concilio de Florencia, desarrollando expresiones del Lateranense IV: “(Deus) quando voluit, bonitate sua universas, tam spirituales quam corporales, condidit creaturas: *bonas quidem, quia a summo bono factae sunt*, sed mutabiles, quia de nihilo factae sunt, nullamque mali asserit esse naturam, quia *omnis natura, in quantum natura est, bona est*” (*Decr. pro Iacobitis*, DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum*, 706).

192. R. GARCÍA DE HARO, *Homilias: Es Cristo que pasa*, en “Scripta Theologica” 5 (1973) 397.

193. *Es Cristo que pasa*, 65.

194. *Conversaciones*, 118.

labra de nuestro primer Gran Canciller es en este punto especialmente rigurosa y esclarecedora, como demuestran estas palabras de 1954: *Todas las cosas de la tierra son buenas, y no sólo de una manera natural, sino por el orden sobrenatural al que han sido destinadas*. Encontramos aquí, una vez más, la contemplación *unitaria* del designio divino de salvación que, como dijimos desde el principio, es una señalada característica de toda la teología de Mons. Escrivá de Balaguer. El Fundador del Opus Dei amaba al mundo, y lo contemplaba como bueno y bello, porque lo veía siempre desde el orden histórico y ontológico de la gracia; es decir, marcado por Dios, en el misterio de su "economía", con un destino que se forja a lo largo de los dos planos de Creación y Redención; destino que no es sino la participación eterna de la gloria.

Pero nombrar la obra redentora nos lleva necesariamente a otra característica de esa doctrina sobre el mundo que exponemos. En efecto, la mirada al mundo de Mons. Escrivá de Balaguer no se detiene sólo en esa bondad natural y sobrenatural de lo creado, que conocemos por la fe. En el mismo momento en que los ojos descubren con asombro esa divina belleza, salida de las manos de Dios, tropiezan de inmediato con la presencia del mal en el mundo: *solo el atolondramiento frívolo puede permitir que se contemple el mundo sin ver el mal, la ofensa a Dios, el daño en ocasiones irreparable para las almas*¹⁹⁵. Viejo tema, éste, sobre el que tanto han cavilado los hombres, pero que, en la doctrina de nuestro Gran Canciller, recibe siempre la misma respuesta, una respuesta que entronca con lo que él llama el *riesgo de la libertad*¹⁹⁶. *El mundo es bueno, fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado*¹⁹⁷; *somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades*¹⁹⁸. Es decir, la razón del mal presente en el mundo no es otra que el uso deteriorado de la libertad: el pecado.

195. *Es Cristo que pasa*, 123.

196. *Es Cristo que pasa*, 113.

197. *Es Cristo que pasa*, 112.

198. *Conversaciones*, 114.

Pero esta presencia del mal en el mundo, fruto del pecado del hombre, no logra destruir su originaria bondad, aunque la lesione: *El mal y el bien se mezclan en la historia humana, y el cristiano deberá ser por eso una criatura que sepa discernir; pero jamás ese discernimiento le debe llevar a negar la bondad de las obras de Dios, sino, al contrario, a reconocer lo divino que se manifiesta en lo humano, incluso detrás de nuestras propias flaquezas. Un buen lema para la vida cristiana puede encontrarse en aquellas palabras del Apóstol: Todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (1 Cor 3,22), para realizar así los designios de ese Dios que quiere salvar al mundo*¹⁹⁹. Por eso, y paradójicamente, esa incidencia del pecado en la historia del mundo hará aparecer bajo nueva luz —o *felix culpa!*— su bondad, al insertarse de un nuevo modo en el plan divino por la obra redentora de Cristo. Es Cristo, viniendo a la tierra, el que fundamenta la definitiva y peculiar afirmación del mundo y, por tanto, de su validez para la santificación del hombre.

b) *Cristo y la bondad del mundo entendido como historia*

Pero, para comprender mejor esta iluminación cristológica del mundo y de su sentido, conviene que subrayemos primero algo que ya puede deducirse de todo lo anterior y, sobre todo, de la sencilla lectura de los escritos de nuestro Gran Canciller. Y es que, cuando Mons. Escrivá de Balaguer habla de “mundo”, de “amar el mundo”, de “santificarse en el mundo”, etc., no piensa sólo en el mundo, en la naturaleza de las cosas creadas, en la bondad radical de que Dios las ha dotado. Su pensamiento acerca del mundo se desplaza con naturalidad desde aquel primer sentido hasta otro que, incluyendo aquella primera acepción, abarca fundamentalmente el dinamismo histórico del hombre: *hemos de amar el mundo* —nos dice; y agrega:—, *el trabajo, las realidades humanas*²⁰⁰; es decir, *hemos de amar el mundo entendido* —en expresión de Don Alvaro del Portillo²⁰¹— como “tareas

199. *Conversaciones*, 70.

200. *Conversaciones*, 112.

201. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, p. 201.

de dominio y transformación del mundo”, como afán ordinario del hombre en medio y a partir de la Creación, como despliegue que el hombre hace de las posibilidades activas, de las que Dios le adornó, en relación con las personas y con las cosas ²⁰². Precisamente es, en ese despliegue, donde se ha introducido —voluntariamente— la triste posibilidad del mal, del pecado, haciendo “malo y feo” lo que estaba destinado a manifestar, también por la acción voluntaria del hombre, aquella bondad y belleza originales.

Dicho con otras palabras: el mundo amado y afirmado vocacionalmente por Mons. Escrivá de Balaguer es no sólo la creación en general, sino “el mundo de los hombres”: lo que él llama *el mundo común* ²⁰³, *los sucesos y acontecimientos del mundo* ²⁰⁴; es decir —y para decirlo de una vez—, la *historia* que hacen los hombres, la *historia humana* con su ajetreado avanzar ²⁰⁵: ese mundo concreto e histórico, llamado por Dios a ser el desarrollo de la bondad natural y sobrenatural de

202. Es, en efecto, esta realidad la que se designa con terminología diversa, pero con idéntico contenido, hasta en las palabras. Por ejemplo, en términos “espaciales”: *Hemos de amar el mundo, porque es el ámbito de nuestra vida [...], porque es donde nos hemos de santificar y hemos de santificar a los demás* (Palabras a los socios del Opus Dei, Roma, 1974). O en términos “temporales”: *Amamos esta época nuestra, porque es el ámbito en el que hemos de lograr nuestra personal santificación* (*Es Cristo que pasa*, 123). O en expresión “antropológica”: *Esa tarea ordinaria es no sólo el ámbito en el que se deben santificar, sino la materia misma de su santidad* (*Conversaciones*, 70). En la predicación pastoral de Mons. Escrivá de Balaguer, “mundo”, “época”, “tarea” —y otros muchos términos prácticamente intercambiables— apuntan siempre a lo mismo: a la vida humana corriente, en la que vivió, hecho hombre, el Hijo de Dios; a ese mundo de los hombres, que Dios amó hasta el extremo de darle a su Hijo Unigénito (cfr. Ioh 3,16).

203. *Conversaciones*, 113.

204. *Conversaciones*, 107.

205. *Conversaciones*, 113. *Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra* (*Es Cristo que pasa*, 99).

todo lo creado y redimido, pero en el que se mezclan el pecado y el mal.

Este mundo es el que aparece, a los ojos del Fundador del Opus Dei, iluminado y exaltado por la Encarnación redentora del Hijo de Dios: *Cristo, perfecto hombre, no ha venido a destruir lo humano, sino a ennoblecerlo, asumiendo nuestra naturaleza humana, menos el pecado: ha venido a compartir todos los afanes del hombre, menos la triste aventura del mal*²⁰⁶. Cristo nos revela así no sólo la bondad natural de la Creación, sino, al compartirla, la bondad sobrenatural, o mejor, la validez que tienen en el orden sobrenatural *todos los afanes del hombre*, que son ya el *afán de Cristo*. Con palabras de Mons. Escrivá de Balaguer: *No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional; hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte. Porque en Cristo plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz (Col 1,19-20)*²⁰⁷. El mundo, pues, que afirma Mons. Escrivá de Balaguer es éste: la limpia tarea histórica del hombre, sus nobles esfuerzos por construir una sociedad verdaderamente humana, justa y libre, donde los hombres se encaminen hacia Dios: *No es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana. Todo, hasta el más pequeño de los acontecimientos humanos, encierra un sentido humano y divino*²⁰⁸.

Así se comprende la declaración que hacía en 1967 a un periodista norteamericano: *Siendo éste el espíritu de nuestra Obra, comprenderá que ha sido una gran alegría para nos-*

206. *Conversaciones*, 125.

207. *Es Cristo que pasa*, 112.

208. *Es Cristo que pasa*, 125.

otros ver cómo el Concilio ha declarado solemnemente que la Iglesia no rechaza el mundo en que vive, ni su progreso y desarrollo, sino que lo comprende y ama ²⁰⁹.

La consecuencia pastoral de esta meditación cristológica sobre el mundo es inmediata: *El cristiano ha de encontrarse siempre dispuesto a santificar la sociedad desde dentro, estando plenamente en el mundo, pero no siendo del mundo, en lo que tiene —no por característica real, sino por defecto voluntario, por el pecado— de negación de Dios, de oposición a su amable voluntad salvífica* ²¹⁰.

El mundo que ama Mons. Escrivá de Balaguer, en el que los cristianos deben permanecer según los planes de Dios, tiene, pues, una bondad radical y originaria y, a la vez, la ganga del mal que se le ha adherido como fruto del pecado del hombre. De ahí que la afirmación “el mundo es bueno” aparezca en el pensamiento de nuestro Gran Canciller no sólo como referida a algo que está ahí, como cosa dada, sino que designa inseparablemente una tarea del cristiano en el orden de la Redención. La bondad del mundo es a la par un don y una misión, como aparece en este texto de 1953: *El mundo es bueno. Somos los hombres, cuando nos apartamos de Dios, los que lo hacemos malo y feo. Y misión nuestra es restituirle la bondad divina de su recto orden, y convertirlo en ocasión de santidad, haciendo que la vida ordinaria sea medio y objeto de santificación*. Dicho cristológicamente: *El mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz*.

209. *Conversaciones*, 26. Si la citada definición del Concilio de Florencia (cfr. nota 191) excluía todas las formas de maniqueísmo ontológico, la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer rechaza expresamente todas las formas, más o menos larvadas, de maniqueísmo histórico, es decir de condenación de la historia que hacen los hombres, considerada incompatible con la bondad de Dios. Al nivel del Magisterio, puede considerarse definitivamente rechazado este maniqueísmo práctico en los Decretos del Concilio Vaticano II, *passim*, sobre todo, en la Const. *Gaudium et Spes*. Véase el n. 2 de este documento, donde el Concilio Vaticano II describe el “mundo de los hombres” (*mundus hominum*). “Por mundo entiende el Concilio los asuntos temporales, las profesiones y oficios, la vida familiar y social” (A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, p. 185).

210. *Conversaciones*, 125.

*Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios*²¹¹.

De este modo, la afirmación cristiana del mundo se mueve en el horizonte de aquella condescendencia divina, que contempla unitariamente el doble plano de Creación y Redención, y abre el panorama inmenso del apostolado cristiano: *Todas las cosas de la tierra, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y materiales de los hombres, han de ser llevadas a Dios —y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas—, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: [...] Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.* Así se expresaba en Roma el día de San José de 1954.

c) *La secularidad cristiana*

La afirmación cristiana del mundo, que hemos encontrado en los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer, es algo surgido de la experiencia espiritual y apostólica del autor y encaminado, a su vez, a fundamentar muy ricas derivaciones para la vida cristiana. Sería interminable la enumeración de textos en que de algún modo esas consecuencias se describen. Todas, en la práctica, se reconducen a ésta: es posible *buscar la santidad en medio del mundo, en medio de la calle*²¹²; los “cristianos corrientes”, los ciudadanos corrientes *deben santificarse en todas las profesiones y oficios de la sociedad civil, en el campo inmenso del trabajo secular*²¹³; *la vida normal en el mundo, el trabajo de todos los días, puede ser un encuentro con Dios*²¹⁴; *Dios nos habla en el silencio de la oración y en el rumor del mundo*²¹⁵; *llevo ya cuarenta años diciendo de palabra y por escrito que cada hombre, que cada mujer, ha de santificarse en su vida or-*

211. *Conversaciones*, 112.

212. *Conversaciones*, 62.

213. *Conversaciones*, 61.

214. *Conversaciones*, 70.

215. *Conversaciones*, 62.

dinaria, en las condiciones concretas de su existencia cristiana ²¹⁶.

Sólo de esta forma adquiere su lógica interna y su coherencia sobrenatural la doctrina antes descrita de la llamada *universal* a la santidad, hilo conductor —dijimos— de las aportaciones teológicas de Mons. Escrivá de Balaguer. Pues ésa —la llamada de todos a la unión con Dios— sería una afirmación sin sentido si no fuera simultáneamente acompañada de la valoración positiva del mundo, del *saeculum*, de la tarea mundana del hombre, que es donde se encuentran los hombres corrientes. Cristo no se ha hecho hombre para ocuparse sólo de *una especie de mundo segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino* ²¹⁷. Y la llamada de Dios no es para “vaciar” de cristianos el mundo de los hombres, sino para que sean plenamente cristianos los hombres que lo “llenan” ... y lo “hacen”. Este, y no otro, es el ideal de un “cristiano corriente”: *ser uno más entre sus hermanos los hombres, de cuya vida participa, con quienes se alegra, con los que colabora, amando el mundo y todas las cosas buenas que hay en el mundo, utilizando todas las cosas creadas para resolver los problemas de la vida humana, y para establecer el ambiente espiritual y material que facilita el desarrollo de las personas y de las comunidades* ²¹⁸. *No me cansaré, por tanto, de repetir que el mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo* ²¹⁹.

La doctrina y la obra de Mons. Escrivá de Balaguer aparece, de esta forma, como un hito histórico de primera magnitud dentro de lo que él llamaba *el proceso teológico y vital que está llevando al laicado a la plena asunción de sus responsabilidades eclesiales* ²²⁰. Lo que él deseaba era el pleno

216. *Conversaciones*, 99.

217. *Conversaciones*, 113.

218. *Conversaciones*, 110.

219. *Es Cristo que pasa*, 120.

220. *Conversaciones*, 20.

reconocimiento de los valores de la Creación en el plano sobrenatural de la Redención²²¹. Por eso, según el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, *la toma de conciencia de las exigencias radicales del mensaje evangélico*, que el Espíritu Santo está suscitando entre los cristianos corrientes, no sólo se opone a *dejar la vida normal* en el mundo, sino que hace del *amor al mundo* uno de sus elementos constitutivos²²². Ciertamente que la “fuga mundi”, propia del estado religioso, tiene un claro sentido para aquellos que Dios llama a esa peculiar condición de vida, que les lleva a ser públicos testimonios del sentido escatológico de la vida cristiana por la anticipación “profesada” de los bienes celestiales²²³. Hablando de ese modo de situarse ante el mundo, el Fundador del Opus Dei escribe en 1954: *Nos merece todo el respeto, ya que Dios lo ha querido para los religiosos: pero no lo quiere para nosotros. No somos religiosos: mientras los religiosos han sido llamados a apartarse del mundo, a nosotros nos ha llamado el Señor para que amemos el mundo*²²⁴. Por eso —dirá en otra ocasión—, *querer hacer del abandono del mundo la esencia o la culminación del Cristianismo es claramente una enormidad*²²⁵. Por el contrario, *Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana*²²⁶.

La afirmación cristiana del mundo, con las consecuencias espirituales y teológicas que conlleva, fundamenta ese modo de vida, iluminado por el Fundador del Opus Dei, que ha sido llamado “existencia secular cristiana”²²⁷, y cuya nota fundamental, la secularidad, ha sido descrita por Don Álvaro del Portillo con las siguientes palabras: “La secularidad

221. Cfr. P. RODRÍGUEZ, “Camino” y la espiritualidad, o. c. en nota 94, p. 226.

222. *Conversaciones*, 66.

223. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 44 y Decr. *Perfectae Caritatis*, 5. Vid. *Conversaciones*, 11.

224. Junto al testimonio extraordinario propio de los religiosos, el testimonio que de ordinario pide la Iglesia es un testimonio explícito de amor al mundo, de solidaridad con todos los hombres (*Conversaciones*, 110).

225. *Conversaciones*, 66.

226. *Conversaciones*, 114.

227. A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana*, Notas a propósito de un libro reciente, en “Scripta Theologica” 2 (1970) 145-146.

no es simplemente, una nota ambiental o circunscriptiva, sino una nota positiva y propiamente teológica. Hasta que vengan el nuevo cielo y la nueva tierra, la inserción del hombre dentro del mundo es absolutamente necesaria, es voluntad divina, pues de lo contrario se rompería la unidad cósmica del Universo; éste perdería su posibilidad de dar gloria formal a Dios. Pues bien, esta inserción del hombre en lo temporal, en las tareas de dominio y transformación del mundo, es la secularidad. No otra cosa es el *saeculum* que las tareas profanas o mundanas”²²⁸.

La espiritualidad que se deduce de esta meditación sobre el mundo es “una espiritualidad plenamente secular y laical”, “una espiritualidad que mira de modo frontal al cristiano que vive en las estructuras temporales” y que —a diferencia de los distintos modos de *aggiornamento* de los religiosos— “se puede definir no tanto como *presencia en el mundo*, sino más bien como *ser del mundo*”²²⁹. Hablando concretamente de la vocación al Opus Dei, su Fundador se expresaba así (año 1954): *Nuestra vocación hace precisamente que nuestra condición secular, nuestro trabajo ordinario, nuestra situación en el mundo, sea nuestro único camino para la santificación y el apostolado. No es que tengamos esa ocupación secular para encubrir una labor apostólica, sino que es la ocupación que tendríamos si no hubiéramos venido al Opus Dei; y la que tendríamos, si tuviéramos la desgracia de abandonar nuestra vocación. —Nosotros, hijos, somos gente de la calle. Y cuando trabajamos en las cosas temporales, lo hacemos porque ese es nuestro sitio, ese es el lugar en el que encontraremos a Jesucristo, en el que nuestra vocación nos ha dejado. Se comprende, en consecuencia, que, para los hombres de la calle que vivan esta espiritualidad secular —del amor mundi—, estar al día, el comprender el mundo moderno, es algo natural e instintivo, porque son ellos —junto con los demás ciudadanos, iguales a ellos— los que hacen nacer ese mundo y le dan su modernidad*²³⁰.

228. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, p. 201.

229. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo*, Madrid 1966, pp. 48-49 y 52.

230. *Conversaciones*, 26.

d) *La "locura de cambiar de sitio"*

En la doctrina teológico-espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer destacan, en este orden de ideas, lo que él llamaba "sitio", "lugar", "puesto" en el mundo, como expresión y resumen de todo lo anterior; y *la locura de cambiar de sitio*, como la principal tentación a evitar por la generalidad de los cristianos.

¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?

No es otra la razón del malestar del mundo. —Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor! ²³¹.

Sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde, como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía!..., sin perder tu vigor y tu luz ²³².

Nuestra tarea es colaborar con todos los demás cristianos en la gran misión de ser testimonio del Evangelio de Cristo; es recordar que esa buena nueva puede vivificar cualquier situación humana ²³³.

Estos célebres pensamientos de *Camino* contienen la afirmación viva y gráfica de la validez de las situaciones humanas rectas y de los órdenes creados —estado civil, profesión, lengua, cultura, patria— para la santificación y la misión del cristiano en el mundo. De nuevo se contempla aquí la huida —que muchas veces no es física, sino valorativa— de los problemas mundanales; huida y depreciación que el autor de *Camino* considera como causa de la poca eficacia social que los cristianos hemos dado al mensaje de Cristo: *no es otra la razón del malestar del mundo* ²³⁴. Quiero hablar siempre de vida diaria y concreta: de la santificación del tra-

231. *Camino*, 832. El subrayado es nuestro en esta nota y en las dos siguientes.

232. *Camino*, 837.

233. *Conversaciones*, 57.

234. *Camino*, 832.

bajo, de las relaciones familiares, de la amistad. Si ahí no somos cristianos, ¿dónde lo seremos?²³⁵.

La locura de cambiar de sitio. Un autor que ha analizado profundamente la obra *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, se preguntaba: “¿Qué contenido encierra esta expresión?”, y respondía: “A mi juicio, su aplicación más importante es la de denunciar el sinsentido de imaginar que la eficacia cristiana y eclesial sólo puede alcanzarse fuera de la situación providencial que tiene el creyente en el mundo o bien dentro de esa situación pero instrumentalizando su naturaleza y alcance originales”²³⁶. Constituye, pues, una locura, desde el punto de vista evangélico, el ausentismo y la mentalidad de *ghetto*; pero, además, “esta ‘locura’ estaría subyacente en aquellas concepciones del apostolado secular que lo configurasen o como una penetración en el mundo (se supone: desde la Iglesia extraña al mundo) o como una adaptación al mundo”²³⁷. Por eso, “sitio”, “lugar”, como categorías del pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, “no connotan simple ámbito de vida, pura presencia pasiva, sino tareas de transformación del mundo, dinamismo que tiende a edificar la ‘civitas terena’, a realizar esa misión temporal, profana, de transformar la tierra (A. del PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, Pamplona 1969, pp. 202-203). La invitación a no cambiar de sitio, no sólo no significa permanencia, estática y conformista en la vida, sino que es exhortación al hombre de la calle para que no abandone el mundo por motivos religiosos, para que esté en su sitio: es decir, para que asuma con alegría cristiana y creadora el dinamismo profesional, social, familiar y político de la situación en que se encuentra”²³⁸.

235. *Es Cristo que pasa*, 36.

236. A. GARCÍA SUÁREZ, o. c. en nota 227, p. 152.

237. *Ibidem*. Los subrayados, también en la nota anterior, son del autor.

238. P. RODRÍGUEZ, *Sobre la spiritualidad del trabajo*, en “Nuestro Tiempo” 35 (1971) 379. Por lo demás, el sitio y el lugar en que el cristiano debe dar su testimonio —había escrito Mons. Escrivá de Balaguer— no dependen sólo de su posición en la Iglesia o en la vida civil, sino del resultado de las cambiantes situaciones históricas (*Es Cristo que pasa*, 183).

La locura de cambiar de sitio es consecuencia de lo que Mons. Escrivá de Balaguer llamaba humorísticamente *mística hojalatera*, que se describe en un escrito suyo de 1954, ya citado, con ocasión de abordar los problemas espirituales del laicado en la época en que nace el Opus Dei. El contenido del texto excusa la longitud de la citación:

Con facilidad [los fieles corrientes] se sentían fatigados y embarazados en su vida espiritual, precisamente por lo que constituía su vida de laicos; y, mientras veían con admiración la perfección de los religiosos que se les ponía como ejemplo, llegaban a pensar que no podían santificarse, puesto que la adquisición de la santidad requería apartarse del mundo.

De ahí provino, al menos en parte, eso que he llamado alguna vez mística hojalatera. Durante años de intensa actividad sacerdotal, que me llevaba a recorrer lugares distintos y a hablar con tantas almas de tantas clases sociales, sufría escuchando siempre la misma queja: ¡ojalá...! ¡ojalá!

El que hacía años se había casado: ¡ojalá me hubiera hecho religioso! Y el que había permanecido soltero: ¡ojalá me hubiera casado! Y el profesional: ¡ojalá hubiese escogido otra profesión! Y el otro: ¡ojalá no hubiese contraído estas obligaciones! Y aquél: ¡ojalá no tuviera esta mujer —ellas, este marido—, esta suegra, estos hijos!

Deseo ineficaz de aquellos que, sintiendo por un momento el aleteo de la santidad, permanecían inmovilizados detrás de su hojalata: unos, por comodidad o cobardía, otros, por no encontrar una espiritualidad que respondiese a las exigencias de su situación en el mundo.

Y aquel ojalá se resolvía o en abandono de los deberes de estado o en justificación de la ausencia de vida espiritual y apostólica. Y la espiritualidad que se les brindaba, para algunos resultaba una comedia, como una falta de naturalidad: se sentían a la vez desplazados del mundo, por el deseo de santificarse, y desplazados de la vida religiosa, por las circunstancias específicas de su condición de laicos.

De una parte, entendían que habían de apartarse del mundo para poder llevar aquel género de vida espiritual; y de

otra parte, que era en el mundo donde debían estar, porque no se sentían con vocación para ir al convento, y porque se consideraban impedidos por las obligaciones contraídas.

Se explica después en esa carta cómo el Señor ha querido resolver de raíz este conflicto, *diciendo a muchos laicos que es precisamente en el mundo, en el ejercicio de su trabajo profesional o de su oficio —en cualquier quehacer humano—, en el cumplimiento de sus deberes de estado, donde han de santificarse y ayudar a santificarse a los demás; dándoles para eso una ascética, un espíritu plenamente secular, unos medios no ya adaptados, sino específicos para su situación.*

En este marco de una espiritualidad verdaderamente laical ha de encuadrarse, como un aspecto más, esa “situación mundanal” que es el amor humano —el matrimonio y la familia—, que aparece entonces con perfecta aptitud y validez para ser medio y objeto de santificación y debe ser considerado, en el plano de la gracia, como una auténtica vocación, como un “carisma”²³⁹ en el Pueblo de Dios. Era cosa muy normal entre las almas que querían servir a Dios, pensar —por deformación espiritual— que el estado matrimonial implicaba prácticamente la renuncia a la santidad, a ocupar un puesto —vocación— en la implantación y desarrollo de la Iglesia. Se comprende la sorpresa de tantos jóvenes ante la doctrina evangélica que predicaba el Fundador del Opus Dei, y que se recoge en uno de los primeros puntos de *Camino*: *¿Te ries porque te digo que tienes vocación matrimonial? —Pues la tienes: así, vocación*²⁴⁰.

239. San Pablo, al hablar de matrimonio y celibato —dos “situaciones” del cristiano en el mundo—, dice: “cada uno tiene de Dios su propio *don*, quien de una manera, quien de otra”. (1 Cor 7,7). *Don*, en el texto griego *charisma*, expresa la iniciativa divina, la gracia, el carácter vocacional tanto del matrimonio como del celibato (cfr. Conc. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 11 y nota 7 del cap. II de esta misma Constitución).

240. *Camino*, 27. El subrayado es del autor. Siguiendo los textos de la Revelación y del Magisterio solemne de la Iglesia, Mons. Escrivá de Balaguer ha enseñado siempre que, en sí mismo, el celibato apostólico es un “carisma” superior al matrimonio (cfr. *Conversaciones*, 45, 12 y 122). Por eso, en la tradición de la Iglesia la plenitud del sacerdocio y, por tanto, el magisterio oficial y la *potestas pastoralis* están reservadas tradicionalmente a célibes. Sin embargo, los cónyuges cristianos

De una homilía titulada *El matrimonio, vocación cristiana*, son estas palabras: *A todo cristiano, cualquiera que sea su condición —sacerdote o seglar, casado o célibe—, se le aplican plenamente las palabras del Apóstol que se leen precisamente en la epístola de la festividad de la Sagrada Familia: Escogidos de Dios, santos y amados (Col 3,12). Eso somos todos, cada uno en su sitio y en su lugar en el mundo: hombres y mujeres elegidos por Dios para dar testimonio de Cristo y llevar a quienes nos rodean la alegría de saberse hijos de Dios, a pesar de nuestros errores y procurando luchar contra ellos* ²⁴¹.

La afirmación cristiana del mundo hecha por el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, que hemos tratado apretadamente de presentar, hace que aparezca en plena luz la audaz expresión suya, que transcribimos ya al hablar de su concepto de vocación: *Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina* ²⁴².

pueden alcanzar un grado de santidad superior a los que viven el celibato: *Y enseñando, porque es verdad dogmática, que la virginidad —o la castidad perfecta— es superior al matrimonio, hemos dicho a los casados que también ellos pueden ser almas contemplativas, en su estado, precisamente en el cumplimiento de sus deberes familiares. Hemos dado al matrimonio —institución natural dignísima, y sacramentum magnum (Eph 5,32), imagen de la unión de Cristo con su Iglesia— un sentido vocacional, de almas elegidas; aunque sea sin duda más alto el plano de donde arranca, en su ascensión sobrenatural, un alma que se dedica enteramente al servicio de Dios. Pero, partiendo de un plano menos alto, está claro que pueden llegar con la gracia del Señor a más altura que otros, que quizá inician su ascensión desde la cumbre. (Estas palabras corresponden también a su catequesis romana de 1954).*

241. *Es Cristo que pasa*, 30. *Ningún hombre es despreciado por Dios. Todos, siguiendo cada uno su propia vocación —en su hogar, en su profesión u oficio, en el cumplimiento de las obligaciones que le corresponden por su estado, en sus deberes de ciudadano, en el ejercicio de sus derechos—, estamos llamados a participar del reino de los cielos (Ibidem, 44). La validez del “lugar” y del “sitio” en la vida para la obra de santificación personal no puede llevar a equívocos. Mons. Escrivá de Balaguer habla siempre de lugar limpio, de tareas honestas, de afanes nobles, de trabajos lícitos, etc. Por eso ha podido escribir: La vocación cristiana no nos saca de nuestro sitio, pero exige que abandonemos todo lo que estorbe al querer de Dios (Ibidem, 33). No podía ser menos, si se tiene en cuenta que el “santo” debe, ante todo, cumplir delicadamente los mandamientos de Dios y de la Iglesia.*

242. Cfr. nota 116.

5. La santificación del trabajo ordinario

El trabajo profesional y la existencia en el mundo son dos caras de la misma moneda. Estas palabras dirigidas por Mons. Escrivá de Balaguer a los socios del Opus Dei en 1945 podrían expresar, en su sintética concisión, el profundo nexo que se da entre estos dos aspectos de su doctrina: la afirmación que —según acabamos de ver— el cristiano debe hacer del mundo en que vive y la indeclinable significación que tiene el trabajo humano en los planes de Dios. Este último punto, que ahora querríamos considerar, es el que el Fundador del Opus Dei llamaba *santificación del trabajo ordinario*²⁴³ y formulaba, insistentemente, con estas o parecidas palabras: *Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo*²⁴⁴. *Quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión*²⁴⁵. Lo que tienen que hacer los hombres corrientes es *santificar su profesión u oficio —en cualquier ambiente social en que se muevan—, santificarse en ese trabajo y santificar con ese trabajo*²⁴⁶.

En la obra de Mons. Escrivá de Balaguer la doctrina de la santificación del trabajo ocupa un puesto decididamente central, de forma que ella sola bastaría a nuestro parecer, para designar el núcleo de su teología, si es que quiere ponerse el acento en las consecuencias que su mensaje tiene para la espiritualidad cristiana. En efecto, cuanto hasta ahora llevamos dicho —tanto al nivel de la teología, como de la espiritualidad— está implicado en esta doctrina, y ella es el fruto, a su vez, de aquellos presupuestos teológicos y espirituales²⁴⁷. Podría decirse que todo, en sus escritos y en sus

243. La expresión, *passim*, a lo largo de todas sus obras. Vid., por ejemplo, *Conversaciones*, 34.

244. *Conversaciones*, 55.

245. *Conversaciones*, 70.

246. *Conversaciones*, 18.

247. Mons. Escrivá de Balaguer expone esta implicación, sobre todo, respecto del presupuesto más inmediato, que es la recién descrita “afir-

palabras, va encaminado a fundamentar este modo cristiano de vivir: vivir santificando el trabajo. Lo decía él mismo en 1948: *Nuestra vida puede resumirse diciendo que hemos de santificar la profesión, santificarnos en la profesión y santificar con la profesión*. Y en un texto de 1950 califica esta doctrina como *la característica peculiar del Opus Dei*²⁴⁸ y, en otra ocasión, como *el quicio de su espiritualidad*²⁴⁹. Más todavía. Llega a decir que el Señor suscitó el Opus Dei en 1928 para recordar a los hombres que podían santificarse a través del trabajo de cada día²⁵⁰. De ahí que la exacta inteligencia de esta categoría teológica —santificación del trabajo— sea esencial para comprender el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer²⁵¹.

a) *El trabajo, “misterio” de la vida de Cristo*

Digamos, ante todo, que, en estrecho paralelismo con lo que ya se dijo en el apartado anterior, la doctrina que ahora nos ocupa aparece en las obras del Fundador del Opus Dei como fruto de una meditación unitaria de *la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención*²⁵². De nuevo son lugares muy concretos del Génesis y del Evangelio los que constituyen en fondo bíblico de sus afirmaciones. Ahora es el hombre, creado para el trabajo, el punto de partida: *Persuadidos de que el hombre ha sido creado ut operaretur (Gen*

mación cristiana del mundo”: *Es difícil explicarlo* [se refiere a qué sea la santificación del trabajo] *en pocas palabras, porque en esa expresión están implicados conceptos fundamentales de la misma teología de la Creación (Conversaciones, 10)*.

248. Cfr. los textos que se citan a este propósito en el artículo *In memoriam*, en “Scripta Theologica” 7 (1975) 462-463.

249. *Conversaciones*, 34.

250. *Conversaciones*, 55.

251. La monografía de Illanes antes citada —cfr. nota 229—, que presenta algunos aspectos de la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, tiene este significativo título: *La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo*. La primera característica de la espiritualidad contenida en *Camino* “es el mundo, la situación mundanal del hombre y, sobre todo, su dinamismo creador —el trabajo— afirmados positivamente y contemplados en la economía de la gracia (santificación del trabajo, santificación de las actividades humanas)” (P. RODRÍGUEZ, “*Camino*” y la espiritualidad, o. c. en nota 94, p. 221).

252. *Conversaciones*, 10.

2,15), para que trabajara, sabemos bien que el trabajo ordinario es el quicio de nuestra santidad y el medio sobrenatural y humano apto para que llevemos con nosotros a Cristo y hagamos el bien a todos. Así escribía en 1950. Pero, como siempre en sus escritos, la cumbre es Cristo. Y no ya en los textos grandiosos de Colosenses y Efesios, sino en la sencillez de su vida en Nazareth: *Al recordar a los cristianos las palabras maravillosas del Génesis —que Dios creó al hombre para que trabajara—, nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea. Amamos ese trabajo humano que El abrazó como condición de vida, cultivó y santificó*²⁵³. Para un cristiano, en efecto, *el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: Procread y multiplicad y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (Gen 1,28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora*²⁵⁴.

253. *Ibidem*.

254. *Es Cristo que pasa*, 47. Cfr. también *Conversaciones*, 10, 24, 45, etc. A. del Portillo, comentando un antiguo escrito del Fundador del Opus Dei, ha hecho un elenco de los principales lugares de la Escritura en los que Mons. Escrivá de Balaguer apoyaba, desde los comienzos de su predicación, la trascendencia del mandato divino de trabajar: "Por ejemplo, las palabras del Salmo 103, en el que de un modo maravilloso se da gloria a Dios por la creación y se le alaba por el orden y la armonía que ha dispuesto en el universo, y por el modo en que todas las criaturas —los montes, los valles, las aguas, los animales— le obedecen: *exibit homo ad opus suum et ad operationem suam, usque ad vesperum*, saldrá el hombre a trabajar, a sus tareas, hasta la tarde (Ps 103,23). El hombre debe trabajar, porque éste es el querer divino, el orden establecido por el Creador (cfr. Gen 2,15; 3,23) repetidas veces: *sex diebus operaberis, septimo cessabis*, trabajarás seis días a la semana, y el séptimo descansarás (Ex 23,12); *quodcumque facere potest manus tua, instanter operare*, cuanto puedas trabajar, hazlo alegremente (Eccli 9,10). Nuestro Señor Jesucristo nos dio ejemplo de laboriosidad con sus treinta años de vida oculta, dedicado a su trabajo de carpintero (Mc 6,3). Y siguió trabajando siempre: a los que le perseguían, porque también los sábados trabajaba —hacia milagros—, replicó: *Pater meus usque modo operatur, et ego operor*, mi Padre trabaja, y por eso

La meditación cristológica del tema tenía en Mons. Escrivá de Balaguer profundas resonancias fundacionales, unidas, sobre todo, al mensaje que le fue dado escuchar acerca de la "vida oculta" de Cristo: *Esos años ocultos del Señor —explicó muchas veces— no son algo sin significación, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo*²⁵⁵. Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús, que durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación²⁵⁶. De ahí, la inme-

trabajo yo también (Ioh 5,17). Jesús condena al que no hace fructificar el talento recibido: *serve male et piger*, siervo malo y perezoso, le apostrofa (Mt 25,26). Maldice la higuera que no da fruto: *iam non amplius in aeternum ex te fructum quisquam manducet... Et, cum mane transirent, viderunt ficum aridam a radicibus. Et recordatus Petrus dixit ei: Rabbi, ecce ficus, cui maledixisti, aruit: nunca jamás coma ya nadie de tí...* Y a la mañana siguiente vieron los discípulos, al pasar, que la higuera se había secado de raíz. Con lo cual, acordándose Pedro de lo sucedido, le dijo: Maestro, mira cómo la higuera que maldijiste se ha secado (Mc 9,14.20.21). San Lucas recuerda el mandato del Creador: *sex dies sunt, in quibus oportet operari* (13,14). San Pablo insiste una y otra vez en la necesidad de trabajar con rectitud de intención: *operamini sicut Domino, et non hominibus*, trabajad como para el Señor, y no para los hombres (Col 3,23); y exhorta a llevar una vida quieta, laboriosa, de trabajo (1 Thes 4,11; 2 Thes 3,10; 2 Thes 3,12), dando a sus discípulos un ejemplo constante, que le hace exclamar con orgullo: *quae mihi opus erant, et his qui mecum sunt, ministraverunt manus istae*, he trabajado con mis manos, para lograr lo que era necesario para mí y para los que estaban conmigo (Act 20,34). Y así, con su trabajo profesional (Act 18,3), mantiene a sus compañeros, les da doctrina, ejercita su apostolado y puede decir lleno de gozo: *nonne opus meum vos estis in Domino?*, ¿acaso no sois mi trabajo en el Señor? (1 Cor 9,1)".

255. *Es Cristo que pasa*, 20.

256. *Conversaciones*, 55. El origen cristológico de la doctrina de la santificación del trabajo tiene en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, profundas implicaciones para la temática tradicional del tra-

diata consecuencia ascética: *No me explico que te llames cristiano y tengas esa vida de vago inútil. —¿Olvidas la vida de trabajo de Cristo?* ²⁵⁷.

La condición humana es el trabajo ²⁵⁸ y *Cristo asumió la condición humana* ²⁵⁹. En Cristo, en su amadísima figura, contempla el Fundador del Opus Dei —como ya vimos— la síntesis admirable de la *prodigiosa obra de la Creación y de la Redención* ²⁶⁰; pero en el trabajo humano constante, santificado y santificador, encuentra su eje la “nueva criatura”, que asume —sin quitarle nada— y eleva —dándole horizonte redentor— todo el panorama de la primera creación, en la que estaba inserto el mandato de trabajar y, así, de dominar la tierra. Por eso, es capital darse cuenta qué entiende por “trabajo” Mons. Escrivá de Balaguer. Sólo así aparecerá en su verdadero lugar su concepto de “santificación” de ese mismo trabajo.

b) *El concepto “secular” de trabajo humano*

El lector habituado a los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer habrá observado que el autor, cuando explica la doctrina que comentamos, se refiere a la acción humana del cristiano —común con los demás hombres— eligiendo, según la oportunidad, aspectos diversos de la misma: familia, trabajo, profesión, actividades humanas, estudio, cultura, oficios, etc. Pero todos ellos parecen reducirse, en el pensa-

tado teológico *De Verbo Incarnato*. No es la menor de ellas su enérgica reivindicación de la estrecha unidad soteriológica que forma toda la vida de Cristo, desde la Encarnación a la Cruz y la Resurrección, subrayando el carácter también *redentor* que tiene la vida oculta de Jesús, dedicada al trabajo y al hogar, que no es en modo alguno simple “preparación” a una Redención que sólo vendría después. De este modo, el sentido de estos textos exige que se dé el debido lugar al *trabajo* de Cristo dentro del tratado de los “misterios” de la vida de Jesús; y constituye, a la vez, una protesta contra todos los intentos, más o menos sutiles —pero despiadados—, de descalificar teológicamente el “evangelio de la vida oculta”. Sin esto quedaría infundamentado, entre otras cosas, todo lo que después se dirá sobre el carácter santificador del trabajo (santificado).

257. *Camino*, 356.

258. *Conversaciones*, 70.

259. *Es Cristo que pasa*, 95 y 61.

260. *Conversaciones*, 10.

miento del Fundador de nuestra Universidad, al *trabajo* quintaesencia de la actividad humana en el mundo, que viene así a ser considerada como la más profunda característica del hombre en el orden de la Creación —por tanto, como después veremos, esencia de la secularidad como categoría teológica—: *El trabajo para nosotros* —escribía el último día de mayo de 1954— *es dignidad de la vida y un deber impuesto por el Creador, ya que el hombre fue creado ut operaretur. El trabajo es un medio con el que el hombre se hace participante de la Creación; y, por tanto, no sólo es digno, sea el que sea, sino que es un instrumento para conseguir la perfección humana —terrena— y la perfección sobrenatural. Humanamente el trabajo es fuente de progreso, de civilización y de bienestar. Y los cristianos tenemos el deber de construir la ciudad temporal, tanto por un motivo de caridad con todos los hombres como por la propia perfección personal.*

No aparece, pues, el trabajo ante todo como un medio ascético para evitar las peligrosas tentaciones morales del ocio; o como una actividad encaminada a tener “ocupado” al hombre, con las benéficas secuelas que esto aporta para el equilibrio psicológico de la persona; ni, menos aún, como una actividad que sirve para “encubrir” otras intenciones, que vienen de “fuera”, aunque sean nobles y apostólicas. Este enfoque del trabajo —que tiene su legítimo lugar en la tradición del “estado religioso”²⁶¹— no es al que se refiere Mons. Escrivá de Balaguer. Se trata, por el contrario —como me decía en octubre de 1967—, de *la noble fatiga creadora de los hombres*²⁶² o, con textos de los años 50, de *el trabajo profesional, con todo lo que trae consigo de deberes de estado, de obligaciones, y de relaciones sociales, del munus publicum, o sea, del trabajo profesional, bien conocido por todos los conciudadanos*. Estamos, en definitiva, ante el aspecto más radical de aquello que en el apartado anterior aparecía

261. Sobre este asunto, cfr. J. ILLANES, *La santificación del trabajo*, o. c. en nota 229, pp. 28-48, donde estudia la evolución del estado religioso con relación al fenómeno del trabajo humano y de la existencia en el mundo. Cfr. también J. B. TORELLO, *La spiritualità dei laici*, en “Studi Cattolici”, n. 45 (XII-1964) 17-26.

262. *Conversaciones*, 10.

como "sitio", como "lugar en el mundo": en una palabra, nos encontramos con la más acabada descripción del contenido de la vocación humana secular.

Para comprobarlo, pónganse en relación estas dos expresiones, paralelamente repetidas por el Fundador del Opus Dei: *Vuestra vocación humana* —predicaba en 1963— *es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. La vocación profesional, cualquiera que sea* —escribía en 1950—, *es para nosotros parte de nuestra vocación divina*. De este modo, vocación humana, vocación profesional y trabajo profesional se integran en la vida del hombre común, que ha sido llamado por Dios a la plenitud de la vida cristiana: *Queremos la santidad, la perfección cristiana que está al alcance de todos: somos gente del mundo, gente de la calle, cristianos corrientes, que ya es suficiente título: agnosce, o christiane, dignitatem tuam; conoce, oh cristiano, tu dignidad* ²⁶³. De ahí que, normalmente, Mons. Escrivá de Balaguer hable no sólo de trabajo, sino de trabajo *profesional*, de trabajo *ordinario*, designando así algo que aparece con primariedad vocacional, como un "prius" humano —con sus propios riesgos y sus propias reglas— sobre el que recae, asumiéndolo para santificarlo, un llamamiento divino para ser santos. El trabajo profesional ordinario es, pues, algo en lo que se *está* connaturalmente, no algo donde se *penetra* para *instrumentalizarlo* ²⁶⁴. Digámoslo de nuevo: si el cristiano que se hace "religioso" *profesa* el apartamiento del mundo —en sus múltiples modalidades— para encontrar de esa forma la unión con Dios (santidad), el hombre de la calle que es cristiano, para lograr esa santidad, *profesa* —valga la redundancia— su trabajo *profesional*: allí encuentra —en un trabajo que "profesaba" por ser hombre, no por ser cristiano —la unión in-

263. Estas palabras corresponden a la ya citada ocasión de San José de 1954. La cita es: S. LEÓN MAGNO, *Sermo de Natv. Christi*, XXI, 3; PL 54, 192.

264. *Conversaciones*, 66. *El cristiano, cuando trabaja, como es su obligación, no debe soslayar ni burlar las exigencias de lo natural. Si con la expresión bendecir las actividades humanas se entendiese anular o escamotear su dinámica propia, me negaría a usar esas palabras (Es Cristo que pasa, 184).*

265. Sobre el concepto de "trabajo profesional", vid. A. DEL PORTELLO, *Les professions*, en "La Vie Spirituelle. Supplement" 51 (1959) 440-449.

tima con el Dios Uno y Trino ²⁶⁵: *En vuestra ocupación profesional, ordinaria y corriente, encontraréis la materia —real, consistente, valiosa— para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo* ²⁶⁶.

c) La “santificación” del trabajo

Asentado lo que se entiende por trabajo, debe ahora meditar-se qué sea su santificación. A este propósito, y continuando una glosa aducida más arriba, escribía A. del Portillo: “Son muchas las citas de la Sagrada Escritura que se pueden aducir en sufragio de la afirmación de que el hombre tiene que trabajar, porque así lo manda Dios. Y nuestro Fundador sacó la consecuencia: si cumpliendo la Voluntad de Dios nos hacemos santos, trabajando —en nuestro trabajo ordinario, en el lugar que nos puso Dios— nos haremos santos también, y podremos llevar a otros por caminos de santidad... La doctrina de nuestro Fundador devuelve al trabajo ordinario su puesto específico en la economía de la creación, y deduce la consecuencia lógica: el trabajo ordinario, hecho con perfección, porque lo quiere Dios, elevado al orden sobrenatural, es medio de santificación —de perfección cristiana— y, por tanto, de apostolado” ²⁶⁷. Bastaría analizar ordenadamente este texto para continuar nuestro discurso sobre la santificación del trabajo según Mons. Escrivá de Balaguer.

Esta consta como de dos elementos. Por una parte, el trabajo mismo, en cuanto hecho con perfección: lo que Mons. Escrivá de Balaguer llamaba la tarea ordinaria, no sólo como ámbito, sino como *materia* misma de la santidad ²⁶⁸; por otra, ese trabajo realizado como respuesta a la voluntad de Dios y elevado al orden de la gracia. Ambos elementos se comportan entre sí a modo de “coprincipios” material y formal de la nueva realidad, que es la santidad del cristiano. Pero oigamos la palabra misma de Mons. Escrivá de Balaguer, respondiendo a una pregunta de quien esto escribe, que coincide exactamente con la cuestión que meditamos: *Lo que he*

266. *Es Cristo que pasa*, 49. El subrayado es nuestro.

267. A. DEL PORTILLO, texto citado en nota 263.

268. Cfr. *Conversaciones*, 70.

*enseñado siempre —desde hace cuarenta años— es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, operatio Dei, opus Dei*²⁶⁹.

La riqueza teológica, espiritual y pastoral e, incluso, simplemente humana que contiene la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer, precisamente al desarrollar las consecuencias de lo dicho en estas palabras, es inmensa y de una trascendencia grande en la historia de la espiritualidad. No se le ocultan al lector de sus obras, por ejemplo: la gran significación que en el orden humano y en el sobrenatural tienen todos los trabajos y oficios de los hombres, cualquiera que sea su consideración "social"²⁷⁰; el trabajo profesional como lugar del encuentro vocacional con Cristo²⁷¹ y del desarrollo de la vida teologal²⁷² y, por tanto, como cauce para

269. *Conversaciones*, 10. Un desarrollo de lo que es perfección humana en el trabajo, por ejemplo, en *Es Cristo que pasa*, 50.

270. *Para mí tan influyente —tan importante, tan necesario— es el testimonio de un hijo mío minero entre sus compañeros de trabajo como el de un rector de universidad entre los demás profesores del claustro académico* (*Conversaciones*, 18). Cfr. también *Es Cristo que pasa*, 47, etc.

271. *Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?. — Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes; a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores... —Y, ¡asómbbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos* (*Caminos*, 799). Se traduce en la redacción de este texto el estupor que en el ambiente de la época producía la idea de una verdadera vocación a la santidad en medio del trabajo ordinario.

272. *En nuestro trabajo hecho cara a Dios —escribía a los socios del Opus Dei en 1948—, oramos sin interrupción, porque al trabajar como nuestro espíritu lo pide, ponemos en ejercicio las virtudes teológicas en las que está la cumbre del vivir cristiano. Actualizamos la fe, con nuestra vida contemplativa, en este diálogo constante con la Trinidad presente en el centro de nuestra alma. Ejercitamos la esperanza,*

ser *contemplativos en medio del mundo*²⁷³; el hogar de Nazareth y la Sagrada Familia, como puntos de referencia habitual y orante de un trabajador cristiano²⁷⁴; la importancia decisiva de atender con amor cristiano a las cosas pequeñas²⁷⁵; el concepto de *prestigio profesional*, con su trascendencia apostólica²⁷⁶; la vida profesional entendida como ámbito eminente de la fraternidad cristiana con todos los hombres²⁷⁷; las tareas políticas, sindicales y sociales de todo tipo como exigidas por el trabajo responsable del cristiano²⁷⁸; la dureza del trabajo, el cansancio, las dificultades y las contradicciones que surgen en la tarea profesional vistas como mortificación cristiana, como modo secular de participar en la Cruz de Cristo²⁷⁹; la inagotable repercusión apostólica de este cúmulo de situaciones humanas y seculares, de la que luego nos ocuparemos, etc., etc.

Por eso, debemos estudiar ahora una implicación, un presupuesto implícito en aquellas palabras del Fundador del Opus Dei²⁸⁰, que permite, que ayuda a captar la hondura teológica de su mensaje. Se trata —leíamos en los textos del Fundador del Opus Dei y en la glosa de Don Alvaro del Portillo— de realizar el trabajo con perfección y de elevarlo al orden de la gracia. Consideremos un momento este segundo

al perseverar en nuestro trabajo, semper scientes quod labor vester non est inanis in Domino (1 Cor 15,58), sabiendo que vuestro esfuerzo no es inútil ante Dios. Vivimos la caridad, procurando informar todas nuestras acciones con el amor de Dios, dándonos en un servicio generoso a nuestros hermanos los hombres, a las almas todas.

273. Cfr. J. L. ILLANES, o. c. en nota 229, pp. 69-74 y P. RODRÍGUEZ, o. c. en nota 94, pp. 234-236, donde se desarrolla el tema.

274. Cfr. por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, 39-56.

275. Véase el capítulo de *Camino* titulado precisamente así: "Cosas pequeñas" (nn. 813-830) y *Conversaciones*, 116.

276. Cfr. *Camino*, 371 y 372 y P. RODRÍGUEZ, o. c. en nota 94, pp. 222-223.

277. *El mismo quehacer profesional les pone en contacto con otras personas —parientes, amigos, colegas— y con los grandes problemas que afectan a su sociedad o al mundo entero, y les ofrece así la ocasión de vivir esa entrega al servicio de los demás que es esencial a los cristianos (Conversaciones, 70). Cfr. Camino, 440; Es Cristo que pasa, 49 y Conversaciones, 60.*

278. Cfr. *Conversaciones*, 116 y 117.

279. *Camino*, 277 y 195.

280. Vid. texto de nota 269.

aspecto, que he llamado antes “elemento formal” de la santificación del trabajo.

Cuando hablamos de trabajo, y de trabajo santificado, nos situamos siempre ante la actividad de un sujeto, el hombre: *este* hombre, que es cristiano. Y con la “elevación al orden sobrenatural” se está sin duda designando lo *específico* que este hombre cristiano pone —transmite, inyecta— a su tarea precisamente por ser cristiano. Si la perfección del trabajo en cuanto trabajo le viene exigida por su condición humana, la elevación de la tarea al orden sobrenatural es exigencia de su condición de hijo de Dios. Dicho de otro modo: si para que tengamos trabajo —trabajo humano— bien hecho, hace falta que previamente se dé ahí *el hombre*, el sujeto humano que realice la acción de trabajar, para que se dé la *santificación* del trabajo —la elevación de esa actividad al orden de la gracia—, es necesario que esa tarea sea afrontada por un sujeto que, también previamente, *es un cristiano*.

Esta sencilla consideración, que parece el análisis de lo obvio, apunta sin embargo a algo que se nos antoja capital para situar en su verdadero horizonte la doctrina que estamos exponiendo. Porque ese panorama impresionante de presencia cristiana en el mundo, que nos ofrece la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, no es el resultado de la acción de unos “héroes”, que viven y realizan generosamente un nuevo humanismo. Ya dije antes, en un contexto paralelo, que el Fundador del Opus Dei tiene una resistencia instintiva a todo lo que se presenta como “estética o armonía humanista”. No. La santificación, la elevación al orden sobrenatural de ese trabajo bien hecho lo hacen simples fieles cristianos. Nada más y nada menos. Quiere esto decir que sólo en la medida en que son y continúan siendo eso —*christifideles*, hijos de Dios y de la Iglesia, discípulos—, pueden acometer fundadamente esa tarea. El punto de partida de la santificación del trabajo es, pues, algo que yo no tengo por mí mismo, sino que me viene dado (en su sentido más estricto: es un don sobrenatural de Dios): mi condición cristiana, mi ser por el Bautismo *in Christo et in Ecclesia*. Y no sólo es el punto de partida. Es la tarea misma —la santificación del trabajo— la que aparece como un despliegue

de ese don divino que recibo en la Iglesia: el trabajo, leíamos antes, es la *materia para actualizar la gracia que nos viene de Cristo*.

De ahí la continua insistencia de Mons. Escrivá de Balaguer en la fidelidad a la doctrina de la Iglesia, tal como la Iglesia misma la propone, en el *respeto fiel al dogma y a la moral, que constituyen el depósito de la fe y el patrimonio común* ²⁸¹: el dogma y la moral son vinculantes para el cristiano, y no extrínsecamente, sino como un momento interior, constitutivo, fecundante, de la santificación de la vida ordinaria. Porque sólo en agradecida comunión de fe con la Iglesia soy cristiano, *christifidelis*, sujeto apto para santificarme, poniendo una *forma* divina en la *materia* humana del trabajo.

De ahí también que la piedad que el Fundador del Opus Dei propone a los hombres de la calle se enraíce en la piedad tradicional de la Iglesia, sobre todo —como veíamos—, en la vida de los sacramentos: del Bautismo (filiación divina, espiritualidad bautismal) a la Eucaristía (la Misa, centro y raíz de la vida cristiana), pasando por la delicada devoción a la Confesión frecuente (conversión continua de los hijos de Dios). Porque sólo a partir de la plena *communio sacramentorum* que es la Iglesia se recibe, se aumenta y se recupera “la gracia que nos viene de Cristo” y con la que podré “elevar” el trabajo hasta Dios.

Anclado en ese “patrimonio común” es como se adentra el cristiano corriente en la santificación del trabajo profesional ordinario. Ahí está su fuerza: *Cristo ha dado a su Iglesia la seguridad de la doctrina, la corriente de gracia de los sacramentos; y ha dispuesto que haya personas para orientar, para conducir, para traer a la memoria constantemente el camino. Disponemos de un tesoro infinito de ciencia: la Palabra de Dios, custodiada en la Iglesia; la gracia de Cristo, que se administra en los Sacramentos; el testimonio y el ejemplo de quienes viven rectamente junto a nosotros, y que han sabido construir con sus vidas un camino de fidelidad a Dios* ²⁸².

281. *Es Cristo que pasa*, 81. Subrayado del autor.

282. *Es Cristo que pasa*, 34.

No es, pues, la santificación del trabajo una “nueva” técnica espiritual, no es un descubrimiento de “alto interés estratégico” para la Iglesia²⁸³. Se mueve primero en el orden del ser, antes que el ámbito del operar. Se fundamenta, como todo el espíritu del Opus Dei, en la sencilla fidelidad a la doctrina y a la vida de la Iglesia, tal como se manifiesta en la Escritura y en la Tradición eclesial. De ahí surge esa enorme fuerza santificadora que los cristianos deben inyectar en todas las actividades nobles de los hombres o, como decía Mons. Escrivá de Balaguer, en *el torrente circulatorio de la sociedad*.

d) Trabajo y oración

Pero no sólo de ahí. Quiero decir, no sólo de la aceptación de la doctrina, entendida como actividad intelectual; ni sólo de la recepción de la gracia en los sacramentos. La doctrina y la gracia, que son un don de Dios, producen su fruto —la santificación del trabajo— sólo si se da en el cristiano la respuesta de fe que es la entrega incondicionada a la vocación recibida de Dios. El espíritu que extendía por el mundo Mons. Escrivá de Balaguer abre un horizonte formidable de trabajo santificado y de apostolado en las estructuras seculares del mundo, pero no se proyecta hacia su objeto —hay que repetirlo— con el automatismo de una técnica, sino que pasa necesariamente —como todo lo cristiano y evangélico— por la mediación de la libertad redimida del creyente, o lo que es lo mismo, por la abnegación de la Cruz, por la oración instantánea, por el olvido de sí: “el que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su Cruz de cada día, y sígame” (Mt 16,24). De esta forma, la doctrina cristiana sobre la oración y la mortificación aparece de continuo en la predicación del Fundador del Opus Dei: sin ellas, el trabajo humano se clausura en el hombre, es mera autoafirmación y degenera en el egoísmo; con ellas, se hace transparente para lo divino, es un encuentro con *Cristo que pasa*,

283. Hablando del Opus Dei, la doctrina de su Fundador a este respecto es inequívoca: *La principal característica del Opus Dei no son unas técnicas o unos métodos de apostolado, o unas estructuras determinadas, sino un espíritu que lleva precisamente a la santificación del trabajo ordinario* (Conversaciones, 72).

y se carga, por tanto, de energía santificadora, abriéndose al servicio de todos los hombres. Más: se simplifica la vida y el trabajo mismo se hace oración y Cruz de Cristo²⁸⁴. El Fundador del Opus Dei solía decir que él no sabía dónde acababa el trabajo y comenzaba la oración ... Pero esta consideración nos llevaría a lo que después veremos al hablar del concepto de "unidad de vida". Dejemos simple constancia del "clima" de esta predicación, copiando una página, que tiene otras muchas semejantes:

El tema de mi oración es el tema de mi vida ... Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos ... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes.

Este pensamiento es una realidad sobrenatural, neta, inequívoca; no es una consideración para consuelo, que conforte a los que no lograremos inscribir nuestros nombres en el libro de oro de la historia. A Cristo le interesa ese trabajo que debemos realizar —una y mil veces— en la oficina, en la fábrica, en el taller, en la escuela, en el campo, en el ejercicio de la profesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor.

284. Lo mismo que decíamos más arriba de la doctrina y de la vida sacramental, debemos decir ahora de la entrega incondicionada que se expresa en oración y mortificación: que no es sólo *punto de partida* necesario para la santificación del trabajo, sino que *acompaña siempre* —como elemento fecundante— a la realización misma del trabajo. Es una característica de la espiritualidad que vivió y predicó Mons. Escrivá de Balaguer el que esa *compañía* sea *fusión*, unidad, y que el trabajo mismo se transforme en oración, mortificación y penitencia, Cruz de Cristo: *Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella (Camino, 277). Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras... (Camino, 825).*

Repasad en la oración esos argumentos, tomad ocasión permanente de ahí para decirle a Jesús que lo adoráis, y estaréis siendo contemplativos en medio del mundo, en el ruido de la calle, en todas partes. Esa es la primera lección en la escuela del trato con Jesucristo. De esa escuela, María es la mejor Maestra, porque la Virgen mantuvo siempre esa actitud de fe, de visión sobrenatural, ante todo lo que sucedía a su alrededor: guardaba todas estas cosas en su corazón ponderándolas ²⁸⁵.

Este es el marco —un marco de oración bien poco “eclesiástico” y “clerical”— por el que discurre la espiritualidad del trabajo predicada por Mons. Escrivá de Balaguer entre cristianos de todas las clases sociales; y un “estilo de vida” que ha arrastrado a su órbita incluso a personas de otras religiones.

Con su doctrina y con sus iniciativas pastorales, nuestro Gran Canciller quiso *ayudar a las personas corrientes que viven en el mundo —al hombre corriente, al hombre de la calle—, a llevar una vida plenamente cristiana, sin modificar su modo normal de vida, ni su trabajo ordinario, ni sus ilusiones y afanes* ²⁸⁶. No era otro el ideal de su vida y el afán de su corazón de sacerdote: *Sueño —y el sueño se ha hecho realidad—* [esto lo decía en 1963] *con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre* ²⁸⁷.

285. *Es Cristo que pasa*, 174.

286. *Conversaciones*, 24.

287. *Es Cristo que pasa*, 20.

e) *Una espiritualidad “primariamente laical”*

¿Debe considerarse la rápida y universal expansión de este “estilo de vida” como fruto de la coyuntura histórica? Responde el mismo Fundador de la Universidad de Navarra: *las condiciones de la sociedad contemporánea, que valora cada vez más el trabajo, facilitan evidentemente que los hombres de nuestro tiempo puedan comprender este aspecto del mensaje cristiano que el espíritu del Opus Dei ha venido a subrayar. Pero más importante aún es el influjo del Espíritu Santo, que en su acción vivificadora ha querido que nuestro tiempo sea testigo de un gran movimiento de renovación en todo el cristianismo. Leyendo los decretos del Concilio Vaticano II se ve claramente que parte importante de esa renovación ha sido precisamente la revalorización del trabajo ordinario y de la dignidad de la vocación del cristiano que vive y trabaja en el mundo* ²⁸⁸.

Esta sazón histórica, fruto del Espíritu de Cristo —que es el Señor de la historia ²⁸⁹—, provocaba en el alma del ilustre Fundador del Opus Dei un sentido de urgencia, que quería transmitir a todos: *¡Cuánto me emociona pensar en tantos cristianos y en tantas cristianas que, quizá sin proponérselo de una manera específica, viven con sencillez su vida ordinaria, procurando encarnar en ella la voluntad de Dios! Darles conciencia de la excelcitud de su vida; revelarles que eso, que aparece sin importancia, tiene un valor de eternidad; enseñarles a escuchar más atentamente la voz de Dios, que les habla a través de sucesos y situaciones, es algo de lo que la Iglesia tiene hoy apremiante necesidad: porque a eso la está urgiendo Dios* ²⁹⁰.

En servicio de esta urgencia de Dios para su Iglesia, nuestro Gran Canciller construyó su doctrina de la santificación del trabajo ordinario, que alguien, agudamente, calificó como *primariamente laical* ²⁹¹. Este servicio al Magisterio y a la

288. *Conversaciones*, 55.

289. Cfr. *Conversaciones*, 180.

290. *Conversaciones*, 112.

291. “Una espiritualidad tan universal —ha escrito J. B. TORELO— que pueda gozosa y completamente ser vivida por una empleada suiza,

pastoral de toda la Iglesia es lo que queríamos destacar finalmente. La doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, que no procede de la mesa de un teólogo aficionado a especular sobre "las realidades terrenas", sino de la vida vivida en comunión con Dios y con los hombres, pensada —la doctrina— mientras se vivía y se oraba; esa teología, digo, constituye una de las más acabadas aportaciones para la construcción de esa doctrina del laicado que, finalmente, ha entregado a la Iglesia Universal el Concilio Vaticano II. Los autores lo han puesto de relieve²⁹². La humildad de Mons. Escrivá de Balaguer sólo nos ha declarado en este sentido el testimonio de su lucha: *He dedicado mi vida a defender la plenitud de la vocación cristiana del laicado, de los hombres y de las mujeres corrientes que viven en medio del mundo y, por tanto, a procurar el pleno reconocimiento teológico y jurídico de su misión en la Iglesia y en el mundo*²⁹³. Se comprende que en una conversación dijera estas conmovedoras palabras: *Lo importante no es sólo la proyección que he dado a estas ideas, especialmente desde 1928, sino la que le da el Magisterio de la Iglesia. Y no hace mucho —con una emoción, para este pobre sacerdote, que es difícil de explicar— el Concilio ha recordado a todos los cristianos, en la Constitución Dogmática De Ecclesia, que deben sentirse plenamente ciudadanos de la ciudad terrena, trabajando en todas las actividades humanas con competencia profesional y con amor a todos los hombres, buscando la perfección cristiana, a la que son llamados por el sencillo hecho de haber recibido el Bautismo*²⁹⁴.

un mecánico romano, un negro americano profesor universitario, un minero asturiano, un agricultor australiano, un periodista francés, un teólogo alemán, no puede ser sino *primariamente laical*" (J. B. TORELLO, *La spiritualità dei laici*, o. c. en nota 261, p. 20).

292. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, p. 238; J. HERVADA-P. LOMBARDÍA, *El Derecho del Pueblo de Dios*, I (Pamplona 1970) pp. 267-312; J. HERRANZ, *Meditazione sul Congresso Mondiale dei laici*, en "Studi Cattolici" 11 (1967) 800-804; P. LOMBARDÍA, *Los laicos*, en "La Chiesa dopo il Concilio", Atti del Congresso Internazionale di Diritto Canonico, Milano 1972, pp. 215-244.

293. *Conversaciones*, 112.

294. *Conversaciones*, 47.

Habíamos comenzado este apartado citando una afirmación antropológica de Mons. Escrivá de Balaguer: *el trabajo profesional y la existencia en el mundo son dos caras de la misma moneda*. Ahora podemos terminarlo con otra espléndida fórmula, que se remonta al año 1940 y que ya queda iluminada por todo lo anterior: *el trabajo es para nosotros el punto de encuentro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre Celestial*.

6. Teología del apostolado

*Con la maravillosa normalidad de lo divino, el alma contemplativa se desborda en afán apostólico: me ardía el corazón dentro del pecho, se encendía el fuego en mi meditación (Ps 38,4). ¿Qué fuego es ése sino el mismo de que habla Cristo: fuego he venido a traer a la tierra y qué he de querer sino que arda? (Lc 12,49). Fuego de apostolado que se robustece en la oración: no hay medio mejor que éste para desarrollar, a lo largo y a lo ancho del mundo, esa batalla pacífica en la que cada cristiano está llamado a participar: cumplir lo que resta que padecer a Cristo (cfr. Col 1,24)*²⁹⁵.

¡Qué subyugante es siempre la teología del apostolado que explican los que son apóstoles! Tiene, por fuerza, que ser luminoso contemplar cómo concibe la tarea apostólica un hombre que, fundamentalmente, no se dedicó a producir una teoría de la misión apostólica, sino a hacer un apostolado real a lo largo del ancho mundo de Dios. Y eso fue, mientras estuvo en la tierra, nuestro primer Gran Canciller: un sacerdote, apóstol de Jesucristo. Por eso, la tarea de espigar entre sus obras exige ahora que nos preguntemos cómo se inserta el apostolado en esta teología de la existencia cristiana que nos ha legado Mons. Escrivá de Balaguer.

a) *El apostolado, corredención con Cristo*

Digamos, antes de cualquier otra consideración, que, para Mons. Escrivá de Balaguer, la tarea apostólica del cristiano es *corredención con Cristo*, porque *la Redención de Cristo*

²⁹⁵. *Es Cristo que pasa*, 120.

continúa. Este pensamiento es insistente en todas sus obras y aparece como una vivencia sobrenatural de su alma:

Permitidme narrar un suceso de mi vida personal, ocurrido hace ya muchos años. Un día un amigo de buen corazón, pero que no tenía fe, me dijo, mientras señalaba un mapa mundi: mire, de norte a sur, y de este a oeste. ¿Qué quieres que mire?, le pregunté. Su respuesta fue: el fracaso de Cristo. Tantos siglos procurando meter en la vida de los hombres su doctrina, y vea los resultados. Me llené, en un primer momento, de tristeza: es un gran dolor, en efecto, considerar que son muchos los que aún no conocen al Señor y que, entre los que le conocen son muchos también los que viven como si no le conocieran.

Pero esa sensación duró sólo un instante, para dejar paso al amor y al agradecimiento, porque Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente al mundo. La redención, por El realizada, es suficiente y sobreabundante.

Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, pro Corpore eius, quod est Ecclesia, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. Col 1,24) ²⁹⁶.

En este marco cristológico, que entraña toda una teología de la historia en la que Cristo aparece como su prota-

296. *Es Cristo que pasa*, 129. He aquí otro pasaje con la misma idea: *Mirad: la Redención, que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles (1 Cor 1,23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. No es compatible vivir según el Corazón de Jesucristo, y no sentirse enviado, como El, pecadores salvos facere (1 Tim 1,15), para salvar a todos los pecadores, convencidos de que nosotros mismos necesitamos confiar más cada día en la misericordia de Dios. De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con El a todas las almas, porque somos, queremos ser ipse Christus, el mismo Jesucristo, y El se dio a sí mismo en rescate por todos (1 Tim 2,6) (Es Cristo que pasa, 121).*

gonista absoluto²⁹⁷, se inscribe la visión que nuestro Gran Canciller tenía del apostolado secular. Partiendo de esta idea de la *redención que continúa*, su pensamiento discurre hacia el lugar que en ella ocupan las realidades temporales: *El sembrador divino —predicaba en 1964— arroja también ahora su semilla. La obra de la salvación sigue cumpliéndose, y el Señor quiere servirse de nosotros: desea que los cristianos abramos a su amor todos los senderos de la tierra; nos invita a que propaguemos el divino mensaje, con la doctrina y con el ejemplo, hasta los últimos rincones del mundo. Nos pide que, siendo ciudadanos de la sociedad eclesial y de la civil, al desempeñar con fidelidad nuestros deberes, cada uno sea otro Cristo, santificando el trabajo profesional y las obligaciones del propio estado*²⁹⁸.

En la homilía pronunciada en la fiesta de Cristo Rey del año 1970 se desarrollan estos pensamientos detenidamente:

*Abrazar la fe cristiana —predicaba— es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención*²⁹⁹.

*El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará —bien fuerte— la eficacia salvadora del Señor*³⁰⁰.

Hemos tropezado en estos pasajes con las palabras “estructuras temporales”, “quehacer humano”. La primera conecta con la “afirmación cristiana del mundo”; la segunda

297. Esta concepción de la historia excluye el fatalismo y todos los intentos de disolver la responsabilidad de la Iglesia y de los cristianos en procesos históricos “inexorables”. Para Mons. Escrivá de Balaguer, cada época tiene su propio *kairós* divino, pero en cada generación es preciso continuar con el empeño de ayudar a descubrir al hombre la grandeza de su vocación de hijos de Dios, es necesario inculcar el mandato del amor al Creador y a nuestro prójimo (*Es Cristo que pasa*, 121).

298. *Es Cristo que pasa*, 150.

299. *Es Cristo que pasa*, 183.

300. *Ibidem*.

con la "santificación del trabajo ordinario". En aquélla, los cristianos deben poner el fermento; esta última, está llena de eficacia salvadora. De este modo, el cristiano que vive en medio del mundo *continúa entre las criaturas la misión de Jesús*. No otra cosa es para Mons. Escrivá de Balaguer el apostolado vivido en la existencia secular. Tiene esta teología un presupuesto eclesiológico que, ahora, sólo podemos nombrar: *La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (1 Cor 12,27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, nos señala el Apóstol, con el mandato concreto de negociar hasta el fin* ³⁰¹.

b) *El trabajo santificado como "tractio" divina*

Pero es en torno a la meditación de Ioh 12,32, que realizaba de continuo nuestro Gran Canciller, donde parecen encontrarse sus más radicales afirmaciones sobre el sentido de la tarea apostólica del cristiano. En esta misma homilía, que estamos leyendo, se encuentra un pasaje, paralelo a otro citado anteriormente ³⁰², donde, después de decir que *es realizable, que no es un sueño inútil* la batalla de paz en que consiste el Reino de Cristo, continúa:

¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Ioh 12,32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, omnia traham ad meipsum, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino será entre vosotros una realidad! ³⁰³.

301. *Es Cristo que pasa*, 121.

302. Vid. nota 29.

303. *Es Cristo que pasa*, 183.

Como vemos, el Fundador del Opus Dei sitúa la misión apostólica en la condescendencia propia de la economía de salvación y descubre su raíz en lo más hondo de aquel divino designio: en la *kénosis* de la Cruz, donde Cristo vivió hasta la muerte la condición humana, que había asumido por amor. La tarea apostólica aparece entonces concebida como una expansión del misterio de la Cruz hasta alcanzar, abrazándolo, al mundo entero. Es una expansión en la que colaboran —en virtud del designio divino— los cristianos, gracias al Espíritu Santo, que es el fruto de la Cruz ³⁰⁴. *Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra hasta la gloria del Señor* ³⁰⁵.

Esta interpretación del pasaje joánico explica la naturaleza del apostolado secular de los cristianos: si los cristianos corrientes se esfuerzan, correspondiendo a la gracia del Espíritu que les ha sido dada, en *vivir santamente la vida ordinaria* ³⁰⁶, la eficacia apostólica —la “atracción divina”, que Cristo realiza desde la Cruz gloriosa— será una consecuencia a lo largo de la historia ³⁰⁷. De este modo, desde su mismo punto de arranque, el Gran Canciller de la Universidad de Navarra ofrece una teología del apostolado, no ya engarzada con la doctrina de la santificación del trabajo, sino como constituyendo uno de sus elementos connaturales. El dinamismo sobrenatural del trabajo santificado se convierte, necesariamente, en dinamismo salvador, en acción apostólica, en cauce para que llegue a los hombres la vida trinitaria: *El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas* ³⁰⁸. Y, así, *el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a la actividad diaria, a la ocupación profesional. ¡Lo*

304. *Es Cristo que pasa*, 137.

305. *Conversaciones*, 115.

306. *Conversaciones*, 116.

307. Un detenido estudio de esta interpretación de Ioh 12,32 propuesta por Mons. Escrivá de Balaguer se encuentra en A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana*, o. c. en nota 227, pp. 155-157.

308. *Es Cristo que pasa*, 49.

he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado ³⁰⁹.

Acabamos de encontrarnos, nuevamente, con una de esas numerosas fórmulas ternarias, con las que Mons. Escrivá de Balaguer resumía la espiritualidad del trabajo por él predicada ³¹⁰: *santificarse en el trabajo, santificar a otros con el trabajo y santificar el trabajo mismo*. Con este sintético modo de decir pretendía sin duda nuestro Gran Canciller: primero, poner la condición humana de trabajador como quicio de la existencia secular santificante, pues esta *entrega a Dios se injerta en el trabajo* ³¹¹; después, mostrar cómo el apostolado se deriva, sin solución de continuidad, de ese trabajo santificado, que pasa a ser, además, santificante ³¹²; y, por último, hacer notar que *la santidad y el apostolado forman una sola cosa* ³¹³ en la vida de los cristianos corrientes. Del primer aspecto nos hemos ocupado suficientemente en el apartado anterior. El tercero es una consecuencia de los otros dos, a la que aludiremos después. El segundo, en cambio, es el que ahora debemos mostrar con textos del insigne promotor de esta doctrina.

c) *El trabajo santificado es "santificante"*

Insistamos, ante todo, en algo ya dicho, pero que es esencial en una concepción auténticamente secular del apostolado. Nos referimos a la no yuxtaposición entre trabajo y apostolado, entre vida en el mundo y acción apostólica.

Te apartas de tu camino de apóstol, si, con ocasión —o con excusa— de una obra de celo, dejas incumplidos los de-

309. *Es Cristo que pasa*, 122.

310. Vid. textos citados en notas 244 a 248, etc. La sección que agrupa los nn. 45-49 de *Es Cristo que pasa*, se titula precisamente así: "Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo".

311. *Conversaciones*, 70.

312. Cfr. por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, 46/c.

313. *Conversaciones*, 70. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 145.

beres del cargo. Porque me perderás el prestigio profesional, que es precisamente tu 'anzuelo de pescador de hombres' ³¹⁴.

Este es uno de tantos pasajes de *Camino* en los que Mons. Escrivá de Balaguer sitúa con una pincelada su concepción del apostolado laical, que venía a dar un giro de 180 grados a lo que entonces se entendía prácticamente en la vida católica por apostolado. Este venía a ser sinónimo de “obras de celo”, actividades caritativas y religiosas que se realizan en el plano eclesiástico, al margen —cuando no contrapuestas— de la actividad secular de los fieles. La doctrina del Fundador del Opus Dei, por el contrario, pone en la más íntima relación el trabajo profesional y la tarea apostólica del cristiano. El ámbito universal y multiforme de las situaciones humanas y de la vida profesional se identifica ahora con la acción apostólica: *Has de prestar Amor de Dios y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de éstos a sus compañeros de profesión* ³¹⁵.

Esto es lo importante: se trata no ya de dedicar unas horas al apostolado, ni de hacer apostolado como quien cumple un oficio. No se trata de *hacer profesión de apostolado* —dijo en una ocasión Mons. Escrivá de Balaguer—, *sino apostolado de la profesión*. Es, pues, algo radicalmente diverso: más que una función, el apostolado pasa a ser una intención, una intención permanente que impregna toda la vida. Como ha resumido J. L. Illanes, “si la caridad, en la vertiente que nos lleva hacia Dios, hace del trabajo vida contemplativa; en la vertiente que nos lleva hacia los hombres, hace de ese mismo trabajo vida apostólica” ³¹⁶. Según la espiritualidad del Opus Dei, en efecto, el apostolado de los laicos no es una actividad “eclesiástica”, que se “yuxtapone” a su actividad civil, sino la misma actividad civil —con sus múltiples relaciones humanas— ejercida con sentido sobrenatural: *Nuestra finalidad específica* —son palabras dirigidas a socios del Opus Dei en 1953— *nos impone un trabajo profesional intenso, constante, profundo, ordenado, con la*

314. *Camino*, 372.

315. *Camino*, 944. El subrayado es nuestro.

316. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, o. c. en nota 229, p. 79.

preparación oportuna, con abundancia de doctrina, con estudio, para realizar así —a través de esa tarea, de esa dedicación— el apostolado que Dios quiere de nosotros, en la santificación de la propia profesión u oficio en medio del mundo.

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo se unen, de hecho, santificación del trabajo y apostolado cristiano? ¿Cómo se santifica a otros con el trabajo santificado? La predicación de Mons. Escrivá de Balaguer es riquísima al describir este fundamental panorama de la vida cristiana en medio de la calle. El explica cómo, a partir de la situación profesional y civil que cada cual tiene en la vida, surge una variedad de relaciones con compañeros de profesión, con otras personas relacionadas con el trabajo, con el ambiente familiar, social y político que uno frecuenta; cómo se crean, en definitiva, unas relaciones de convivencia, de trato y de amistad. Este hecho humano natural, cuando es vivido por un cristiano con sentido sobrenatural, se transforma espontáneamente en una acción apostólica: *El apostolado cristiano —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales —es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad vivida*³¹⁷. *Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio... Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como Cristo pasó haciendo el bien (Act 10,38) por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz. Será la mejor prueba de que a vuestro corazón ha llegado el reino de Dios: nosotros conocemos haber sido*

317. *Es Cristo que pasa*, 149.

trasladados de la muerte a la vida —*escribe el apóstol San Juan (1 Ioh 3,14)*— en que amamos a los hermanos ³¹⁸.

Con la sugestiva concisión de *Camino*, quedó escrito muchos años antes:

‘Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?’ —¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?

Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida ³¹⁹.

Esta acción apostólica es la que Mons. Escrivá de Balaguer calificaba de *apostolado de amistad y confidencia* ³²⁰: colegas con colegas, amigos con amigos en todas las situaciones del mundo. Esta *silenciosa y operativa misión* ³²¹, en la que la palabra fraternal y amigable se hace cauce para la palabra de Dios, *supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina* [la de Cristo], *luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama* ³²².

d) *Santificar las estructuras del mundo*

Pero el horizonte apostólico de un trabajo profesional santificado es mucho más amplio en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer. No es sólo ocasión para que el ejemplo y

318. *Es Cristo que pasa*, 166.

319. *Camino*, 917.

320. *Camino*, 972, 973.

321. *Camino*, 970.

322. *Es Cristo que pasa*, 122. El “apostolado de amistad y confidencia” es necesariamente proselitista: *Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres. En la medida en que progresáis, atraed a los demás con vosotros, escribe San Gregorio Magno (In Evangelia homiliae, 6,6; PL 76, 1098); desead tener compañeros en el camino hacia el Señor (Es Cristo que pasa, 147).*

la palabra cristiana lleguen a los compañeros y amigos que, de modo más inmediato, coinciden en la faena cotidiana. Es el trabajo mismo el que debe ser santo: es decir, las actividades temporales, las circunstancias *objetivas* de la convivencia humana, las estructuras sociales deben ser —hay que luchar porque sean— *objetivamente* santas, o lo que es lo mismo, proporcionadas a la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios, y a su destino sobrenatural y eterno. Explica Mons. Escrivá de Balaguer cómo a esta tarea contribuyen todos los cristianos, cualquiera que sea su peculiar vocación en el Pueblo de Dios³²³, pero, en cuanto *inmediata y directa*³²⁴, la considera propia de los cristianos corrientes: *El modo específico de contribuir los laicos a la santidad y al apostolado de la Iglesia es la acción libre y responsable en el seno de las estructuras temporales. El testimonio de vida cristiana, las palabras que iluminan en nombre de Dios, y la acción responsable, para servir a los demás contribuyendo a la resolución de los problemas comunes, son otras tantas manifestaciones de esa presencia con la que el cristiano corriente cumple su misión divina*³²⁵. Hay que subrayarlo: esa acción destinada a resolver los problemas comunes con espíritu de servicio, lo que en otro lugar llama *ordenar cristianamente las realidades temporales*³²⁶, eso es esencialmente apostolado, *participación del laico en la misión de la Iglesia*³²⁷. Es lo que llama Don Alvaro del Portillo “el apostolado del medio social”, que conlleva “la inspiración cristiana de las estructuras políticas, sociales, económicas, jurídicas, etc.”³²⁸.

Este apostolado —según un texto de 1945— consiste en *meter el fermento cristiano en las estructuras y ambientes de vuestro trabajo para colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*, difundiendo en ellas —así explicaba a un periodista— *el genuino espíritu del Evangelio: espíritu de caridad, de convivencia, de comprensión, absolu-*

323. Cfr. *Conversaciones*, 11. Cfr. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, pp. 186-187.

324. Cfr. *Conversaciones*, 9 y 11.

325. *Conversaciones*, 59.

326. *Conversaciones*, 10.

327. *Conversaciones*, 9.

328. Cfr. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos*, o. c. en nota 76, p. 329.

tamente ajeno al fanatismo³²⁹; es trabajar —con plena autonomía, del modo que les parezca mejor— para borrar las incomprendiones y las intolerancias entre los hombres y para que la sociedad sea más justa³³⁰; es no desanimarse cuando se comprueba que los ideales de paz, de reconciliación, de fraternidad, son aceptados y proclamados, pero —no pocas veces— son desmentidos con los hechos³³¹; es una lucha constante para que se respete y estime la dignidad y libertad con que Dios ha creado la persona humana, y la peculiar dignidad sobrenatural que el cristiano recibe en el bautismo³³². En esta tarea el cristiano encontrará solidaridades muy diversas, también entre no cristianos de buena voluntad; pero los católicos la proyectan hacia un ámbito trascendente: No han sido creados los hombres tan sólo para edificar un mundo lo más justo posible, porque —además— hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo³³³. Y es que el apóstol de Cristo es sabedor de que los hombres tienen necesidad del pan de la tierra que sostenga sus vidas, y también del pan del cielo que ilumine y dé calor a sus corazones³³⁴. Es una tarea en que cada uno tomará sus propias resoluciones políticas, económicas y sociales —campos estos en los que se juegan valores de enorme importancia—, teniendo en cuenta que salvarán a este mundo nuestro de hoy, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu y reducirlo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que saben que la norma moral está en función del destino eterno del hombre: los que tienen fe en Dios y arrostran generosamente las exigencias de esa fe, difundiendo en quienes les rodean un sentido trascendente de nuestra vida en la tierra³³⁵.

Son muchas las páginas de Mons. Escrivá de Balaguer dedicadas a explicar la obligación que tenemos los cristianos de contribuir, a través del trabajo ordinario, a que las cosas

329. *Conversaciones*, 35.

330. *Conversaciones*, 56.

331. *Es Cristo que pasa*, 150.

332. *Conversaciones*, 5.

333. *Es Cristo que pasa*, 100.

334. *Es Cristo que pasa*, 49.

335. *Conversaciones*, 85.

de la tierra “se realicen —como dirá después el Concilio Vaticano II— continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desenvuelvan y sean para la gloria del Creador y Redentor”³³⁶. Pero, siempre que aborda este punto, el Fundador del Opus Dei se refiere al uso de la libertad personal, unida a la personal responsabilidad, con que deben realizar esa tarea los fieles cristianos. Es éste un punto tan repetido y célebre en la enseñanza de nuestro Gran Canciller, que no me detengo en analizarlo. Baste copiar estas palabras suyas de 1952: *la libertad y la consiguiente responsabilidad son como el contrasello de la actividad laical, también en el apostolado; y remitir a los textos de la homilía del Campus universitario de Pamplona más arriba transcritos, en los que Mons. Escrivá de Balaguer se expresa con toda la claridad deseable*³³⁷. Es una doctrina que rechaza, del modo más enérgico y terminante, todas las formas de manipulación y de presión que pretendan hacerse desde los centros de poder eclesiástico o civil. No es desde fuera, sino desde dentro, como los cristianos laicos deben santificar la tierra; y no es ninguna “organización” —ni siquiera la Iglesia, en cuanto que es estructura “organizada”— quien hay que poner en la cumbre de todas las actividades humanas, sino sólo a Cristo: *somos instrumentos de Dios para cooperar en la verdadera consecratio mundi; o, más exactamente, en la santificación del mundo ab intra, desde las mismas entrañas de la sociedad civil*³³⁸.

e) *El apostolado, sobreabundancia de la vida interior*

¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Estas palabras, que introducían el fundamental pasaje cristológico antes citado³³⁹, levantan nuestro espíritu hacia un aspecto de esta “santificación del mundo” que ahora debemos subrayar. Nótese este otro pasaje ya leído: *Si [el cristiano] acepta que en su corazón ha-*

336. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, 31.

337. *Conversaciones*, 116-117, reproducidas en texto de nota 150. Sus implicaciones teológicas han sido puestas de relieve por A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana*, o. c. en nota 227, pp. 152-155.

338. Un análisis de estas palabras del Fundador del Opus Dei en P. RODRÍGUEZ, o. c. en nota 238, pp. 370-375.

339. Vid. texto de nota 330.

bite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará —bien fuerte— la eficacia salvadora del Señor ³⁴⁰. Es decir, todo este panorama de acción apostólica en el mundo no es —no puede ser— faena “humanista”, sino que procede de la gracia divina, del Amor de Dios, de Cristo mismo, que habita en nuestros corazones. Esta tradicional doctrina de la Iglesia empapa por completo la teología del apostolado que propone Mons. Escrivá de Balaguer: *Es preciso que seas ‘hombre de Dios’, hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida ‘para adentro’* ³⁴¹.

Estas antiguas palabras de Camino debían estar en la memoria del ilustre Fundador cuando, en 1955, predicaba: *Ya hace muchos años, considerando este modo de proceder de mi Señor, llegué a la conclusión de que el apostolado, cualquiera que sea, es una sobreabundancia de la vida interior... Esta ha sido su enseñanza precisa [de Cristo]: si queremos ayudar a los demás, si pretendemos sinceramente empujarles para que descubran el auténtico sentido de su destino en la tierra, es preciso que nos fundamentemos en la oración* ³⁴². Y, a la vez, si hay amor de Dios y vida interior, fluye necesariamente el apostolado, que pasa a ser como el “test” perfecto de la unión con el Señor: *Cristo nos enseñó, definitivamente, el camino de ese amor a Dios: el apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás. La vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se siente el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con El una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, rezamos en el Credo* ³⁴³.

340. *Es Cristo que pasa*, 183.

341. *Camino*, 961.

342. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Vida de oración*, Madrid 1973, p. 6.

343. *Es Cristo que pasa*, 122. Subrayado del autor.

Todo cuanto hemos dicho sobre la tarea apostólica del cristiano que vive inserto en las realidades temporales podemos verlo resumido en este bello texto de la homilía sobre la Ascensión del Señor, pronunciada en 1966. Es una presentación de la misión apostólica como lo propio del tiempo que media entre la primera y la segunda venida de Jesús:

Jesús se ha ido a los cielos, decíamos. Pero el cristiano puede, en la oración y en la Eucaristía, tratarle como le trataron los primeros doce, encenderse en su celo apostólico, para hacer con El un servicio de corredención, que es sembrar la paz y la alegría. Servir, pues: el apostolado no es otra cosa. Si contamos exclusivamente con nuestras propias fuerzas, no lograremos nada en el terreno sobrenatural; siendo instrumentos de Dios, conseguiremos todo: todo lo puedo en aquel que me conforta (Phil 4,13). Dios, por su infinita bondad, ha dispuesto utilizar estos instrumentos ineptos. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, mostrarse enteramente disponible, para que Dios realice —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora.

Apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacerdocio de Cristo, que —siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial— capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación.

Cada uno de nosotros ha de ser ipse Christus. El es el único mediador entre Dios y los hombres (cfr. 1 Tim 2,5); y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales,

para ser levadura (cfr. Mt 13,33) que ha de informar la masa entera (cfr. 1 Cor 5,6) ³⁴⁴.

Así es como los cristianos de la calle están llamados —decía en la fiesta de la Conversión de San Pablo de 1961— *a ser, por la caridad y la doctrina, sal y luz, testimonio y fermento: una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad.*

7. La “unidad de vida” del cristiano

Nuestra antología de textos de Mons. Escrivá de Balaguer acaba seleccionando unos cuantos que hablan de la “unidad de vida” del cristiano. Es éste un concepto clave en esa teología de la existencia cristiana que venimos esbozando. Desde él se puede contemplar de nuevo lo ya visto, pero ahora abarcando todo el conjunto de manera sintética.

a) El concepto de “unidad de vida”

La “unidad de vida”, predicada una y otra vez por Mons. Escrivá de Balaguer desde los tiempos de la fundación del Opus Dei, alude a la armonía intrínseca, a la unidad dinámica, a la síntesis vital que esos tres aspectos de la santidad en el mundo —trabajo, oración, apostolado— tienen en la existencia cristiana ³⁴⁵. He aquí unos cuantos textos, transcritos por orden cronológico:

Nuestra vida es trabajar y rezar, y al revés, rezar y trabajar. Porque llega el momento en el que no se saben distinguir estos dos conceptos, esas dos palabras, contemplación y acción, que terminan por significar lo mismo en la mente y en la conciencia ³⁴⁶.

Y en 1940: Cumplir la voluntad de Dios en el trabajo, contemplar a Dios en el trabajo, trabajar por amor de Dios y al prójimo, convertir el trabajo en medio de apostolado,

344. *Es Cristo que pasa*, 120.

345. Este concepto, estudiado sobre textos de Camino, en P. RODRÍGUEZ, “Camino” y la espiritualidad, o. c. en nota 94, pp. 241-245.

346. Cuando escribía estas palabras, el Fundador del Opus Dei cumplía 30 años.

dar a lo humano valor divino: ésta es la unidad de vida, sencilla y fuerte, que hemos de tener y enseñar.

No vivimos una doble vida —está describiendo el espíritu del Opus Dei en 1945—, sino una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetrán todas nuestras acciones. Cuando respondemos generosamente a este espíritu, adquirimos una segunda naturaleza: sin darnos cuenta, estamos todo el día pendientes del Señor y nos sentimos impulsados a meter a Dios en todas las cosas, que, sin El, nos resultan insípidas. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque vuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios —sin rarezas—: endiosamiento. Y continúa: No hay compartimientos estancos en nuestra vida, ni podemos distinguir —insisto— dónde acaba la oración y dónde empieza el trabajo, ni dónde se encuentran los límites del apostolado. Porque el apostolado es Amor de Dios que se desborda, dándose a los hombres; y la vida contemplativa es clamor de almas; y el trabajo, un esfuerzo sostenido de abnegación, de caridad, de obediencia, de comprensión, de paciencia y de servicio a los demás.

Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte ³⁴⁷.

Es esa unidad de vida —palabras en Roma, 1954— la que nos lleva a que, siendo dos las manos, se unan en la oración y en el trabajo...: la acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida.

Hay algunos puntos que conviene subrayar en esta sencilla y transparente doctrina, continuamente predicada por Mons. Escrivá de Balaguer. El primero es el carácter necesariamente polémico que tomaban estas formulaciones en el contexto histórico-espiritual en que surgen, dominado por la

347. *Es Cristo que pasa*, 10.

*mística hojalatera*³⁴⁸, por las diversas “rupturas” y “yuxtaposiciones” que se daban —y se dan— en las vidas de tantos cristianos, sacerdotes y laicos³⁴⁹: *¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible le encontramos en las cosas más visibles y materiales*³⁵⁰. De ahí que la “unidad de vida” aparezca como un programa, un proyecto que debe ser realizado también en la vida secular: *Llegará un día* —dejó escrito en 1948— *en que los cristianos que viven en el mundo se decidan a ser consecuentes con su fe, a demostrar con las obras que se puede ser a la vez plenamente cristiano y plenamente fiel a la tarea humana*³⁵¹. *Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria*³⁵².

Este último texto, al señalar la presencia de Dios como “nervio” de la unidad de vida del cristiano, apunta a un segundo elemento de esta doctrina: me refiero al carácter necesariamente contemplativo que tiene este modo de vivir la fe cristiana: *la acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida*. En estas palabras de 1954 es la “ruptura” entre “vida contemplativa” y “vida activa”, que tantas consecuencias funestas ha tenido en la historia de la espiritualidad, la que viene directamente enfrentada³⁵³. En este sentido, la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer conecta con las fuentes más originarias del vivir cristiano, anteriores a estas distinciones, a estos compartimentos estan-

348. Cfr. texto citado en nota 80.

349. Vid. *Camino*, 334, 337, 353, 967.

350. *Conversaciones*, 114.

351. En *Camino*, 347 había escrito: *Para que El reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional*.

352. *Es Cristo que pasa*, 11.

353. Cfr. J. HERRANZ, *Lo spirito di contemplazione nel nostro tempo*, en “*Studi Cattolici*”, n. 39 (XII-1963) 14-20.

cos, situando la vida íntima de relación con Dios en el seno mismo de la vida social y profesional, *nel bel mezzo della strada*, como gustaba decir. Por eso, *aunque vivimos en el mundo y participamos en todos los afanes y trabajos de la sociedad* —el texto es del aniversario de la fundación del Opus Dei, 1948—, *nuestra vocación es necesariamente contemplativa: estamos en una continua, sencilla y filial unión con Dios, nuestro Padre*. Léanse, por ejemplo, los bellos párrafos finales de la primera homilía incluida en *Es Cristo que pasa*³⁵⁴, o la descripción de la vida de oración que se hace en la homilía sobre la Ascensión del Señor³⁵⁵, para comprobar cuanto decimos.

b) *La “unidad de vida” y el misterio de Cristo*

Pero, en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, todo, hasta las más pequeñas derivaciones ascéticas, se conduce a los misterios primordiales de la fe, situándose en el panorama de la condescendencia divina manifestada en Cristo. Según nuestro Gran Canciller, la “unidad de vida” del cristiano no es sino el dinámico reflejo, que él explica para ser vivido en la existencia secular, del misterio mismo de Cristo: el misterio de la dualidad de las naturalezas divina y humana en la unidad de la Persona divina del Verbo. El pasaje del símbolo *Quicumque* que presenta a Jesucristo *perfectus Deus, perfectus homo*³⁵⁶ es citado de continuo en los contextos que examinamos, y Cristo aparece así como el “exemplar” supremo y la existencia cristiana como “exemplata” en el Señor. De este modo, imitar a Cristo —esencia de la perfección cristiana— equivale a buscar en la vida ordinaria la unidad, la síntesis redentora de lo más divino y de lo más terreno; pero sin confundir los planos, sin manipular el uno desde el otro, como haría un “clericalista” de inspiración monofisita; y sin separarlos y yuxtaponerlos, a lo que propende el nestorianismo “espiritual”.

Pero hay algo más. La “unidad de vida” no se mueve sólo en el plano de la “imitación de Cristo”, con el riesgo que

354. Nn. 8-11. Homilía del primer domingo de Adviento, 2-XII-1951.

355. *Es Cristo que pasa*, 119.

356. DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum*, n. 40.

esto tiene de ser entendido al modo extrínsecista. En la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer y en el testimonio personal que nos ha dejado, la cuestión de la “unidad de vida” se reconduce a la cuestión misma de la “identidad” del cristiano. O dicho de otro modo, es la secuela, al nivel de la espiritualidad, de un presupuesto estrictamente teológico; o, si se quiere, un resultado operativo de algo que se mueve en el plano de la ontología de la gracia: la unión con Dios en Cristo, la “identificación con Cristo”, que vive en nosotros:

*Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado... La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles, el día de la Última Cena: Cualquiera que me ame, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él (Ioh 14,23). El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo: non vivo ego, vivit vero in me Christus (Gal 2,20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí*³⁵⁷.

Toda la existencia cristiana que se manifiesta en la “unidad de vida” arranca, pues, de la identificación con Cristo, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya alter Christus, sino ipse Christus, ¡el mismo Cristo!³⁵⁸. Estos términos: alter Christus, ipse Christus, frecuentísimos y casi como un leitmotiv en sus obras, constituyen, sin duda, la clave interpretativa de la unidad de vida que estudiamos.

Cuando no se da la unidad de vida y el cristiano se ve sumergido en rupturas y tensiones, entonces, de un modo o de otro, se plantea la llamada “crisis de identidad” —del cristiano, o del sacerdote—, que suele ir precedida de una nerviosa preocupación por el “aggiornamento”. La respuesta de Mons. Escrivá de Balaguer a estas cuestiones es, siempre, la respuesta radical: *¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya alter Christus, sino ipse Christus: ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramen-*

357. *Es Cristo que pasa*, 103.

358. *Es Cristo que pasa*, 104.

sacramental [...] Esta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado ³⁵⁹. *Estar al día significa identificarse con Cristo, que no es un personaje que ya pasó: Cristo vive y vivirá siempre: ayer, hoy y por los siglos (Heb 13,8)* ³⁶⁰.

La unidad de vida presupone, pues, a la vez que expresa, la más profunda e indiscutida identidad del cristiano. De ahí sale todo: *si, viviendo en Cristo, tenemos en El nuestro centro, descubrimos el sentido de la misión que se nos ha confiado, tenemos un ideal humano que se hace divino, nuevos horizontes de esperanza se abren ante nuestra vida, y llegamos a sacrificar gustosamente no ya tal o cual aspecto de nuestra actividad, sino la vida entera, dándole así, paradójicamente, su más hondo cumplimiento* ³⁶¹.

Tal vez sea este momento final, cuando exponemos el concepto recapitulador de "unidad de vida", el más oportuno para poner de relieve el papel que en esta doctrina de la secularidad cristiana ocupa la figura de San José. Mons. Escrivá de Balaguer le invocaba, desde los comienzos de su vida sacerdotal, llamándole *mi Padre y Señor*. En su vida sencilla y callada, entregada y fidelísima, de trabajador y de padre de familia, vio siempre el resumen del modo de vida que quería extender por todas partes: *Con San José, el cristiano aprende lo que es ser de Dios y estar plenamente entre los hombres, santificando el mundo* ³⁶². Su proximidad, su continuo diálogo con Jesús y con María en medio de la obediencia de fe ante las responsabilidades divinas y humanas que hubo de asumir por mandato de Dios, conmovían el alma del Fundador del Opus Dei, cuya devoción al Santo Patriarca fue siempre creciendo hasta que Dios, el 26 de junio de 1975, le llamó a su presencia. Uno de los documentos más bellos y profundos para conocer su doctrina sobre la santificación del trabajo es precisamente la homilía titulada "En el taller de

359. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Sacerdote para la eternidad*, Madrid 1973, pp. 10 y 12.

360. *Conversaciones*, 72.

361. *Conversaciones*, 88. Subrayado del autor.

362. *Es Cristo que pasa*, 56.

José”³⁶³, que acaba con estas palabras: *Tratad a José y encontraréis a Jesús. Tratad a José y encontraréis a María, que llenó siempre de paz el amable taller de Nazareth*³⁶⁴.

* * *

A lo largo de toda su obra, y así lo hemos hecho notar en diversos contextos, nos ha parecido descubrir en Mons. Escrivá de Balaguer una constante preocupación por mostrar la maravillosa unidad y coherencia del designio divino de salvación, que se origina en el “amor fontal” de Dios Padre, *principium sine principio*³⁶⁵ y se manifiesta en la Encarnación redentora del Hijo, que asume al hombre con su historia para trasladarlo, por el Espíritu Santo, a la gloria que El tenía junto al Padre, antes de que el mundo fuese (cfr. Ioh 17,5). En ese designio de Dios, el Fundador de la Universidad de Navarra contempla, en diversos niveles, la unidad dinámica de los dos planos de Creación y Redención, que tienen su cumbre en el Verbo Encarnado. La “unidad de vida” del cristiano, aparece así, sencillamente, como el reflejo en el hombre de esta unidad del designio divino manifestada en Cristo. Y, a la vez que un don, la “unidad de vida” es un proyecto, una tarea, una misión a realizar en la historia humana: *El Señor nos llama para que nos acerquemos a El deseando ser como El: sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos (I Ioh 3,1), colaborando humildemente, pero fervorosamente, en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que ha desordenado el hombre pecador, de llevar a su fin lo que se desencamina, de restablecer la divina concordia de todo lo creado*³⁶⁶.

363. Homilía pronunciada el 19 de marzo de 1963 y recogida en *Es Cristo que pasa*, 39-56.

364. *Es Cristo que pasa*, 56.

365. Cfr. CONC. VATICANO II, Decr. *Ad Gentes*, 2.

366. *Es Cristo que pasa*, 65.

DE CHRISTIANA SAECULARITATE IN OECONOMIA SALUTIS

(Summarium)

Articulus quaedam perpendere tentat de iis quae ad theologiam spiritualisque vitae doctrinam Mons. Josemaria Escrivá de Balaguer contulit. Ostendere vult eum altissimam suam de christiana saecularitate doctrinam germano oeconomiae salutis sensu innixum proponere.

1. Mons. Escrivá de Balaguer ei distinctioni, quae menti Patrum est propria, inter "theologiam" et "oeconomiam" constanter haeret; eiusque scripta singularem penetrationem atque intelligentiam huiusce divinae "oeconomiae" produnt, quae utrumque ordinem, Creationis scilicet ac Redemptionis, coniungit, adeo ut uterque coniunctim immensum Dei in homines amorem patefaciat. Christus, apud ipsum, supremum habetur mysterium synkatabáseos seu condensationis divinae. Itaque Navarrensis Universitatis Conditor indolem Christi absolutam affirmat, redemptricemque Filii Dei incarnationem veluti "condensationem" persaepe contemplatur, rerum videlicet humanarum assumptionem et, per humanas res, divinarum revelationem atque exaltationem hominis ad divinitatem: illam in Deum immersionem (deificationem, "endiosamiento"), de qua libens loquebatur.

2. Indoles Christi absoluta affirmatur cum ita concipitur historia: ut Christi crux mundum hominesque sensim amplectatur, trahat ac redimat, donec Patri novissime exhibeat. Haec tamen —nota bene— tractio Divini Redemptoris per saeculares christianorum actiones, immo per laborem mundanum sanctificatum, peragitur. Christus, cuncta hominum incepta assumere atque sanctificare cupiens, christianos redemptorii operis cooperatores instituit. "No se trata —anno 1940 scribebat— de temporalizar la misión sobrenatural de Cristo y de la Iglesia: se trata de todo lo contrario, de sobrenaturalizar la acción temporal del hombre". Hoc perfici potest quia "el trabajo es para nosotros el punto de encuen-

tro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre Dios”.

3. *Deprehendimus ergo apud ipsum quamdam de vita christiana doctrinam, de rebus concretis maxime sollicitam, communi homini oblatam, indolem mundi saecularem agnoscentem, sed radicatam funditus in historia salutis, illaque salutaris oeconomiae penetratione praeditam quae primi aevi christianis ac Patribus propria est.*

4. *His positis, christianam vivendi rationem perpendimus quae ex huiusmodi salutari oeconomia deducitur; eiusque lineamenta, ad mentem Mons. Escrivá de Balaguer, notavimus. Principium est “universalis ad sanctitatem vocatio” (I), qui conceptus, apud eum, cum “christianae vocationis” (II) conceptu —tam ipsius proprio— intime conectitur. Hisce duobus inhaerens, articulus “sensus —persuasionem vel conscientiam— divinae filiationis” (III) considerat: sic enim appellabat Mons. Escrivá de Balaguer internam illam notam, peculiarem christiano vivendi modo —pio, fidenti, laeto— quem in mundum universum diffudit. Eius vero theologica de vita spiritali doctrina non est aliquis spiritualismus. Itaque perspeximus mox eam quam vocamus “christianam mundi affirmationem” (IV), qui propria incedit autonomia ac libertate praeditus. Indequé, superioribus cunctis innixi, “ordinarii laboris sanctificationem” (V) descripsimus: labor enim professionalis, cum sit essentielle elementum in definitione “vitae humanae communis vel ordinariae”, apud Mons. Escrivá de Balaguer veluti quidam “cardo sanctificationis in mundo” apparet. Hic inseritur “theologia de apostolatu” (VI) quam ipse scripta continent: apostolica activitas non est aliquid a christiana vita saeculari diversum vel eidem superadditum; unum conficit cum ipsa, nota est eius essentialis, cum a labore sanctificato defluat necessario actio apostolica. Tandem, quam “vitae unitatem” (VII) Operis Dei Conditor appellavit consideramus: in profundissimis eius conceptibus theologicis numeratur —suscepit postea Vat. II, Presbyterorum Ordinis, n. 14—, christianique cohaerentem harmoniam —interiorem atque exteriorem— significat in iis quae Deum, laborem, homines fratres, respiciunt.*

5. *Denique, ad alterum quemdam articulum missa explanatione, notamus divinae in Christo condensationis mysterium nunc hominibus in "Ecclesiae mysterio" fieri coevum, uberemque "de sacerdotio theologiam" quae in operibus a Mons. Escrivá de Balaguer conscriptis praebetur, simul indicamus.*

THE ECONOMY OF SALVATION AND CHRISTIAN SECULARITY

(Abstract)

The author proposes to study in this article, as the subtitle declares, some aspects of the contribution Msgr. Josemaría Escrivá de Balaguer has made to theology and spirituality. A detailed study of the written works of the Founder of Opus Dei permits Prof. Rodriguez to set up the principal thesis of his study which consists in demonstrating how the Founder of Opus Dei in grasping the true sense of the economy of salvation explains his profound doctrine of christian secularity.

1. *The doctrine of Msgr. Escrivá de Balaguer moves in the bosom of distinction between "theology" and "economy", characteristic of the thought of the Fathers of the Church. His works reflect an exceptional penetration into and consciousness of the divine "economy", in which the Founder of Opus Dei sees how the two planes of Creation and Redemption are united, demonstrating the immense love God has for the human creature. Christ, according to Msgr. Escrivá de Balaguer, is the supreme mystery of the synkatábasis or divine condescendence. In this sense, the work of the Founder of the University of Navarre is an affirmation of the absolute character of Christ and a continuous contemplation of the redeeming Incarnation of the Son of God, under the aspect of "condescendence"; in other words, the assumption of what is human, and through this, the revelation of what*

is divine and the exaltation of man to the divinity: the "deification", of which he used to talk about with relish.

2. For the Founder of Opus Dei, to affirm the absolute character of Christ is to conceive history as approaching the Cross of Christ, embracing, attracting, redeeming the world of men until the moment of presenting it finally to the Father. But it should be noted that it is proper of his looking at Christ Redeemer to discover that divine "tractio" is exercised through the secular activities of Christians, and more concretely, through work sanctified in the midst of the world. Christ wants to assume and sanctify all human activities, constituting Christians as collaborators in the work of Redemption. "It does not deal" —he wrote in 1940— "with temporalizing the supernatural mission of Christ and of the Church: on the contrary, it deals with supernaturalizing the temporal action of men". This is possible because "work is for us the point of encounter of our will with the Salvific Will of our Father God".

3. To penetrate theologically in the works of Msgr. Escrivá de Balaguer is, according to Prof. Rodríguez, to dispose oneself to discover a doctrine of Christian life, clearly directed to what is concrete, proposed to ordinary persons, attentive to the secular reality of the world, but which are all contained within the frame of "historia salutis" and endowed with that sense of the economy of salvation which is characteristic of the early Christians and of the Fathers.

4. The author proceeds to study the Christian existence which is deduced from that salvific economy, looking for the main line of thought and the principal features which it has in the work of Msgr. Escrivá de Balaguer. The point of departure is the "universal calling to sanctity" (I), a concept which in Msgr. Escrivá de Balaguer is very closely related to that other one, so characteristic in his writings, of "Christian vocation" (II). The author studies in continuation, supporting in with the two preceding concepts, the "sense of divine filiation" (III), as Mons. Escrivá de Balaguer liked to call the determinative interior feature of the Christian life style —confident, pious and cheerful— which he diffused

throughout the entire world. But the theological spirituality of the Founder of Opus Dei is not a spiritualism. For that reason, an important sector of his doctrine is studied in continuation, described by the author as the "Christian affirmation of the world" (IV), endowed with its own autonomy and its spheres of liberty. With this, the author describes the "sanctification of the ordinary professional work" (V), in which all the preceding theological data coincide at the level of spirituality: professional work, being an essential element in the definition of "ordinary human life", appears to Msgr. Escrivá de Balaguer as the "axis and hinge of sanctification in the world". In this context "the theology of apostolate (VI), which is contained in the works of Msgr. Escrivá de Balaguer should be included: apostolate is not something different from or superimposed on Christian secular existence; it is identified with it as one of its essential aspects since sanctified work necessarily leads to apostolic action. The author closes this tight frame with the study of what the Founder of Opus Dei called "unity of life" (VII): this is one of the most profound theological concepts formulated by him; afterwards he would pass to the doctrinal terminology of Vatican Council II (*Presbyterorum Ordinis*, n. 14) and he would refer to the coherence —interior and exterior— of the Christian with God, with his work, with other men his brothers.

5. The author points out, without submitting it to a rigorous development —which is reserved for a second article— that the mystery of divine condescendence in Christ is now contemporary to men in the "mystery of the Church", noting at the same time the fertile "theology of priesthood" which is contained in the work of Msgr. Escrivá de Balaguer.